

DESPLEGADO

MARZO  
1940

# CURSOS y CONFERENCIAS



## SUMARIO

✓ JOSE P. BARREIRO. — Lisandro de la Torre.

JUAN JOSE DIAZ ARANA. — Lisandro de la Torre.

MARIO MARIANI. — Retablo de la literatura francesa contemporánea: III.

J. G. BLANCO VILLALTA. — El milagro turco: III.

JUAN CUATRECASAS. — Las correlaciones diencéfalohipofisarias y los centros del trofismo genital.

AÑO VIII  
Nº. 12  
VOL. XVI

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)  
Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores

CANGALLO 1372

DESPLEGADO

BUENOS AIRES

# CURSOS y CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES  
Aparece el 30 de cada mes

---

La revista publica las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dictan en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, revisadas y autorizadas por los mismos profesores, como también trabajos de señalado interés científico y cultural.

Además, en su sección de comentarios a libros y revistas, se ocupa de todo lo más significativo que aparece en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio canje, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

---

SUSCRIPCION ANUAL, \$ 12.— — NUMERO SUELTO, \$ 1.50  
EXTERIOR, ANUAL, 1 LIBRA ESTERLINA ó 5 DOLARES

---

DIRECCION Y ADMINISTRACION: CANGALLO 1372—U. T. 38 - 2432  
BUENOS AIRES - ARGENTINA

---

---

## Sumario del No. 10-11 del Año VIII

---

BLANCO VILLALTA J. G. — El milagro turco (I-II).  
COSSIO DEL POMAR F. — El Méjico que yo conozco.  
CUATRECASAS Juan. — Síndromes del lóbulo anterior.  
DORFMAN Adolfo. — Las nuevas industrias agrarias en la Argentina.  
GARCIA MORENTE Manuel. — El ideal universitario.  
MARIANI Mario. — Retablo de la literatura francesa contemporánea (I-II).  
SEGRE Mario. — La división del trabajo (III).  
SHAW Alejandro E. — Consecuencias sociales de los cambios económicos.

---

En la próxima entrega publicaremos trabajos de: José P. Tamborini, Jorge Thenon, Félix Weil, J. G. Blanco Villalta, Mario Mariani, Alfredo Ip Cheong y Juan Cuatrecasas.



## Lisandro de la Torre

Por JOSE P. BARREIRO

Clemenceau, casi septuagenario pero lleno de formidables reservas —así lo proclamarían los días históricos que se avecinaban en el mundo— había organizado como “intermezzo” de sus preocupaciones y fatigas su “Viaje al Río de la Plata”.

Harto de borrascas, cansado del mismo espectáculo francés que ya le causaba hastío, buscaba escenarios y panoramas distintos. Había vivido mucho, había luchado mucho. No estaban cicatrizadas aún en su espíritu fuerte las heridas de su reciente caída estrepitosa del gobierno, después de la apasionada polémica con Delcasse, en torno a las adquisiciones navales. Sus choques con los socialistas, discutiendo los problemas de Marruecos, fueron dramáticos. Le restaban apenas veinte años de vida y diez años de lucha. Tal vez alguna voz misteriosa musitase en su oído que esos diez años de acción serían los más terribles, los más gloriosos de su propecta existencia. Por eso el hombre de la Vendée necesitaba un remanso...

Aquella tarde de 1910, mientras recorría en Rosario los “stands” de la Sociedad Rural, comenzó a interesarle —primero subconscientemente— la conversación de un hombre ágil, de voz aguda, barbado a la europea. El derribador de ministerios se había empeñado esa tarde en preferir el espectáculo estético de los “here-

ford" y de los "shorton" que crecían en esa tierra de promisión. Estaba hastiado de luchar, de soportar y de conversar con los hombres. Pero, "a despecho de su voluntad", poco a poco se sintió atraído por la palabra de ese personaje que parecía conocer tanto como él a los protagonistas de la política de Francia.

Cuando meses después en sus "Notas de viaje por la América del Sur" documentó las alternativas de su plácido vagabundaje, el hombre de la Vendée habría de dejar constancia de la impresión luminosa que le causara su interlocutor de aquella tarde rosarina: "mi amable guía, no menos eminente hombre de Estado que ganadero", "el hombre político, de claro talento, de palabra concisa y de gesto enérgico".

Dos años después de esa revelación aquel hombre llegaba al Congreso argentino. Tenía 44 años de edad. Hacía un cuarto de siglo que —en una intuición espléndida del camino que le reservaba el destino— había redactado como corolario de su tesis universitaria su primer ensayo legislativo: un proyecto de ley municipal para Santa Fe.

La trayectoria de su vida había sido brillante, casi magnífica. En el año 89 contribuyó a fundar la Unión Cívica de la Juventud. Un año más tarde escribía su heroísmo en el Parque. En el 93 sublevaba Rosario y era ministro del gobierno revolucionario que presidió Candiotti. En el 97 rompía espectacularmente con Hipólito Yrigoyen después de una polémica y de un duelo resonantes. En 1901 visitaba los Estados Unidos y extraía observaciones que habrían de ser decisivas en la orientación de su vida y en la estructuración de su espíritu. Había labrado campos y fundado diarios. En 1908 organizaba la Liga del Sur. En 1910 conversaba con Clemenceau y en 1911 era derrotado en sus aspiraciones a la gobernación de su provincia.

No era necesario haber llegado al Congreso para tener acreditado, entre las brillantes reservas del país, uno de los puestos jerárquicos. El Congreso, en lo que iba de ese siglo, salvo en el caso Palacios, estaba reservado para los amigos de los presidentes y de los gobernadores.

Lisandro de la Torre llega por la minoría. Las puertas hasta entonces herméticas del Congreso no se abren exclusivamente para él. Con la reforma electoral de Sáenz Peña irrumpe una serie de personalidades que habrían de resultar históricas y monitoras. Casi

la unanimidad de ellas venían de la revolución del 90. El Parque —como la proscripción de 1840— había sido el gran crisol argentino. De allí habrían de surgir, virtualmente, las tres grandes fuerzas de nuestro movimiento democrático. Allí habrían de consagrarse los tres grandes jefes y sus respectivos herederos. De allí, donde nacieron cívicamente los constructores, habrían de venir, también, los destructores, los heterodoxos y los relapsos.

Pero, entre los hombres nuevos para los que, en 1912, se abrían de par en par las puertas del Congreso, había uno que parecía hermano gemelo del personaje elogiado por Clemenceau. Barbado, como él, a lo Vandervelde o a lo Barthou. Fundador de la Unión Cívica y revolucionario en el Parque, como él. Renovador, genial, inexorable y lleno de ensueños como él. Venía, como él, también por una minoría. Con el hombre de Rosario ingresaba en el Congreso el hombre de la Capital. Uno, como dijera Guibourg, llegaba "casi a regañadientes", en el último puesto de la minoría metropolitana. El otro venía, también, casi a regañadientes, en los últimos puestos de la minoría santafecina, como abanderado de la Liga del Sur, aquel pequeño núcleo político que trataba de imponer la hegemonía de Rosario en el mapa del Litoral. Las mayorías democráticas habían tenido otras preferencias. El pueblo auténtico no había agudizado intensamente en los méritos de los que se presentaban cuando le correspondió discernir. Pero en uno y en otro caso estaba escrito, como en el Evangelio, que los últimos serían los primeros. . . Por lo menos, en el talento, en la valentía civil, en la acción civilizadora y en el juicio histórico. . .

Uno, venía con su liberalismo manchesteriano y con su institucionalismo norteamericano para enrostrar al radicalismo, de cuyas filas se había alejado en 1897, la ausencia de superación orgánica en sus directivas. El otro, llegaba con el propósito de embestir, en nombre de su socialismo, contra todos los privilegios sociales y económicos y exhibir las miserias y las flaquezas de las oligarquías argentinas. Ambos, para desarrollar su acción traían, además de su talento, la implacabilidad de Sarmiento.

#### EL GRAN PARLAMENTARIO DE 1912

La Cámara —lo mismo que en el caso Justo— aguarda con impaciencia su "debut". Son los hombres nuevos aureolados por el

renombré de sus vidas batalladoras y de su talento. Juan B. Justo habla el 31 de mayo. Lisandro de la Torre hace su "debut" parlamentario veinticuatro horas después. Justo habla con una voz destemplada de demolidor, poniendo en su palabra una evidente intención didáctica. El líder de la Liga del Sur es todo un tribuno, con la arrogancia de Aristóbulo del Valle.

La polémica que suscita las elecciones de Córdoba, impugnadas por el radicalismo, estimula a entrar en el debate al hombre de la Liga del Sur.

Trae la ilusión de las instituciones norteamericanas, la práctica del "self-government". Como en Sarmiento, como en Pellegrini, como en Justo. Estados Unidos ha llenado su espíritu de grandes sugerencias. Allí ha observado no sólo el ejercicio de las instituciones, sino también las chacras, las granjas, los elevadores...

Desde ese día y hasta el final del período legislativo en 1915, el modelo institucional norteamericano y el "self government" serán los "leit motiv" de sus exposiciones. Citará frecuentemente sus experiencias y sus enseñanzas, mientras el otro diputado de la barbi-lla europea —el médico que tradujo a Marx— mencionará a cada instante, junto con los ejemplos norteamericanos, los progresos de Australia y las estadísticas de Nueva Zelandia.

El hombre de la Liga del Sur habla en su primer discurso del ejemplo de los Estados Unidos, donde "pasan por el gobierno, al azar de las preferencias y de los entusiasmos de una democracia vigorosa, con los estadistas eminentes, los líderes de comité y los hombres surgidos de la industria y del trabajo, sin que se vea jamás el caso de que cese la vida política de un Estado o de que impere la voluntad de un gobernante sobre comicios desiertos".

Explica cómo el ejercicio del "self government" había protegido y estimulado en los Estados Unidos la acción de los partidos políticos al quitarle a los gobernadores de los estados los recursos y las atribuciones que pudieran procurarles influencia electoral.

Demuestra cómo el centralismo interno de las provincias argentinas contradecía las doctrinas de Alberdi y el propósito de los Constituyentes del 53 que vinculaban la existencia autónoma de las instituciones provinciales al ejercicio del régimen municipal.

La ingerencia de los gobiernos provinciales argentinos en los actos eleccionarios era la consecuencia de "ese tipo defectuoso de los

ejecutivos fuertes o caudillescos" que habían florecido en los países centro y sudamericanos, "en oposición a los ejecutivos de índole puramente administrativa" consagrados en el ambiente norteamericano, canadiense, australiano o neozelandés.

El orador presenta el ejemplo estadounidense de cómo un gobernador que desempeñaba su mandato sobre millones de hombres no podía destituir ni dar órdenes a un modesto comisario de campaña, cómo su poder resultaba inferior al de cualquier comisario argentino y de qué manera la policía descentralizada, responsable ante los jueces o ante los jurados populares, ponía al jefe del Ejecutivo en la imposibilidad de ejercitar presión sobre los gobernados.

"Las instituciones municipales —afirma— son la garantía de la libertad". Recuerda todo lo que la Liga del Sur ha luchado por ellas y ya que el radicalismo ha triunfado en Santa Fe lo estimula para que consagre esas reformas:

"Sería aquella —dice— una verdadera revolución, más segura y más fecunda en sus resultados que los conatos de rebelión reprimidos por la autoridad, que dejan dueño del campo a los vencedores, más fuertes que nunca en sus prejuicios, y substraen a los vencidos por lapsos interminables a toda colaboración con el progreso político del país".

De las bancas y de las galerías brotan aplausos prolongados que premian el párrafo perfecto y las alusiones que hace a la política revolucionaria del radicalismo.

Los aplausos deben repercutir, sin duda, en la psicología del orador, pues inmediatamente se produce una mutación brusca en la arquitectura y en el tono de su discurso. Hasta ese momento había sido una pieza doctrinaria, medular, substantiva, objetiva. Después el discurso se torna vehemente, apasionado, preñado de personalismos. Del plano de las instituciones norteamericanas, del "self-government", de la ciencia política, de la sociología, el diputado santafecino saltará al plano de los personalismos y de las requisitorias.

Niega, entonces, inflexiblemente, que la rehabilitación del sufragio que acaba de realizarse en el país se deba a la presión del radicalismo, a sus amenazas y a su abstención.

Inicio un encadenamiento implacable de requisitorias contra los diputados radicales recién incorporados. Parece un fiscal.

¿Por qué el diputado Tal en 1890 figuraba en la Legislatura



oligárquica de la provincia de Buenos Aires? ¿Por qué el diputado Cual se incorporó al radicalismo en 1895 después de haber servido desde 1891 la política del Acuerdo con Roca y con Mitre? ¿Por qué razón el diputado Fulano formó parte del congreso de Juárez y colaboró después en el gobierno entrerriano del general Racedo? ¿Por qué otros diputados habían colaborado con los situacionismos que no permitían el sufragio?

Los aludidos le rectifican con idéntica pasión. El diputado de la Liga del Sur insiste, inexorablemente, entre los "muy bien" y los aplausos que premiaban cada párrafo personalista y agresivo.

Por ahí, en medio de la borrasca, el diputado Cantilo le reprocha haber abandonado las filas del radicalismo. Entonces, el líder de la Liga del Sur, vigoroso y certero, replica:

"¡Yo me separé del radicalismo por incompatibilidad con los que no piensan!"

Después regresó al tema doctrinario. Agregó un pequeño párrafo más a su exposición:

"La transformación de las instituciones provinciales, a que me he referido, puede ser la obra gloriosa del Congreso de la Nación y realizarse mediante la reglamentación del Artículo 5o. de la Constitución Nacional".

Una larga y unánime salva de aplausos siguió a su discurso. Esa tarde las fuerzas conservadoras, los núcleos antirradicales dispersos y confundidos, creyeron encontrar al Jefe.

Pero, por encima de la pasión que había matizado su "debut" parlamentario, quedaba prevaleciendo no sólo el espectáculo de su extraordinaria elocuencia, sino el valor intrínseco de su discurso, su esencia doctrinaria. Las instituciones norteamericanas, las ideas antcentralistas de Alberdi, los grandes partidos orgánicos, el "self-government".

El líder de la Liga del Sur parece querer emanciparse de la pasión polémica que a florara en su primera disertación. Queda silencioso durante varias semanas. A fines de julio informa en nombre de la Comisión de Negocios Constitucionales un despacho que se refiere a la reapertura del padrón electoral. Su discurso es sobrio, esencialmente objetivo.

"Las buenas prácticas políticas de los pueblos — finaliza diciendo aquella tarde — preparan las buenas leyes electorales, pero "a su vez las buenas leyes mejoran las costumbres. Todo lo que

“haga la Honorable Cámara por el perfeccionamiento de la legislación electoral ha de sernos ampliamente retribuido, con el tiempo, en acierto y eficacia de la acción gubernativa”.

Dos semanas después presenta su proyecto de ley sobre el régimen municipal autónomo en las provincias. Significaba la reglamentación del artículo 50. de la Constitución nacional. Las ciudades, villas y en general todas las localidades con más de doscientos habitantes tendrían derecho a la constitución de autoridades comunales electivas para desempeñar las funciones de policía de seguridad, justicia de paz, vialidad, higiene, asistencia social, beneficencia, organización y registro civil de las personas.

Tiene oportunidad, con tal motivo, de ampliar sus convicciones sobre los partidos políticos orgánicos y sobre el régimen comunal propio. Vuelve a aparecer allí el estadista, el institucionalista y, sobre todo, el demócrata.

Su discurso es una ampliación, una prosecución del aspecto doctrinario que inspiró el discurso de su “debut”.

“Ha transcurrido medio siglo —dice esbozando el panorama real de la política argentina— desde el día en que fuera unánimemente aceptada la Constitución Nacional y es doloroso comprobar que los frutos cosechados en el campo del sufragio son escasos. Gobiernos electores se han interpuesto sin cesar entre las urnas y el pueblo, y al final de una larga experiencia nos encontramos en plena bancarrota democrática, sin partidos, sin programas, sin hábitos electorales orgánicos en el pueblo”.

Efectivamente: ¿cuál era el panorama de los partidos políticos argentinos en ese año 1912?

Se resquebrajaba el viejo Partido Nacional; agonizaba la Unión Cívica.

Las oligarquías dispersas, caóticas, confundidas, aterradas, buscaban desesperadamente un jefe.

Por el campo de la democracia auténtica estaban los tres núcleos formados por los hombres que habían actuado en los cantones revolucionarios del Parque: el radicalismo dirigido por Yrigoyen, el socialismo animado por Justo y la Liga del Sur fundada por Lisandro de la Torre.

El radicalismo, que recién salía de la larga abstención revolucionaria, se presentaba nebuloso, romántico, girondino y contradictorio. El diputado de la Liga del Sur habría de inquirir, precisa-

mente en una de sus primeras intervenciones parlamentarias, cuál era el programa con que se incorporaba el radicalismo en ese Congreso de 1912:

“¿Con qué programa administrativo, político, económico? ¿Con el de 1891? ¿Con el de 1897? No, señor: el radicalismo de 1912 y 1913 no se preocupa de programas; casi no parece advertir que son indispensables para los partidos modernos; y cuando conquista un gobierno, repite las mismas prácticas políticas y administrativas de sus adversarios. Y sin embargo, continúan diciendo: somos radicales, somos radicales, sin exteriorizar una sola idea radical, sin avanzar una sola iniciativa reformista”.

El radicalismo, empero, invocaba como programa las breves enunciaciones genéricas de su carta orgánica del 92: el resurgimiento de la vida institucional, el cumplimiento honrado de la ley, la pureza de la moral administrativa, el ejercicio efectivo de la soberanía popular y el amplio reconocimiento de la autonomía de los Estados.

Pero la objeción del diputado de la Liga del Sur no era injusta. Aquellas cinco enunciaciones genéricas podrían haber sido suficientes para animar y orientar el enrolamiento de los hombres y las multitudes en las horas de la entelequia. Pero ahora era necesario legislar. Se había llegado al gobierno en Santa Fe y se podía tener la responsabilidad —como ocurrió— del gobierno de la República.

¿En base a qué ideas se iba a legislar? ¿En base a qué pragmáticas se iba a gobernar? Era lo que preguntaban ciertos sectores del país y lo que inquiría apasionadamente el radical que se alejó el 97, el tribuno que fundó la Liga del Sur.

En esencia, sólo el socialismo y la Liga del Sur aparecían con un programa concreto en aquel primer congreso de la ley Sáenz Peña; sólo esos dos pequeños núcleos —el minoritario de la capital y el minoritario de Santa Fe— exhibían un concepto orgánico de la acción por desarrollar y sabían adónde dirigían sus pasos.

El líder rosarino, sin embargo, a pesar de las preferencias que el electorado había puesto en evidencia en favor de los adversarios que le obsesionaban, experimentaba un inocultable orgullo con respecto al espectáculo que el pueblo argentino había ofrecido en los comicios del 7 de abril:

Ya no será lícito —dice— después de la elección de abril oponer la inhabilitación popular como justificativo de las usurpaciones

del voto. El pueblo ha demostrado su existencia. Buenos Aires votó, en aquel día memorable, con la serena majestad de una vieja capital, y en toda la Nación no se ha señalado un punto donde la falta de hábitos haya sido insuficiente para impedir el acto electoral”.

El pueblo existía, el pueblo estaba capacitado, pero ello no era todo. Era necesario complementar la ley Sáenz Peña con el perfeccionamiento institucional del país y la estructuración orgánica de los grandes partidos políticos. El hombre de la Liga del Sur traía al Congreso esa ilusión, a la manera civilizada de Europa y de los Estados Unidos.

“Estamos —dice en su tercer discurso parlamentario— en un momento propicio para realizar la gran evolución que habrá de nivelarnos algún día con las naciones de régimen político más adelantado”.

No podía concebir la existencia de los llamados gobiernos apolíticos. “Los gobiernos sin partido —diría tres años después— van a concluir, ahora, en la República Argentina”.

“El gobierno de partido —agregaría cuando su campaña presidencial de 1916— es la condición esencial del progreso político en todos los órdenes, y los partidos son los instrumentos necesarios para el ejercicio de las instituciones libres. El desprecio por la política es una prueba de ignorancia”.

### EL HOMBRE DEL “SELF GOVERNMENT”

¿Cuál podía ser el primer paso para la formación de los grandes partidos argentinos? “Los partidos políticos, los partidos orgánicos, no podrán formarse, y sobre todo no habrán de subsistir —son sus conceptos— mientras no encuentren mayores garantías y mayores estímulos en las instituciones provinciales”.

El líder de la Liga del Sur entendía que para ello era imprescindible el perfeccionamiento del régimen municipal, más bien dicho el ejercicio de un régimen comunal auténtico, de acuerdo con el modelo norteamericano. Alberdi y los constituyentes del 53 así lo habían querido, pero las oligarquías provinciales, ávidas de centralismo, desnaturalizaron la mira institucional de los hombres que redactaron la Constitución. “Fue así —dice refiriéndose a la acción centralista de las oligarquías— como destruyeron la vida munici-

pal dando en tierra con la unidad de concepto y de doctrina que sirvió de base a la organización de la gran democracia del Norte”.

El diputado de la Liga del Sur no improvisaba. Hacía un cuarto de siglo que había desarrollado magníficamente el tema en la tesis medular con que coronó sus estudios universitarios. Ahora, veinticinco años después, se le presentaba la oportunidad para legislar sobre el ya antiguo ensueño juvenil. Los estudios del universitario de veinte años servían de tema para el parlamentario de los cuarenta y cinco . . .

Aquella tesis —que había escrito en la hora eufórica que vivía el país bajo el gobierno de Juárez, cuando aún no había llegado el vértigo que inspiró “La Bolsa” a Martel, y en la que el joven universitario, con visión aguda, presentía la inminencia y el carácter catastrófico de la crisis—, anunciaba al hombre de gobierno. Cuando en 1923 se discutía en la Convención Reformadora de Córdoba el problema del régimen municipal, el doctor Repetto recordó la tesis de 1888 y proclamó a Lisandro de la Torre como el más destacado continuador de las ideas de Alberdi.

En ella analizaba las instituciones municipales de Inglaterra, las instituciones municipales de Francia, el régimen municipal de Londres, el régimen municipal de París, las instituciones coloniales y nuestro precario régimen municipal de aquellos años: el de la Capital federal legislado en 1882, el de la provincia de Buenos Aires legislado en 1886, el de la provincia de Santa Fe legislado en el mismo año.

Para la ley santafecina tiene un juicio riguroso: “una ley municipal hecha como de mala gana, obligados por la prescripción constitucional que lo exige. No ha hecho nada por devolver al pueblo el goce de los derechos comunales. En el fondo es una ley centralista que en vez de la vida activa de la comuna tiende a implantar la regularidad apática de la oficina”.

Era el mismo estilo tajante y certero que habrían de tener sus discursos parlamentarios de 1912, 1924 o 1935, la misma arquitectura de sus polémicas. El estilo sugería al hombre.

Pero hay un detalle más significativo que enuncia substancialmente al estadista, al legislador futuro. Como epílogo de sus estudios prepara una ley municipal para Santa Fe. El joven de veinte años se sentía predestinado. Tenía como Sarmiento la vocación de la política, la ambición del gobierno. Lo que no presentía era

lo difícil que habría de ser el ascenso a la montaña; más bien dicho que no lograría llegar nunca y que sus compatriotas en vez de preferir a él, en el gobierno de su provincia o en el gobierno de su patria, habrían de escoger a los que no acusaban su misma jerarquía mental.

El universitario de 1888 es el legislador de 1912. Es ya realista y es ya reformista. Posiblemente hubiera deseado en aquellos días instituciones más avanzadas y más atrevidas, pero, dominando la realidad, no se deja llevar por el ensueño.

“Las evoluciones sociales no son obra de un día —dice en la tesis— y será una evolución sacar a nuestro pueblo de su estado actual y conducirlo al terreno del “self-government...”

El “self government” era su obsesión en aquellos días juveniles de 1888. Con el concepto del gobierno local propio finalizaba su tesis. El “self-government” es el “leit motiv” de su primer discurso parlamentario en las sesiones preparatorias de 1912. “El self-government” inspira su primer proyecto de ley, dos semanas después. ¡Qué maravilloso sentido de la continuidad!

Así es que cuando plantea legislativamente el tema, trata un problema que le es mentalmente familiar: no hace más que evocar el primer esquema de su ilusión cívica.

La vida comunal auténtica constituía para él los fundamentos básicos de una democracia reformista. Era la escuela para la difícil función del gobierno. Preparaba el ascenso a los triunfadores y calmaba democráticamente las decepciones de los vencidos y las impaciencias de los que tardaban en llegar.

La oligarquía pudo haber dado un matiz totalitario, un solo tono al mapa político del país: un gobierno central oligárquico con catorce sucursales que accionaban mecánicamente al dictado del jefe único. Eso era la República. Pero la emulación que planteaba la democracia, a través de sus grandes partidos, desvanecía con la reforma de Sáenz Peña ese matiz totalitario. Había mayorías y minorías en el Congreso. Para él, la elección del 7 de abril, era “la primera desde la organización nacional que lograba atemperar la prepotencia de los ejecutivos electores; la primera que acusaba una lucha real, aunque incipiente, en la mayoría de las provincias; la primera que extirpaba la venalidad y el fraude en toda la Nación; la primera que abría el Congreso a todos los partidos, para que fueran, si no en la exacta proporción de sus fuerzas, a realizar de

“inmediato sus programas, en una medida, al menos, que rompía el silencio de las unanimidades partidistas y permitían la discusión de todas las ideas y la expresión de todos los agravios”.

Pero la reforma Sáenz Peña no sólo iba a romper el silencio de las unanimidades partidistas en el Congreso. El problema se reflejaría más ampliamente en el país. El mapa político argentino diversificaría, matizaría sus tonos. Eso sería el ideal: en un distrito el socialismo, más allá el radicalismo con su alud, en ciertas regiones la Liga del Sur y en otras los partidos tradicionales que escaparían del naufragio.

Con esa diversificación de matices políticos en el escenario de la República cesarían las inquietudes y se cimentaría la paz pública.

Estados Unidos lo enseñaba ejemplarmente:

“Los partidos derrotados —dice el diputado de la Liga del Sur— se concentran así en el gobierno de las localidades que les fueron fieles; allí ensayan sus programas; allí ejercitan sus hombres dirigentes: allí precisan sus principios; allí levantan ante la opinión la tribuna de sus enseñanzas; desde allí llaman al pueblo a sus filas para que le dé las victorias en los próximos comicios. En tal régimen no cabe la exclusión funesta de las oposiciones, y por eso sobreviven los partidos que nosotros aspiramos en vano a formar, en este ambiente letal donde nada florece a la sombra del centralismo elector”.

En el ambiente del “self-government”, los partidos ensayan sus programas, los partidos ejercitan sus hombres dirigentes, dice aquella tarde de 1912. Pero tampoco era un concepto nuevo en su espíritu. En 1888 lo había delineado en su tesis: “La comuna, en los últimos peldaños de la administración, donde, como dice Le Play, “los errores de aprendizaje no comprometen ningún interés general”, proporciona a los individuos campo suficiente para ejercitarse en la práctica de la ciencia de gobierno, para adquirir el hábito que los pondrá más tarde en estado de dirigir con acierto intereses más complicados y generales”.

Era impostergable, pues, el “self-government”, la inhumación del centralismo, la institución del régimen municipal con más amplias atribuciones, la policía comunal y otras reformas.

Se hacía cargo de las objeciones, que en nombre de la rutina, podían formularse al concepto de la policía comunal que él patrocinaba: “La policía comunal, bajo diversos aspectos —dice— exis-

te en todo el universo; es el tipo común de la Europa continental; existe en Inglaterra, en Estados Unidos, en Australia, en todas las democracias, en todas las sociedades organizadas. No tenerla es una triste peculiaridad de las repúblicas sudamericanas. Y es regla sin excepción que esa policía constituya un tipo de autoridad más respetuosa de los derechos individuales, más prudente, más pacífica, que esas policías militarizadas que esparcen la inquietud en nuestras campañas apenas se aproxima un período electoral”.

Bastaría, entonces, la reglamentación legislativa del artículo 50. de la Constitución para acelerar en el país el ritmo del progreso institucional y político. Así lo sugirió aquella tarde de agosto de 1912 al finalizar su discurso:

“El establecimiento del régimen municipal en las provincias, en la forma consagrada por las grandes democracias, entra, a mi juicio, en el número de las reformas urgentes que habrían de cambiar en breve la situación precaria de los partidos argentinos”.

La Cámara ha escuchado esa tarde un gran discurso: el discurso de un estadista que ha enunciado el remedio para tonificar nuestra democracia incipiente. Tal vez una acción tenaz, ligeramente intensa, le hubiera permitido el orgullo de ver triunfante sus propósitos reformistas. A él no se le discutía aquellos años en el Congreso. Se le temía y se le aplaudía. Justo, en cambio, promovía una borrasca en cada una de sus intervenciones parlamentarias.

Pero la polémica le atraía. El país estaba en plena vorágine política. El clarín de las grandes luchas cívicas exaltaba a los temperamentos más disciplinados y reflexivos. Se acercaba 1916. Se veía crecer, florecer y multiplicarse el radicalismo. Correlativamente, se agigantaba la personalidad política del fundador de la Liga del Sur. Parecía cumplirse la trayectoria triunfal que Aristóbulo del Valle le había vaticinado. En medio de la vorágine llega su gran discurso de febrero de 1913.

Otra vez un choque con el radicalismo. Otra vez aparece el fiscal de las terribles requisitorias. ¿Dónde estuvo en tal revolución el diputado Tal? ¿Cuál es el programa del partido? Niega que el radicalismo tenga programa. Niega, con su habitual inexorabilidad, que el radicalismo pueda invocar una continuidad con la generación del 89. En cambio, afirma que pueden invocarla otras fuerzas y

otros nombres.

El diputado Gallo acababa de pronunciar uno de sus más



brillantes, uno de sus más elocuentes discursos en pro de la intervención federal a Salta. Había historiado, entre otras cosas, la acción del radicalismo vinculándolo al pronunciamiento juvenil del año 89.

El diputado de la Liga del Sur, entonces, le replica:

“El señor diputado se excede en su entusiasmo cuando se apropia la savia y la sombra del árbol corpulento que plantara la viril generación de 1889. No dudo que algún gajo haya podido trasplantarse al huerto poco propicio del 4 de febrero, pero el tronco vigoroso no está allí. El señor diputado no lo advierte; se alza como otrora, alto y enhiesto, en la llanura, símbolo de un ideal no realizado: la organización de la democracia argentina. Protege con su sombra todos los esfuerzos generosos y patrióticos y arrostra sin recelo las iras del absolutismo regresivo, de la demagogía sin ideas y de la revolución sistemática”.

La barra vuelve a aplaudir su discurso polémico, pero la pieza apasionada encierra, en síntesis, una espléndida definición. ¿Qué ideal animó a la generación juvenil del Jardín Florida? Un ideal que en febrero de 1913 no se había realizado: “la organización de la democracia argentina, es decir, el ideal, que hoy en 1940 aún no hemos conseguido realizar.

## EL DRAMA DE SU CANDIDATURA PRESIDENCIAL

Frente a esa oratoria impetuosa poco podían decir o hacer los hombres del radicalismo. Cada discurso parlamentario era una polémica. Promovió, así, una serie infinita de apasionadas polémicas. Apenas si Gallo, Rogelio Araya y Joaquín Castellanos alcanzaban a frenar un tanto sus durezas verbales.

La barra radical, integrada preferentemente por la juventud, lo escuchaba entre admirada y atónita. No le aplaudía, pero tampoco quería traducir hacia esa gran figura un gesto de hostilidad. Era cuña del mismo palo y aunque hablara contra los hombres del radicalismo se mostraba profundamente radical en sus ideas y en sus actitudes. No traicionaba el concepto etimológico del vocablo. El radical era él. . .

Pero la nota más dramática de esa cadena de polémicas la ofrece la tarde en que, practicando la disección política e institucional de Santa Fe, hace girar ágilmente su banca, mira al público

juvenil de las galerías y dice con que aquella su voz que, según Roldán, tenía "algo del cristal del bronce y del acero":

"Hay una opinión que observa; hay una juventud radical que "pide ejemplos y no palabras; hechos y no actitudes. A esa juventud que agita con sus vehemencias generosas hondos recuerdos dormidos en mi memoria la hago juez de las transgresiones cometidas en mi provincia contra la libertad de sufragio y contra la vida de los ciudadanos, a la sombra de la bandera radical, con "mengua de su prestigio".

"¡Qué hermoso espectáculo de cultura política! Juventud radical: ¡he ahí a Santa Fe regenerada!"

Después pasa lista a los que formaron en las filas del radicalismo y tuvieron que alejarse decepcionados: Bernardo de Irigoyen, Juan M. Garro, Mariano Demaría, Eleodoro Lobos, Carlos Rodríguez Larreta, Adolfo Mujica, Enrique S. Pérez, Rómulo Naón, Miguel Tedín, Pedro Molina, Pascual Beracochea, Adolfo Saldías, Francisco Barroetaveña, José Nicolás Matienzo, Damián y Martín Torino, Santillán, Arce, Correa, Candiotti, Lejarza, Lequizamón, Martín Rodríguez Galisteo, él, Lisandro de la Torre, los Güemes, los Posse, los Iturbe, los Álvarez, los Dehesa, los García Montaña, etcétera.

Esa pasión antirradical, la ilusión de amalgamar una gran fuerza política nacional, le hacen comulgar con ciertos intereses incompatibles con la estructura democrática de su espíritu. Así, por ejemplo, cuando el diputado santafecino Pesenti, después de un estreno brillantísimo, afirmó que si se auscultaba el sentimiento de Santa Fe constataría que la Coalición y la Liga del Sur formaban, casi en la misma línea paralela, la fuerza conservadora para contener "ese verdadero peligro del radicalismo", el ex radical del 90 y del 93 guarda silencio, es decir que consiente tácitamente esa posibilidad.

¿Qué designios influían en su espíritu? ¿Buscaba definir, imponer su personalidad con vistas a la solución presidencial que era inminente? ¿Trataba de ser el líder de todas esas fuerzas? ¿O era simplemente el desencanto de que el radicalismo que se abría paso en el país careciera de la estructura orgánica que él quiso que tuviera en sus días juveniles? ¿Estaba en la verdad el diputado Rogelio Araya cuando le dijera: "Ha hablado del radicalismo con ese odio

profundo que él tiene, ¿tal vez porque se siente radical de temperamento y se ve fuera de nuestras filas...?"

Posiblemente su propósito en aquellos días de 1912 fuera el de realizar una acción parlamentaria esencialmente doctrinaria y principista, bregando por la formación de los grandes partidos orgánicos, por la superación de la estructura institucional argentina y por la consolidación del régimen comunal. Pero la polémica —que fué la pasión de su vida— le desvía de sus planes.

Tal vez tenga una explicación ese constante afán polémico con sus correligionarios del 90 y del 93.

El parecía ajeno a toda quimera, a toda ilusión, a toda nebulosidad. Realista, empírico, medular, concreto, con su pragmatismo y con sus instituciones norteamericanas. Pero, en las apariencias de esa intención pragmática aleteaba, sin duda, la inquietud de alguna quimera extinta. El ensueño de un gran radicalismo a la europea, laico, renovador, que enrolara a las muchedumbres argentinas en imponentes asambleas y deliberaciones, y a su frente, en la función de líder, él, con su voz metálica y con su pensamiento disciplinado, acaudillando al partido en la tribuna pública y en la responsabilidad de las instituciones, como en Francia podía hacerlo un Briand, un Viviani o un Barthou...

Esa acción parlamentaria agiganta indiscutiblemente su personalidad y le convierte, por propia gravitación, en la figura central de los núcleos que tratan de oponerse al radicalismo en la elección presidencial inminente. Esos núcleos dispersos creen encontrar al jefe y el jefe cree encontrar el material para dar al país la fuerza política que venía soñando desde hacía tanto tiempo.

Pero hay un engaño recíproco. Las fuerzas dispersas no podrán adoptarlo a sus propósitos, como en el lecho de Procusto. Hay en él excesiva personalidad como para que el influjo o el maquiavelismo de los que se le van acercando atenúe las rasgos de su vigorosa idiosincrasia. Ni tampoco el jefe podrá moldear, de acuerdo con su ensueño democrático y liberal, ese material heterogéneo. La aleación será imposible. Lo aprenderá en una decepción que sabrá guardar por mucho tiempo, sin un reproche.

Así forma el Partido Demócrata Progresista. Hacía dos o tres años que había estigmatizado el nombre conservador para cualquier movimiento. La palabra conservador — fuerza es reconocerlo — no despierta entusiasmos populares. Es grata al oído de una porción

importante de la sociedad; atrae el aplauso del elemento extranjero, desprovisto de voto, aunque poderoso ya por su gravitación en el orden de los intereses materiales; pero suscita desconfianzas invencibles en los que no quieren admitir, acaso con razón, que las prácticas políticas irregulares sean inaccesibles a una reforma rápida". Así había dicho en 1912, en pleno Congreso.

El Partido Demócrata Progresista no era efectivamente el Partido Conservador, pero se habían incorporado a él nombres y núcleos que eran inquietantes.

El tribuno quería, indiscutiblemente, una fuerza de síntesis dentro del panorama democrático argentino. Entre el radicalismo penumbroso, sin programa, personalista y contradictorio, y el socialismo casi marxista y en aquel entonces visiblemente internacionalista, deseaba una fuerza argentina de equilibrio. Una síntesis en el mecanismo de la dialéctica hegeliana. Posiblemente un partido "wigh". Pero no podía elaborarse un partido "wigh" con los "torres" criollos...

Se inicia, entonces, uno de sus dramas silenciosos, que ni la opinión pública ni sus contemporáneos pudieron alcanzar a profundizar. Sólo era visible la escenografía del episodio, pero no se percibía la lucha terrible que se debatía entre los bastidores. El gran polemista del Congreso aparecía ante el público convertido en candidato a la Presidencia de la República y sostenido aparentemente por las fuerzas conservadoras. Pero no. Las fuerzas conservadoras no le sostenían y él, a su vez, las repudiaba.

La candidatura demócrata-progresista, proclamada en diciembre de 1915 en el Teatro Coliseo, parecía destinada a una consagración victoriosa. Frente al caudillo silencioso y misterioso del radicalismo surgía —como expresión antitética— el tribuno brillante, dinámico, exaltado e implacable.

El pueblo rodea la tribuna y aplaude con delirio las oraciones cívicas del líder de la barba europea y de la magnífica voz metálica, pero fuerzas subrepticias, que en aquel entonces no pudieron ser ubicadas, trabajan silenciosamente en la sombra y desmoronan antes del comicio la fórmula liberal que había presentado al país el núcleo demócrata-progresista.

¿Cuáles eran las fuerzas misteriosas que desmoronan de repente ese andamiaje político?

Abstractamente se adjudica la responsabilidad del fracaso a dos

personalidades del rancio conservadorismo: Marcelino Ugarte y Benito Villanueva. El hombre de la Liga del Sur finaliza su diputación y se encierra en un infranqueable mutismo, pero desde ese día traza una delimitación implacable con los hombres que le habían acompañado en las jornadas de 1915 y 1916.

Guarda silencio. Apenas si el tema queda reservado para la polémica más o menos íntima y para su epistolario inédito.

Pero de aquellos episodios extrae una revelación, una gran enseñanza: había aprendido que no bastaba ser anti-radical y que ciertas aleaciones eran imposibles en la química de la política argentina. Pasan los años. Lisandro de la Torre evoluciona paulatinamente hacia la izquierda, pero sigue silencioso con respecto a las causas de su fracaso de 1916. Apenas si en su discurso ibseniano de 1925 alude a su ruptura con los adversarios de otros tiempos "a quienes tendió la mano lealmente cuando le propusieron formar un partido de principios y a quienes vió alejarse después, unos tras otros, sin remordimiento y sin pena, cuando los hechos le demostraron que la coincidencia de un programa era imposible. . ."

Pasan cerca de cinco lustros. Todo parece prescripto, amnistiado, sepultado. Lisandro de la Torre se ha empeñado en llevar a la tumba el secreto de su drama político de 1916. Cuando, de repente, el misterio se revela merced a una circunstancia fortuita. En la casa de la calle Esmeralda, donde el líder había vivido desde los días de la juventud, aparecen convertidos en fragmentos papeles que el Leñador se había empeñado en destrozar en los últimos días de su existencia, algunas de sus polémicas, esquemas de sus más brillantes discursos, apuntes para la historia —para las memorias que en Europa acostumbran redactar los hombres de su talla—, cartas de sus amigos y borradores de las cartas que dirigió a sus allegados y a sus adversarios.

Los hombres que tuvieron el privilegio de su amistad asignaron al hallazgo el valor histórico que tenía. Pacientemente se dieron a la tarea de reconstruir los documentos que en los días postreros habían destrozado sus manos fuertes y serenas; la vieja y misteriosa correspondencia en que Lisandro de la Torre, ya confiándose a sus íntimos, ya polemizando con algunos de sus ex correligionarios, no sólo revela el fracaso de su candidatura presidencial, sino que exhibe al agua fuerte, en juicios terribles, la moral política de los hombres que le acompañaron.

Incluídos algunos de esos documentos en el primer volumen de sus "Escritos y Discursos", que editó el Colegio Libre de Estudios Superiores, es indudable que han quedado esclarecidos a través de ese epistolario violento e implacable los entretelones misteriosos de una de las épocas más interesantes de la política argentina: ese período de transición de 1915 y 1916 en que se debatían en los círculos adversarios al radicalismo las candidaturas presidenciales que habrían de enfrentarse a la de Hipólito Yrigoyen.

El país creía que los juicios más torvos de Lisandro de la Torre habían sido formulados contra la personalidad de Yrigoyen, su gran contrincante. Aquella "Página de Historia", por ejemplo. Pero nada más erróneo. Al lado de los comentarios que en ese epistolario le merecen las personalidades del ex presidente de la Plaza, del ex gobernador Ugarte, o del caudillo correntino Vidal, o del ex gobernador santafecino Lehmann, o del ex senador Castañeda Vega, empalidecen las vigorosas catilinarias contra Yrigoyen, la famosa "Página de Historia".

La divulgación de esos documentos reivindican históricamente a Lisandro de la Torre y exhiben su grandeza espiritual, su incorruptible ideología. En cada carta la documentación de una lucha, de un carácter, de una convicción. No era solamente un combatiente antirradical, como pudo creerlo frívolamente la opinión contemporánea. Era un constructor. Quería una democracia argentina superada, con sus grandes instituciones, con un gran soplo de justicia social.

Combate al radicalismo, pero es inequívocamente radical en sus ideas y en su temperamento. Se sentía profundamente radical y no podía militar en el radicalismo como era su ensueño. Tenía razón el diputado Araya...

Mientras tanto, la atenuación de las aristas en el socialismo iba planteando una extraordinaria cadena de coincidencias entre su acción parlamentaria y la de Justo.

¿Por qué no se entendieron esos dos hombres en un esfuerzo común?

Es el problema de las personalidades fuertes. A pesar de llamarse demócrata progresista era un radical auténtico, un radical a la europea, profundamente laico, intensamente innovador en sus aspiraciones institucionales, políticas, económicas y sociales. Tenía múltiples contactos ideológicos y sociológicos con Juan B. Justo.

Un día, Roberto Giusti, que estaba acumulando información para una biografía sobre Florencio Sánchez, acude al hombre de la Liga del Sur, bajo cuyas órdenes había trabajado como periodista, en Rosario, el inmortal bohemio.

Se generaliza el diálogo. Se habla de política, del radicalismo, del socialismo, de la democracia progresista. Giusti pregunta entonces al tribuno rosarino por qué, coincidiendo con el doctor Justo en tantas cuestiones fundamentales, no militaba en el Partido Socialista. Lisandro de la Torre contestó con una frase sugestiva:

—Porque Justo es una personalidad absorbente.

Pero a pesar de que ese drama político de 1916 infiltra en su espíritu una gran lección, reincide poco tiempo después en el error de intentar la misma aleación imposible. Se confunde con los mismos personajes oligárquicos, por más que al aceptar su candidatura de senador por la capital hiciera en 1919 esta manifestación categórica: "No hemos sido, no somos, no seremos y no queremos ser conservadores".

Su campaña de 1919, la tercería electoral que inesperadamente plantea en la Capital Federal, malogra la senaduría al doctor Justo. El radicalismo había proclamado a Gallo —la plata labrada del partido—, y el socialismo auspiciaba a Justo, el terrible fiscal de la política criolla. El autor de "Teoría y Práctica de la Historia" que se hallaba en Europa participando de los congresos de Berna y de Amsterdam, hubiera triunfado fácilmente, pero el fundador de la Liga del Sur levanta, a última hora, tribunas en las calles de Buenos Aires, rodeadas por extraordinarias muchedumbres. Diez mil, quince mil personas aplauden sus discursos. Nadie habla mejor que él. ¡Qué espectáculo espléndido el de su oratoria flamígera en aquellos días! Pero él tiene un inconveniente. Planea sus luchas desde el Jockey Club. Sus amigos pertenecen al Círculo de Armas y el pueblo, instintivamente, prefiere a los que no frecuentan esas zonas. El radicalismo obtiene 44.000 votos, el socialismo 42.000, Lisandro de la Torre, 39.000.

Un año después insiste en su afán de crear una fuerza centrista en la Capital Federal. Reincide en el error de hacer su cuartel político en el Jockey Club. Ese es su error histórico que nadie, hasta ahora, ha puntualizado. Se le ve acompañado en la lista de diputados por esa misma gente conservadora cuyos nombres, por las ideas y por los intereses que simbolizan, provocan escalofríos. Uri-

buru, Exequiel Ramos Mejía, etc. Allá, junto a él, está don Enrique Larreta con su histórico discurso del Coliseo .

La opinión metropolitana hace una distinción significativa y justiciera entre él y los otros. El obtiene 40.000 votos. Los otros apenas 10.000 . . .

A raíz de este nuevo fracaso electoral recién se convence de que existen terribles incompatibilidades en política y que no era posible la aleación que buscaba. La síntesis resulta quimérica, inalcanzable. Hay que trabajar sólo con su pequeño partido y en su radio geográfico: en el sur de Santa Fe. Escribe entonces a Demaría y a Patrón Costas. Como en el divulgado apólogo, descubre las virtudes de los dientes del perro. El radicalismo, tan estigmatizado, a pesar de su estructura inorgánica, a pesar de sus errores gubernativos y de la indisciplina intelectual de sus principales figuras, tiene un mérito social innegable.

Advierte que durante todos esos años, a partir de la reforma de Sáenz Peña, los grupos conservadores del Congreso y los partidos de igual índole en la órbita de las provincias no han tenido una sola preocupación en material social, y que han dejado circunscripto al gobierno de Yrigoyen el privilegio de esas reformas. No era solamente el gobierno de Yrigoyen. Era el grupo socialista, consciente de las medidas sociales que auspiciaba...

“120.000 ferroviarios —dice el tribuno— piensan que ha sido la caída de los gobiernos conservadores lo que ha permitido la adopción de la ley de jubilaciones, del aumento de jornales, etc. Lo mismo piensan todos los gremios que han obtenido algún beneficio de las huelgas”.

Efectivamente, existe en el país una mutación en la órbita de los problemas sociales, planteada instintivamente, inconexamente, por el radicalismo, sin plan, en una forma patriarcal, pero que, mediante una técnica u otra, irradia en favor de las clases obreras una protección o una preocupación antes inexistentes.

Lisandro de la Torre recién se da cuenta. Comprende que es necesario no sólo un programa institucional y administrativo para los partidos políticos, sino también un programa social. Es una enseñanza que cosecha.

“La opinión no se satisface ya con enunciados genéricos”, dice, en réplica al programa de armonía social, de bienestar y de conciliación de intereses que le plantea el señor feudal de Salta.



“Las clases media y proletaria —agrega el jefe demócrata progresista— no se conforman con quedar libradas a los beneficios que puedan derivarse del “bienestar general”. Quieren saber concretamente qué propósitos tienen los partidos políticos sobre las cuestiones que a ellas les interesan: participación de los obreros en las utilidades de las fábricas, limitación de las grandes ganancias y de las grandes fortunas, pensiones a la vejez, a la invalidez, etc., seguro contra la desocupación, impuesto a la renta, impuesto al mayor valor del suelo, etc.

“No caben ya equívocos sobre las cuestiones sociales y del trabajo, por más que los conservadores argentinos no lo comprendan todavía”.

Enuncia, como se puede apreciar, un gran programa de reformas sociales, tan avanzado como el programa mínimo del socialismo.

La coincidencia con la acción legislativa y social de Justo es cada día más acentuada. La analogía fisonómica es cada día más sorprendente. Los dos volterianos, los dos sarmientescos. Son los discípulos auténticos de Sarmiento. Ellos pudieron haber alegado la filiación ideológica y psicológica sin necesidad de mayores pruebas. En nadie está más inequívoca la huella de esa filiación.

Pero dejemos la digresión sobre la filiación sarmientesca. De esas incursiones políticas por campos ajenos a la estructura liberal de su espíritu, extrae nuevas y grandes enseñanzas: “Mi actitud es doctrinaria —dice en una de sus cartas—. Por eso miro con indiferencia las idas y venidas de los partidos provinciales que cambian de nombre una vez por año...”

Efectivamente, su indiferencia se explica. El tribuno de la Liga del Sur nada puede hacer con ellos, ni nada tiene que hacer en esos campos. Hay algo más que un problema antirradical o antiirigoyenista. Hay algo más que un problema de instituciones. Hay una cuestión social, económica, vinculada a las clases castigadas por la desigualdad, que es necesario contemplar en el país. El tribuno de la Liga del Sur lo va aprendiendo poco a poco, hasta que en su carta de 1921 a Mariano Demaría estalla esa demarcación. Allí no sólo surge sin eufemismos la razón de sus discrepancias ideológicas, sino que aflora, también, en todo su esplendor la calidad auténtica de su liberalismo:

“Vds. —grita más que escribe— son conservadores, clericales,

armamentistas, antiobreristas, latifundistas, etc., y nosotros somos demócratas progresistas, de un colorido casi radical socialista... Vaya Vd. a interpretar eso"... He ahí la gran definición. Casi radical socialista... Esa hubiera sido la ubicación doctrinaria e ideológica de Lisandro de la Torre —y tal vez la de Juan B. Justo— en el ambiente de una democracia orgánica.

### EL TRIBUNO RETORNA AL CONGRESO

En 1922 retorna al Congreso, otra vez por la minoría. Los hombres que integraban la Cámara, los cronistas parlamentarios, la gente que concurría asiduamente a las galerías y a la barra esperaban con expectativa jamás igualada el espectáculo de su "reentré".

En las primeras intervenciones, sobre cuestiones más o menos incidentales, sobre problemas sin mayor trascendencia, parece decepcionar. Aquella voz de las primeras sesiones de 1922 no resultaba su voz vibrante de 1912 a 1915. Algunas veces parece dominado por ciertos fenómenos inhibitorios que le presentan vacilante y hasta defectuoso en su maravillosa expresión verbal. Posiblemente se repetía en él la misma emoción que inhibiera a Pellegrini en 1906 cuando retornara a la Cámara de Diputados, después de larga ausencia. "No extrañe la Cámara —decía Pellegrini— si nota en mis palabras emociones de novicio..."

Pero un día vuelve a ser el Lisandro de la Torre de las jornadas más espléndidas. La Cámara, los periodistas y la barra le escuchan cuatro o cinco horas de pie en aquel inolvidable discurso sobre las facultades implícitas de las asambleas constituyentes, que pronuncia a raíz de haber sido vetada la Constitución de Santa Fe por el gobernador Mosca.

Aquella tarde se muestra implacable con los que directa o indirectamente se complicaron en el veto. Trata sin piedad a los diputados Bas y González Calderón que, en el recinto, no saben cómo defenderse frente a ese polemista sin igual. Pulveriza —puede decirse— la sabiduría y la sinceridad jurídica del doctor Montes de Oca. Esa jornada él debe haberla interpretado como una de sus tardes gloriosas, porque precisamente pocos meses antes de su desaparición, un día en que le recordaban ciertos detalles de aquella

polémica parlamentaria, el gran tribuno se ensimismaba en sus evocaciones y actualizaba el goce de aquel triunfo indiscutido: "¡Cómo lo hice sufrir con aquel discurso a Manuel Augusto! —decía—. ¡Cómo lo hice sufrir! ¡Lo destrocé, lo destrocé definitivamente...!"

Pero la nota sobresaliente de aquel debate es la valentía sarmientesa que pone al denunciar el poder de intriga que caracteriza a la Iglesia Católica:

"Ignoro las pasiones anticlericales —dice—. Pasé otra vez "cuatro años en esta Cámara sin promover jamás un debate religioso y sin intervenir en los que promovieron católicos y socialistas; nunca creí en el peligro clerical, ni en la necesidad de prevenirlo; pero hoy, en presencia de una conjuración de intereses clericales que pretende destruir la Constitución de mi provincia por medio de falsedades y tergiversaciones, reconozco que he estado en error y que el clericalismo es un peligro para nuestras libertades. Señores diputados, una constitución argentina está en "peligro de ser anulada por una conjuración clerical".

Después de aquel discurso no cabe duda de que Lisandro de la Torre, con unos años más pero con los mismos ímpetus de la primera diputación, continuaba siendo el polemista más temible que, juntamente con Justo, ha pasado por el Congreso Argentino en lo que va del presente siglo.

A aquella brillante y magistral pieza, siguen otras expresiones de dureza parlamentaria: la interpelación al ministro Molina, su interpelación al ministro Le Breton sobre el problema de la yerba mate. Pone la misma pasión tribunicia cuando hace un proceso político e institucional, cuando polemiza con un ministro o con un colega de la cámara, o cuando se refiere a los problemas vinculados al trabajo y a la riqueza del país.

Pero esa pasión tribunicia no encierra ya aquel entusiasmo flamígero de las intervenciones parlamentarias de su primera diputación. En el rigor combativo que animaba sus requisitorias de 1912 a 1915 era fácil percibir una gran ilusión. El tribuno demostraba con la esperanza de que algo mejor habría de construir o de construirse sobre los escombros que iba dejando su piqueta. Había pasión, había fuego, había quimera. Diez años después el tono de sus requisitorias era distinto. Un permanente disconformismo surgía de sus palabras. En medio de su elocuencia fluía cierto soplo "unamuniano" que parecía reflejar la melancolía de sus proyectos.

truncos. Se iban, seguramente, extinguiendo en su espíritu los ensueños y las ambiciones de las horas maduras, mientras se arraigaba la convicción de que era difícil llegar o que ya no sería posible llegar nunca.

Era indudable que había soñado en llegar... Aristóbulo del Valle le había vaticinado las más brillantes perspectivas. Clemenceau le había exhibido como la personalidad más interesante que había encontrado en sus incursiones por la Argentina. El júbilo de buena ley con que acepta la candidatura presidencial en diciembre de 1915 así lo demuestra. El pensamiento de sus discursos al recorrer el país, al hablar en Córdoba, en San Luis, en Corrientes, lo confirman. Era el plan de un hombre que se sabe llamado a gobernar su patria. Pero después de haber conocido, a costa de sus más caros ensueños, el material humano con que pensó realizar en 1916 una cruzada triunfal, esa ilusión no sólo se había atenuado, sino que se había desvanecido...

"No tengo interés en llegar al gobierno dentro de un partido heterogéneo", había dicho en 1920. "Preveo la esterilidad de su acción y las divisiones del día siguiente".

El concepto estimula la exégesis. "No tengo interés en llegar al gobierno dentro de un partido heterogéneo..." El tribuno que conocía su jerarquía, estampaba el enunciado, sencillamente, sin jactancias, pero sin humildad. Le hubiera sido grato, sin duda, llegar al gobierno, auspiciado por un gran partido de principios.

Esa convicción de que ya no habría de llegar nunca, aparece documentada frecuentemente en sus palabras, en sus discursos, a partir de 1924.

Una tarde el tribuno funda el voto demócrata progresista contrario a la aceptación de los diplomas de Córdoba y al replicar las objeciones formuladas a su posición rebate también las alusiones personales que se habían ensayado en torno de su permanente disconformismo político:

"Mi personalismo y mis ambiciones siniestras —dice—, entregadas a la execración de la República, se caracterizan, pues, por no haber buscado el camino del poder si no por el camino del comicio. Jamás he celebrado acuerdos con ningún gobierno. Si algo podría reclamarme mi partido es no haber hecho lo bastante para llegar: lo contrario de lo que reprochan los que creyeron encontrar esta vez una buena oportunidad para desconceptuarme. Y por eso

no he llegado, ni llegaré jamás, sin que esa perspectiva me entristezca ni me desanime. Continuaré jabonando negros, como alguien dijo.

¡Jabonar negros! No hay duda que la misión de los precursores, la acción de los grandes temperamentos, el afán de los desbrozadores, tropieza a cada instante con el obstáculo de la envidia o del prejuicio. La política es ingrata. Pero la tarea de civilizar una democracia no merecía esa definición despectiva, amargada y terrible.

Entra, desde ese día, en el plano inclinado de la desesperanza del que ya, salvo ligeras intermitencias, no habría de salir jamás. Comienza en su vida un encadenamiento de mutaciones bruscas, que oscilan entre el ímpetu y el desencanto. Afronta una lucha inexorablemente. Vigoroso y apasionado, no da cuartel al adversario, pero, de repente, en el instante culminante de la batalla, confiesa melancólicamente sus amarguras, su ausencia de fe y el fracaso de sus ilusiones, para caer en inexplicables crisis espirituales.

¡Qué distinta la posición psicológica del otro gran parlamentario, barbado como él a la europea, que estuvo con él en el Parque y que llegó con él, en 1912, al recinto del Congreso!

En los días que el fundador de la Liga del Sur pronuncia esas palabras desanimadas —“no he llegado ni llegaré jamás”, “continuaré jabonando negros”— Justo está en el Senado, representando a la Capital. Pero no es la promoción parlamentaria que le ha discernido el pueblo lo que le impregna de esa conformación psicológica tan antitética.

Cuando el autor de “Teoría y Práctica de la Historia”, llegó el año 12 al Congreso, sabía lo ruda que iba a ser su acción y lo difícil que habrían de resultar sus ascensiones, pero, plácidamente, adapta su espíritu al fatalismo de no escalar las grandes alturas. Sabe que, a pesar de su talento, la política argentina le tendrá zonas vedadas. Su destino es otro, es histórico. Es el destino fatigoso de los precursores, que consiste en desbrozar el camino para que por él puedan marchar algún día, triunfalmente, otras generaciones. Para ellos, la parábola del plantador que no puede ni se empeña en vaticinar quién habrá de gozar la sombra de su faena.

La antítesis espiritual es notoria; el uno, cuando viene que definir la dificultad de su obra, le asigna cierto carácter heroico: “es-

clarecer los espíritus", dice Justo. El otro la reduce a una desagradable fatalidad: "jabonar negros".

Las dificultades de la lucha política, sin embargo, podían haber incidido con una mayor intensidad decepcionante en el espíritu del hombre de la extrema izquierda.

La vida parlamentaria, por ejemplo, ha sido más dura en el hombre del socialismo que en el hombre de la democracia progresista. En los primeros años la lucha fué terrible. "Agitador", "perro rojo", le gritaban en el recinto los hombres de la oligarquía, como reacción o como réplica a sus formidables verdades. El, filosóficamente, se limitaba a contestar: "¡Estoy acorazado contra la injuria!"

En cambio, el diputado de la Liga del Sur ha sido recibido con todos los honores y puede considerarse indiscutiblemente el vencedor de las primeras resonantes batallas parlamentarias. Los hombres del radicalismo temblaban ante su oratoria. A los pocos meses de estar en el Congreso ya era el jefe virtual de la mayoría. A los tres años era el candidato a la Presidencia de la República.

Los primeros grandes obstáculos inciden en su espíritu a pesar de su estructura y de su arrogancia leonina. En 1925 el panorama espiritual del hombre que fundó la Liga del Sur es tenebroso y pesimista. Como antítesis, el alma del hombre del socialismo resplandece, patriarcal y humana, a pesar de todos los combates y de sus habituales intemperancias. Precisamente en aquellos días pronunciaba en el Congreso palabras diáfanas: "En este grandioso ambiente donde aún está fresco el recuerdo de las conquistas y de las luchas, —dice refiriéndose al escenario argentino— domínanos, soberana y grata, la emoción de crear..."

¡La emoción de crear! El hombre del socialismo se siente jubiloso frente a cualquier grande o pequeña conquista. No le interesa la magnitud de lo alcanzado. Lo que le enorgullece es que el mundo marche. "Lento o impetuoso, encubierto o visible —dijo una vez—, el progreso humano es continuo". En un cuarto de siglo, desde el día que el socialismo redactó su primer programa, han sido concretados, por la acción de los suyos o por la acción de los otros, muchos de los problemas enunciados.

El hombre de la Liga del Sur, que miraba en el "self government" el secreto progresivo de la gran arquitectura institucional argentina, ha olvidado la sencilla emoción de los pequeños triunfos.

“Hormiguitas prácticas” llamará poco después despectivamente a los que han empeñado sus vidas en la faena de las reformas paulatinas. Siente la desesperación trágica de no ver superado institucionalmente, espiritualmente el país de sus ensueños ¡Se multiplican los negros que es necesario jabonar!

Permanentemente inadaptado, superior indiscutiblemente al medio, seguro de su “yo” interior y de la jerarquía de su intelecto y de su espíritu, convencido de que el país, en función electora, tenía preferencias que no eran precisamente las de los hombres de su talla, un día, en julio de 1925, en un gesto que muchos interpretaron como una expresión de carácter, dió rienda suelta a su decepción. Fué cuando pronunció aquel discurso “ibseniano” que le valió ser motejado como el doctor Stockmann de la política argentina:

“No es ingenuidad, señor presidente —dijo—, es malignidad  
 “sectaria arrojar sospechas insidiosas sobre un hombre político que  
 “hoy está más que nunca cuadrado en frente de todos sus adversa-  
 “rios; contra un hombre político que ha llegado al aislamiento con  
 “estoica serenidad, por no aceptar lo que condena su espíritu, a tal  
 “extremo que ya no le siguen en la República sino algunos grupos  
 “de jóvenes idealistas y el partido representado por los pocos di-  
 “putados que se sientan en estas bancas y que lo honran con su  
 “compañía; contra un hombre político que hace ya muchos años,  
 “apretándose el corazón, rompió para siempre con sus primeros co-  
 “rreligionarios en el instante mismo en que decidieron abandonar  
 “el comicio, porque era fraudulento, para echarse en brazos de las  
 “conjuraciones de cuartel, mil veces más peligrosas para las liber-  
 “tades públicas que las malas elecciones; contra un hombre polí-  
 “tico que después rompió también para siempre con adversarios de  
 “otros tiempos, a quienes tendió la mano lealmente cuando le pro-  
 “pusieron formar un partido de principios y a quienes vió alejar-  
 “se después, unos tras otros, sin remordimiento y sin pena, cuando  
 “los hechos le demostraron que la coincidencia de un programa era  
 “imposible; contra un hombre político desprovisto de toda influen-  
 “cia en la Nación, a una altura de la vida en que ya no puede ni  
 “quiere rehacerla; contra un hombre político que jamás ha ocupa-  
 “do un cargo público ni en la Nación ni en su provincia, y que  
 “no aspira a ocuparlos, como lo prueba todos los días con sus acti-  
 “tudes y con sus palabras; contra un hombre político que no lo es,

“porque no calcula y porque no quiere calcular y que sin sentirse desilusionado, porque jamás ha tenido ilusiones, y sin sentirse desanimado, porque su temperamento lo defiende y le permite sobreponerse a todas las caídas, espera la terminación del presente período parlamentario para no volver más, nunca más al Congreso”.

Después de aquel amargo discurso parece cerrarse definitivamente la carrera política y parlamentaria de Lisandro de la Torre. Deja extinguirse su diputación, renuncia a los puestos directivos de su partido, y, orgulloso y desdeñoso, se retira a la laboriosa soledad de sus lejanos campos de Pinas.

Los que llegaban por ahí tratando de bucear el espectáculo de esa magnífica figura argentina, que como un anacoreta había resuelto encerrarse en la acción del trabajo, para que la caída de los árboles, la música del aserradero o el ruido del “decauville” le hicieran olvidar las vanidades de la política militante, lo encontraban vigoroso, recio, ágil, sin otras preocupaciones que las de sus labores rurales.

En el afán de encontrar un paralelismo, la gente recordaba las vacaciones aparentemente similares del fuerte Gladstone y, en trance de buscar la calificación más adecuada a la idiosincrasia de su temperamento y a las modalidades de la vida que estaba llevando, surge aquella definición de “El Leñador de Pinas”, tan acertada para ese hombre que leñaba, implacablemente, árboles, poniendo en la tarea la misma pasión vigorosa con que había leñado a sus adversarios —más bien dicho a los adversarios de la superación de su patria— en el campo de la política argentina.

### EL LEÑADOR Y EL DICTADOR

Los sucesos de 1930 pueden concretar el gran ensueño de su vida: gobernar el país. Pero ahí vuelve a exhibirse el espíritu incorruptiblemente democrático del fundador de la Liga del Sur.

El 26 de agosto de 1930 un hombre lo visita en su departamento de la calle Esmeralda. Viene a invitarlo para participar en una revolución contra el gobierno de Irigoyen. Le explica minuciosamente el plan, que piensa desarrollar con precisión matemática. Con la división de Campo de Mayo vendría sobre la capital, ocu-



paría el Arsenal de Guerra y sin derramar una gota de sangre reemplazaría al gobierno tambaleante de Irigoyen.

El conspirador ofrece al Leñador una cartera en el gabinete por formarse. Posiblemente el Ministerio del Interior. Pero, al mismo tiempo, le anuncia el carácter del nuevo gobierno y el plan institucional que piensa desarrollar. Iba a ser una dictadura militar, que no sólo se circunscribiría a deponer al presidente Irigoyen, sino que reformaría la Constitución, derogaría la Ley Sáenz Peña y reemplazaría al Congreso por una entidad gremial.

A pesar de la inflexible tesitura opositora que sigue manteniendo contra su rival de 1897, el Leñador no acepta. Ese plan contrariaba sus ideas democráticas y sus rígidos conceptos contra las conspiraciones de cuartel, que determinaron su ruptura con Irigoyen y su alejamiento del radicalismo.

El hombre que le invitaba a la revolución y a integrar el gobierno revolucionario, que era inminente, tenía con él una amistad de cuarenta años. Hacía precisamente cuatro décadas que se habían encontrado en el Parque, la mañana de la revolución del 26 de Julio. El Leñador era en aquel momento uno de los centinelas civiles. El conspirador era un joven subteniente sublevado que se presentaba para incorporarse a la Revolución.

Desde esa remota mañana revolucionaria una amistad sin nubes había ligado las vidas del joven centinela civil y del joven oficial revolucionario. El centinela civil había llegado a ser una de las grandes figuras civiles de la Patria. El subteniente revolucionario había escalado triunfalmente todos los grados del escalafón militar. Una de las listas electorales, que en 1920 encabezara el centinela civil, había sido integrada, como candidato a diputado nacional, por el subteniente revolucionario del 90. En esos días de 1930, precisamente, se había hablado de un gran banquete en el que se iba a exigir al Leñador que abandonara sus árboles y su hacha para reintegrarse a la acción política. El pedido lo habría de formular en público el ex subteniente del Parque.

Existía, pues, una amistad sin reservas. Más que amistad, admiración por parte del subteniente del 90. Ello explicaba por qué, al considerar maduro el plan revolucionario, fuera a buscarle como su confidente privilegiado y a ofrecerle uno de los puestos eminentes en el gobierno por formarse.

Los sucesos se desarrollan pocos días después, casi matemáti-

camente. El gobierno cae, pero sin necesidad del Ejército. La división de Campo de Mayo, en quien cifraba todas sus esperanzas el jefe militar de la revolución, no se subleva. Apenas si el Colegio Militar y un puñado heterogéneo de tropas avanza sobre la ciudad. Pero el pueblo realiza lo que no quiere concretar el Ejército. Profundamente desengañado, olvida a su ídolo de 1928 y lo derroca.

No hay una figura civil que tenga la visión del momento, y el momento es aprovechado por el subteniente que cuarenta años atrás había golpeado los portales del Parque.

Se presenta entonces para el Leñador la más hermosa oportunidad para ver concretado el ensueño que vaga en su espíritu desde que adquirió mayoría de edad en la vida cívica: gobernar su país.

El jefe de la revolución le llama el 11 de Setiembre para exponerle su plan de reformas constitucionales. A pesar del compromiso que en las vísperas del 6 había contraído con figuras prestigiosas del Ejército y de la Armada, estaba empeñado en imponer su plan primitivo, es decir derogar la ley Sáenz Peña y subsituir el Congreso por un cuerpo de estructura corporativista.

El dictador, como el 26 de agosto, vuelve a pedirle su colaboración. Pero el Leñador es terminante. Le contesta, categóricamente, "que por ese camino perdería en quince días la inmensa opinión que lo acompañaba y se convertiría en un prisionero de las camarillas militares y civiles que le estaban acechando...".

A fines de octubre el Leñador vuelve a ser llamado por su amigo de cuarenta años. La situación económica del Leñador es difícil. Pesan sobre la tranquilidad de sus días las fuertes deudas contraídas veinte años atrás. Sus negocios no marchan prósperamente. El dictador quiere nombrarle árbitro del gobierno en el tribunal que debía resolver las diferencias con la empresa del puerto de Rosario. En poco tiempo podría percibir 100.000 pesos de honorarios, pero el Leñador rechazó el ofrecimiento: "Un hombre político —dijo— no debe ponerse en el caso de que se sospeche de su desinterés".

El Jefe de la Revolución quiere que él sea el Presidente. Menciona su nombre a cada instante. En la calle se asegura que el Leñador es el candidato presidencial del dictador. Se lo insinuaba a él y se lo decía explícitamente a sus amigos. Un día, para hacer más

gráficas sus preferencias, lo proclama en su propio despacho, señalando la Plaza de Mayo:

—Nadie me podrá impedir, cuando se aproximen las elecciones, que yo salga a ese balcón y le diga al pueblo en voz bien alta: "Voy a votar por Lisandro de la Torre".

Pero el Leñador no admite el obsequio que se le ofrece insistentemente en bandeja de plata. Ha soñado muchas veces en la posibilidad de gobernar a sus compatriotas. Ha estudiado para ello, ha dedicado a esa ilusión todos los afanes de su existencia. Cuando redactó su tesis de 1888, cuando planeó aquel proyecto de ley municipal para su provincia, pensaba en ello. Cuando fundó la Liga del Sur tenía esa mira, Cuando organizó el Partido Demócrata Progresista le obsesionaba esa quimera. Ahora, se le presentaba la oportunidad acariciada. Pero era necesario pasar por las horcas caudinas de la imposición dictatorial y, tal vez, del fraude. Es cierto que desde el poder podría como Sáenz Peña, hacer olvidar el carácter discutido de su origen y hasta realizar muchos de sus grandes ensueños institucionales. Pero, no. Ya una vez lo dijo: "Pertenezco al número de los que creen en los programas, y porque creo en los programas prefiero a las reformas promovidas a veces aisladamente por un hombre, la obra integral de un partido, iniciada en la propaganda doctrinaria, proseguida en la consulta al pueblo en los comicios y culminada en el recinto parlamentario..."

Los choques polémicos, verbales o epistolares, entre la incorruptibilidad democrática del Leñador y el desvarío corporativista del dictador van alejando poco a poco a los amigos de cuarenta años, y los acontecimientos de repente los coloca frente a frente para que no se reconcilien.

El Leñador entonces vuelve a experimentar instintivamente las añoranzas de las jornadas cívicas, y a las pocas semanas las fuerzas de izquierda le hacían su abanderado para la lucha comicial de noviembre de 1931.

La requisitoria popular llega a los bosques lejanos. En esos días el Leñador había abandonado momentáneamente su hacha para organizar un arreo. La respuesta del Leñador no se hace esperar. Ante el reclamo de sus compatriotas olvidase de las palabras definitivas que había pronunciado en el Congreso, del doctor Stockmann y de su testamento político de 1925. Su espíritu reacciona, diligente, con esa agilidad con que el último reclamo de su patria encon-

trara a Nelson en el ambiente tranquilo de Morton. También Aristóbulo del Valle se había retirado "entristecido" en 1892 y reaparecía en 1894 ante un llamado de la juventud de Santa Fe. El desencanto, la melancolía se han desvanecido. Está estructurado, psicológicamente, para las grandes luchas. Como cae en las prostraciones, sabe reaccionar bruscamente. Le basta oír el toque de clarín. "Acepto —dijo el Leñador—. Me embarga la sensación intensa de las responsabilidades que contraigo".

Su palabra, con resonancias de bronce, se escucha después de un largo silencio en todos los ámbitos del país. Su candidatura presidencial agita a la opinión argentina, sobre todo a la juventud. La juventud le rodea, admirada del fuego interior de aquel hombre que vivía desterrado en las selvas. El Leñador se encuentra por fin con el pueblo, lejos del Jockey Club, lejos del Círculo de Armas. Observa, indiferente, la defección de los amigos que se alejan para incorporarse a las aventuras fascistizantes y corporativistas del dictador. El pueblo encuentra a un abanderado auténtico, a un verdadero líder, como cuadraba al prestigio histórico argentino. Pero el fraude, desencadenado sobre todo en Buenos Aires y en Mendoza, le arrebató las insignias del poder. El Leñador recibe el contraste con una gran serenidad. Guarda silencio, hasta que ciertas alusiones del general Uriburu le obligan en febrero de 1932 a redactar "Otra Página de Historia".

Ese año 1931 es decepcionante para la cultura política americana. En Perú —país sin perfección institucional, sin conquistas democráticas— el fraude sofoca la candidatura popular de una de las personalidades más brillantes de América. En la Argentina, con una gran Constitución, con la gran reforma del año 12, el fraude ahoga la candidatura presidencial de una figura que hubiere envidiado cualquier gran escenario europeo. El candidato peruano tiene 36 años de edad. El candidato argentino tiene 63. Uno es Haya de la Torre. El otro es Lisandro de la Torre.

El Leñador no llega a la presidencia, pero llega al Senado, y entonces, desde 1932 hasta el día de su renuncia, ofrece al país el espectáculo de su recia, de su intransigente, de su apasionada conducta, en ese "Senado de la decadencia", como él lo marcara con fuego en uno de sus arrebatos sarmientescos.

## SARMIENTO REAPARECE EN EL SENADO

Cuando llegó al Congreso en 1912 su barba era obscura; cuando retornó en 1922 su barba encanecía. En 1932 su barba ya estaba blanca.

Tenía 64 años, es decir la misma edad de Sarmiento cuando ingresó en el Senado. Estaba físicamente más fuerte que el sanjuanino, intelectualmente más disciplinado, pero espiritualmente más melancólico. La sobriedad de su existencia, la vida de las selvas y de las praderas mantenían al Leñador ágil y vigoroso.

En esos veinte años que habían transcurrido desde el día de su iniciación parlamentaria, la vida política le había sido dura, esquiva en halagos, y muchas veces —la mayor parte de sus jornadas—, sin sol. El combate y la derrota eran las alternativas familiares. En esas dos décadas no sólo había encanecido su barba: se habían helado sus entusiasmos flamígeros y calcinado sus ilusiones. Pero mantenía magnífico e intacto el brillo de su intelecto, la elocuencia de su palabra y la energía para la batalla.

Sarmiento, a la misma edad, sordo y preñado de achaques sabía reír iconoclastamente. El Leñador, en cambio, regresaba escéptico, sin ilusiones. La incompreensión de sus compatriotas, sus derrotas innumerables y la esterilidad de su larga lucha habían dejado en el espíritu una huella sin cura. "Se le ha emparentado espiritualmente con Sarmiento por su afán de lucha, por su ímpetu demoledor, por su vocación polémica, por su pasión civilizadora —dijo Tamborini en su hermoso discurso de homenaje—; pero no tenía la risa rabelesiana que en el cuyano estallaba en carcajada".

La pasión por escucharlo había crecido. El que retornaba no era solamente el gran tribuno de las requisitorias demoledoras. Acababa de ser el abanderado de una gran causa cívica y venía aureoado por el halo romántico de su destierro voluntario en las selvas.

Impugna el presupuesto como tema de su reaparición. Denuncia el peligro del emisionismo. Aconseja al Senado. Le pide que evite días de angustia a la República; que no se deje seducir por la mira engañosa de las emisiones y que no escuche el canto de sirena de los malos deudores de pesos papel que buscan su envilecimiento.

De repente modifica el tono de su voz para hacerla más pausada, más penetrante, intensamente subjetiva:

“Yo estoy cumpliendo aquí, sin fe, sin entusiasmos y sin ilusiones, un deber ingrato. He salido —dice— de un retiro tranquilo, que deseaba definitivo, obligado por solidaridades indestructibles, pero siento cada día más el cansancio y casi diría el hastío de la vida pública. Predico en el desierto, para quedar en paz con mi conciencia; no me hago la ilusión ingenua de creer que mi palabra vaya a pesar en el resultado del debate; no me prepongo tampoco conmover a la opinión pública, ni mucho menos sueño con desviar de su camino a otros hombres perfectamente conscientes de sus intenciones y de sus intereses”.

Después, marcando aún más pausada y agudamente las palabras y las sílabas, finaliza diciendo:

“¡Cúmplase el destino de la República, que está en otras manos!”

“¡Qué está en otras manos!”. La frase amargada quedó vibrando, a pesar de los largos aplausos que pudieron ahogarla. “¡Qué está en otras manos!”. Los que la escucharon, los que comprendieron su intención subjetiva, hicieron de inmediato la correlativa exégesis. En aquellos días de 1931 en que dejó su hacha para hablar de nuevo a las multitudes, el Leñador había soñado, sin duda, que el destino de la República, en las horas de su vigorosa vejez, pudo haber caído en sus manos. No creía en la posibilidad del fraude. No admitía que el pueblo pudiera consentirlo.

Así, en el mismo tono cansado y hastiado, sigue hablando en el Senado. Era el tono decepcionado de sus discursos de 1924 y 1925.

Pero, de repente, se produce en su vida una mutación auspiciosa. Como en el caso del caballero Bayardo, su descanso era el pelear. La función indiscutiblemente hace el órgano. Las acechanzas reaccionarias de ese Senado que mancillaba las mejores tradiciones argentinas, le estimulan a la lucha y vigorizan sus energías. Un día, tiene que defender la libertad de prensa. Otro día tiene que oponerse a la mordaza que se intenta legislar para las ideas. Otra vez, exhibe los perjuicios que causa a la producción argentina el tratado comercial que acaba de firmarse con Chile. Después, defiende el esfuerzo cooperativo en favor de los elevadores de granos. Otra tarde, impugna la ley de Banco y ataca despiadadamente al ministro Pinedo.

La pasión por la lucha iba desvaneciendo el hastío, el cansan-

cio, la desilusión y el Leñador volvía a experimentar el impetuoso dinamismo de sus días mejores.

Su presencia demostraba en ese recinto letal la inflexibilidad de la ley histórica de que jamás quedan vacíos en los momentos trascendentales los grandes puestos de lucha. El Senado era el cuerpo anacrónico y conservador por excelencia desde los días de la organización nacional, pero ahora no sólo era conservador y anacrónico, sino que se había tornado fraudulento, fascistizante, plutocrático y casi anti-republicano. Había cinco o diez personajes para los cuales el Estado de Mussolini era preferible al Estado de Alberdi.

Pero, de ciclo en ciclo, el Senado estaba condenado al sacudimiento de alguna voluntad fuerte que se elevaba por encima de las cobardías y de los prejuicios. En 1875 fué Sarmiento. Veinte años más tarde, Aristóbulo del Valle. Un cuarto de siglo después, Juan B. Justo. Ahora, correspondía al Leñador esa responsabilidad histórica.

El Leñador resurgía de su pesimismo. Los acontecimientos históricos, las propias decepciones, habían sido ricas en experiencias para su espíritu. Es cierto que su existencia estaba preñada de desencantos, pero también de enseñanzas. A cada ciclo de su acción correspondía una amargura y a cada amargura, una revelación.

Cuando en 1912 había dejado sus campos santafecinos para llegar al Congreso, venía animado por dos grandes ilusiones: realizar una gran acción parlamentaria y formar un gran partido nacional.

Había realizado la gran acción en el Congreso y ella le había consagrado como el parlamentario más brillante, más completo de su patria. El partido nacional lo había formado, pero edificándolo, apresuradamente, sobre la arena.

Cuando cerró ese ciclo lo hizo con su primer gran amargura. Así es que cuando retornó en 1922 al Congreso, con más años, con la barba entrecana, traía en su espíritu el peso de varias desilusiones, pero también el secreto de muchas revelaciones fundamentales. La vida y el infortunio enseñan. Había conocido la incorregibilidad de las oligarquías, la peligrosidad del clericalismo y la realidad de las cuestiones sociales.

Pero, ¿qué ilusión le animaba en 1922?

¿Acaso, tan sólo, el propósito de plantear parlamentariamen-

te el episodio de la Constitución de Santa Fe, vetada a instancias de la Iglesia, y demostrar, en su esfuerzo jurídico admirable, cuál era el alcance de los poderes implícitos de las convenciones constituyentes?

Lo exacto es que regresaba con toda la fuerza prodigiosa de sus ímpetus. El orador de 1912 había multiplicado sus prestigios y su solidez mental. Así lo fué demostrando paulatinamente, capítulo por capítulo, en cada una de sus nuevas intervenciones parlamentarias. La implacabilidad habíase vigorizado.

Sin embargo, de repente, esa energía impetuosa se amengua. No en el poder de la batalla, sino en la posición subjetiva del combatiente. Aparece disconformista, unamuniano, "stirneriano". No poseía ya el fuego de 1912 y 1913. El talento, la información, la disciplina, la sabiduría, brotaban en cada uno de sus discursos. Las requisitorias eran más terribles, pero sin ilusiones.

Un día la yerba mate, otro los armamentos; otra vez los diplomas de Córdoba y, de repente, la emoción subjetiva de su desesperanza. Fué cuando, en 1924, anunció que su destino era el de seguir "jabonando negros", o cuando, un año después, se proclamó el doctor Stockmann de la política argentina.

Pero los años solitarios de Pinas, los veinte años que arrancan desde el día que llegó al Congreso, han acelerado el ritmo de su visión espiritual.

Una maravillosa evolución se ha producido en sus ideas. Del centro, del liberalismo "manchesteriano", del institucionalismo norteamericano, ha evolucionado hacia la extrema izquierda. No es el Lisandro de la Torre de 1916 y 1920. Ahora, busca el contacto del pueblo auténtico. Siente el júbilo de la convivencia popular. Un 1º de Mayo encabeza la gran manifestación democrática y obrera, al lado de los jefes del socialismo, de las figuras jóvenes del radicalismo, de los militantes comunistas. Al verle desfilar, con su barbilla blanca, parecía surgir de un noticiario europeo. El pueblo desfila; él marcha a la cabeza. El pueblo está encantado con su abanderado, y el tribuno, vive en olor de multitud. Eso es, implícitamente, el Frente Popular.

Comprende los peligros del imperialismo, y el tema que — salvo en los casos maduros de Ingenieros y de Palacios — había sido problema para la exégesis no siempre reflexiva de la juventud, encuentra en el Leñador a su intérprete admirable.



Parece Sarmiento: el Sarmiento del 79<sup>o</sup> contra las oligarquías, o del 83 contra el clericalismo. En cada sesión del Senado su palabra vibra para exhibir los tres peligros: el peligro oligárquico, el peligro ultramontano y el peligro imperialista.

Ha limado las aristas de sus antiguos prejuicios. Ha alcanzado, en una revelación espléndida, el exacto concepto de la democracia social. Está en la extrema izquierda, casi en la más extrema izquierda. Ha dejado de ser la figura de síntesis que pudo representar en 1915. Ahora es uno de los polos antitéticos del choque, de acuerdo con la dialéctica hegeliana. ¡Interesante paradoja! En 1913, el radical parecía él en la Cámara de Diputados. Ahora, en 1934 o 1935, el socialista parece él en el Senado de la Nación. El recinto del Senado es pequeño, pero su palabra es terrible y repercute intensamente, no sólo allí, sino en la historia.

En el pequeño recinto juega con sus adversarios. El, resulta espantosamente grande y felino. Sus adversarios parecen minúsculos.

Un hombre joven, lleno de talento y de ambiciones quiere enfrentarlo. Es el ex socialista Pinedo, que aspira a la jefatura del conservadorismo, en decadencia, y que no es solamente el "deus ex machina" de las Juntas Reguladoras y de las maniobras económicas que salvan a la oligarquía en ruinas, sino el artífice de las confabulaciones políticas y electorales que se organizan contra la soberanía popular.

Un día, el ministro Pinedo, apelando a la definición de Alberdi contra Sarmiento, lo califica como "el gaucho malo" de la política argentina.

El Leñador refuta enérgicamente la calificación que se le adjudica:

"¿Desde cuándo los gauchos malos de la política proceden así? ¿Desde cuándo usan como única arma la persuasión, persiguen como único propósito la discusión de ideas, y remueven hechos para interpretarlos? Los gauchos malos de la política, de cualquier índole y de cualquier estatura que sean, menosprecian la persuasión, esgrimen la injuria, atentos siempre a aprovechar la menor circunstancia para sacar ventajas personales.

"Los gauchos malos de la política —agrega mirando al ministro Pinedo— no tienen línea moral, cambian de opiniones, cambian de actitudes, cambian de partidos, cambian de amistades, sin el menor escrúpulo. Y yo, señor presidente, según dice el propio señor

Ministro de Hacienda, soy un opositor tenaz —no sé si llamarme romántico— que no se rinde al halago de ninguna situación, ni se atemoriza ante el furor de ninguna jauría”.

La sensacional investigación que plantea sobre el comercio de las carnes, sobre los favoritismos de las empresas y las condescendencias gubernativas, prueba que “no se rinde al halago de ninguna situación, ni le atemoriza el furor de ninguna jauría”.

No hay expresión más exacta. La jauría se avalanza sobre él, e igual a los días en que los senadores de 1875 irrumpían irreverentemente contra la gloria de Sarmiento, todos los resortes del oficialismo están movilizados isócronamente para ahogar su palabra.

Una montaña de obstáculos y de intereses se levanta para cerrar el camino a la verdad. El, desde su banca del Senado, ofrece al país el espectáculo de su energía patriótica y de su conciencia insoportable. Se le llama, a justo título, “el gran fiscal de la Patria”.

No lo deprime el contraste, ni lo enerva el dolor. Hacía poco que había muerto el amigo dilecto que compartía con él la representación de Santa Fe en el Senado. Después era asesinado, en pleno recinto, el hombre que debía secundarle. El redobla sus energías y su pasión acusadora. Los ministros acusados tambalean y caen, a pesar de todo. Pero el oficialismo quiere herirlo en todos sus afectos. Se empeña en que nadie lo acompañe en el recinto del Senado, y para abatir su reducto político se consuma la intervención federal a Santa Fe, uno de los atropellos más inauditos que registra la historia institucional argentina.

El Leñador defiende, entonces, al gobierno de sus afectos con la pasión de león que lucha por sus cachorros.

El panorama político del país se presta para ello. En casi toda la extensión argentina impera el fraude, la violencia, el crimen político, la venalidad. Ese año 35 es uno de los más oscuros de la vida argentina. Tiene analogías desgraciadas con el otro año 35 de un siglo atrás. Apenas si dos o tres oasis salvan en el país los prestigios de nuestra civilización política. Entre Ríos, Santa Fe, Tucumán y, posiblemente, la conservadora Córdoba. Pero la suerte de Santa Fe está echada.

El Leñador explica las causas, los delitos, los pecados que determinan el atropello a la autonomía institucional de Santa Fe. Es la última noche del período parlamentario del año 35. Es un día de fiesta. Pero el oficialismo ha habilitado el feriado para el atropello.

llo. Aquella noche su elocuencia, su vehemencia, adquieren matices que impresionan. Culmina, puede decirse, toda la pasión de su vida. La barra está impresionada, la opinión pública está conmovida, pero la elocuencia de sus palabras no ejercerá la menor influencia en la mayoría regimentada que cumple las órdenes del Presidente de la República:

“¡Sí, Santa Fe debe ser avasallada —exclama el gran orador— porque su partido mayoritario me ha proclamado candidato a gobernador de la provincia. Santa Fe debe ser avasallada para que haya una revancha del debate sobre la investigación del comercio de las carnes. No bastaba con que hayan quedado en pie todos los vicios revelados por esa investigación, más lozanos que nunca. No bastaba con que el monopolio mantenga su predominio en detrimento de la riqueza del país. No bastaba con que la sangre de un senador por Santa Fe cobardemente asesinado haya manchado este recinto... No bastaba todo eso. Era necesaria todavía la venganza!”

Esa noche comprende en toda su magnitud la desaprensión de las oligarquías que han resurgido en los últimos años, su peligrosidad, su germen parásito, la intención maldita de sus actos. Ahora entiende, por fin, la fulminación sin cuartel de Yrigoyen, la demarcación inflexible e implacable que el caudillo del radicalismo trazó hacia ella al iniciar en el 93 la segunda etapa de su vida cívica. Busca, tal vez como Cambronne, en la desesperación de Waterloo, el epíteto más certero para arrojarlo al rostro de la oligarquía. En los momentos trascendentales no es posible perder el tiempo en la selección del léxico. Recuerda, entonces, una de las definiciones lapidarias de Yrigoyen. Es la mejor definición, la única, la exacta, y el Leñador evocando la frase de su rival, la grita entonces al sector de la derecha y a la Casa Rosada:

“¡Régimen falaz y descreído, dijo un día Hipólito Yrigoyen. Profunda verdad, no obstante la mala retórica!”.

Habían transcurrido cerca de cuarenta años desde el día del duelo famoso. Hacía dos años que el caudillo del radicalismo dormía su sueño eterno. La noche de julio de 1933, en que se le velaba, las gentes sorprendidas, vieron llegar al rival implacable de tantos años y permanecer de pie, silencioso, como en un rito, frente al catafalco del adversario de tantas jornadas. Pero el verdadero homenaje que le tributara era éste: repetir su definición del Régi-

men... Efectivamente, el "régimen" era así: falaz, desaprensivo, desenfadado, sin alma, sin moral institucional y política...

Después, ¿qué le resta hacer?

Sus esfuerzos, sus palabras son inútiles. Como lo advirtiera en 1932, la tarde de su reaparición, existe una mayoría "perfectamente consciente de sus intenciones y de sus intereses". La opinión pública no reacciona. El fraude se repite sin que brote en los comicios una nota heroica. El Leñador, en sus angustias espirituales, llega a creer que el civismo está muerto y que, en ese caso, "la tribuna parlamentaria no tiene objeto".

Renuncia a su banca. No quiere volver más al recinto del "Senado de la decadencia"...

Pero poco tiempo dura esa crisis psicológica. Llega enero de 1937. Se aproxima la fecha de las elecciones santafecinas. El Leñador presiente el fraude. Para ello, su provincia ha sido intervenida. Es un capítulo del gran plan con vistas a las elecciones presidenciales que tendrán que realizarse después.

El Leñador, entonces, cifra una ilusión, una gran ilusión: la última quimera cívica de su vida.

Tiene ansias de lucha. El desfile del 1º de Mayo, la muchedumbre decidida que en las calles de la capital entonaba la canción patria y la Marsellesa, debió dejar una gran sugestión en su espíritu. El Leñador, sin duda, imagina una gran acción de masas con vistas a la defensa del comicio en Santa Fe: el pueblo en la calle, impetuoso como él; las urnas defendidas. Una gran acción cívica, casi una acción revolucionaria, en defensa de las conquistas democráticas que iban desapareciendo.

—“Pido hechos y no palabras a mis correligionarios y a mis conciudadanos” — exclama, casi septuagenario, en un gesto de decisión civil admirable.

Invita al radicalismo a realizar una acción conjunta, amplia y honrada.

“Nada de combinaciones minúsculas — dice el Leñador—, nada de ayudas departamentales habilidosas para lograr tales o cuales posiciones estratégicas en el Colegio Electoral. Hay que ensanchar el horizonte y contemplar, por encima de todo, el bien de la provincia”.

Para demostrar el desinterés de su gesto, renuncia a su candidatura. El estilo es tajante: “Queda —dice— eliminada indeclina-

blemente mi candidatura a gobernador, que nunca ambicioné, y que ha tenido la virtud de encender el odio en el corazón de seres que no me interesan”.

Pero no prevé que el radicalismo habrá de desechar la invitación que se le formula. El Leñador, en un maravilloso ensueño, tiene el espíritu y sus energías prontas para entrar en batalla. Sin esperar respuesta, redacta inmediatamente la consigna, el plan de guerra para seguir:

“Candidaturas únicas contra el fraude. Listas únicas contra el fraude. Fuerzas que marchen como un solo hombre, animadas del mismo espíritu contra el fraude. Esa debe ser la aspiración común y sólo así salvará Santa Fe sus libertades y ofrecerá a la República un ejemplo”.

Parecè un militar. No hay duda alguna de que es todo un jefe. No en vano una vez, en 1931, dijo Correa: “Habría sido un militar, si no fuera tan civil”. Santa Fe y el país pudieron sentir la emoción histórica de esa gran jornada: el tribuno exhortando a las masas y dando el ejemplo de su gran energía cívica. Pero el radicalismo vacila: no acepta. Cree, aún, en las promesas presidenciales. No alcanza a percibir la frialdad matemática y mecánica del plan que está en ejecución. Llega la elección de febrero y el fraude arrasa las pueriles esperanzas que el radicalismo había depositado en las palabras del Presidente.

Entonces, el Leñador, ya definitivamente decepcionado, harto de “jabonar negros”, cansado de predicar en el desierto, se retira de la acción política, pero esta vez para siempre.

### LA CLAVE DE SU INTERLUDIO

Apenas si, a partir de ese día, algunos de sus compatriotas habían de tener el privilegio de escucharle tres veces más.

Luis Reissig, el exégeta de Anatole, y el Colegio Libre de Estudios Superiores fueron los artífices de ese milagro.

La reaparición en público del Leñador resultó un acontecimiento. Sus amigos, sus discípulos habían venido desde lejanos lugares especialmente para escucharle. Mil hombres, quinientas mujeres seguían admirativamente desde la platea, los gestos del Leñador aquella tarde de julio de 1937.

Entró en el proscenio. Una salva de aplausos, cerrada, emocionadora, saludó su aparición. El orador, de pie, pronunció dos o tres frases explicativas. Tenía la barbilla nevada, el gesto enérgico e imperioso, la contextura ágil. Estaba pulcramente vestido. Parecía un primer ministro de Francia o un sabio de la Sorbona: Barthou, el amigo de Anatole; Poincaré, el estadista, o Poincaré, el de las matemáticas.

Se sentó. Puso el manojito de papeles que constituían su conferencia, sobre la mesa. Los miró de lejos. Echó un brazo displicentemente sobre el respaldo del sillón, y después de un año de silencio volvió a escucharse —pero esta vez en la cátedra— su voz que, como dijera Roldán, “tenía del cristal, del bronce y del acero”.

Ápenas si miraba los papeles. ¡Qué prodigiosa memoria! Sus primeras palabras enunciaron algo así como una profesión de humildad. No quería ocupar una cátedra. Temía asumir una actitud de maestro sin el título habilitante, “lo que es grave”, comentó. “Nunca he sido conferencista —dijo—, nunca he sido profesor y nunca he cultivado la palabra como un arte. Me he valido de ella como de un medio de acción en la vida pública”.

Después explicó la razón que le había estimulado a elegir un motivo filosófico para su disertación. Eran materias que habían absorbido el interés de su juventud. Volvía a ellas “después de un olvido largo”. “He sido muy amante de la filosofía no obstante haber vivido una existencia antifilosófica”. Es tan fácil y frecuente caer en contradicciones en nuestra triste condición humana, que nadie habrá de sorprenderse”, glosó mientras podía observarse nítidamente cierta mutación subjetiva en la entonación aguda de sus palabras.

El Leñador se confesaba en público. Volvía a los temas de su juventud, después de un olvido largo. El Leñador regresaba: enunciaba implícitamente su viaje de retorno. Su vida había sido una contradicción. Amó la filosofía y había tenido que vivir una existencia antifilosófica. El público escuchó con emoción al hombre fuerte que así se confesaba. Efectivamente, la vida pocas veces se ajusta al esquema predilecto. La realidad contradice permanentemente al ensueño en una lucha implacable y sin cuartel. ¡Quién sabe cuántas contradicciones entre el ensueño y la realidad no habrían rectificado la existencia del tribuno!

Luego, el orador entró en el tema. El viejo árbol no había sido leñado. El viejo árbol florecía. La conferencia era verdaderamente un "intermezzo", un interludio, un remanso en su vida de lucha. Esa tarde su palabra no tenía que vibrar para exhibir problemas desagradables ni para fustigar a algún adversario determinado. Esa vez le atraía filosófica, espiritualmente, el enigma de la vida, la pequeñez del hombre comparada con la inmensidad del universo, el alma, el instinto, la relatividad del progreso científico en la superación de la inteligencia del hombre, los misterios de la biología, el mundo de los electrones. Se había dedicado en los últimos tiempos a bucear en el plano de la ciencia los secretos del mundo, para colocar, en un afán polémico implícito, a la teología frente a la biología. Como un estudiante o como un sabio se había preocupado, en el laboratorio de la Facultad de Medicina, en observar con el microscopio los cromosomas gigantes encontrados en las glándulas salivares de la mosca *Drosófila*.

La nueva faena había iluminado la inquietud permanente de su espíritu. Hubiera querido disciplinar su inteligencia y emplear sus horas en la tarea de investigación, como un Cajal, como un Pawlow, como Carrel cuya "Incógnita" tanto le influyera. Pero ya era tarde. Tenía setenta años y había malgastado medio siglo de vida en el afán de contribuir a la construcción de una democracia auténtica, en la tarea de "jabonar negros".

Finalizó su disertación planteando un interrogante angustiado: "La armonía que rige la materia y el movimiento de los astros no se refleja en las sociedades humanas... ¿Dónde se encuentra entonces la armonía preestablecida?".

El público premió sus palabras con una ovación interminable. Las mujeres le rodearon y le felicitaron. En aquel atardecer el Leñador parecía sentirse feliz...

¿Por qué había llamado "intermedio filosófico" a su disertación? ¿Qué había querido sugerir o definir con ello? ¿Qué era un alto que hacía en medio de la pelea, un paréntesis en la lucha, como el interludio de los antiguos organistas entre los versículos de un himno? ¿O era la otra acepción etimológica de la palabra, es decir una mutación para preparar una situación dramática?

Cuando su segunda conferencia promovió su postrera polémica — esa polémica sarmientesca con monseñor Franceschi — la gente creyó descubrir entonces el exacto significado del Intermedio. Pa-

recía, sin duda alguna, un paréntesis en medio de la lucha que había sido su vida.

Pero cuando meses después, cerró un día, deliberadamente, el ciclo de su vida magnífica, recién pudo desentrañarse el simbolismo de su interludio. El Intermedio Filosófico, más que un alto en la lucha, había sido la mutación para elaborar el episodio dramático que acariciaba su espíritu, una alternativa espiritual amable para que la evocación de ese momento, en que se le vió con una personalidad distinta a la que siempre había exhibido, no anoheciera jamás en la memoria de los que escucharon sus palabras. Eso debió ser . . .

La identificación intelectual con la cátedra pareció seducirle. Semanas después volvía a presentarse brillante, gallardo y vigoroso, en la misma tribuna del Colegio Libre. "La Cuestión Social y los Cristianos Sociales" fué el tema de su nueva disertación. Ella promovió la réplica de monseñor Franceschi. ¡No lo hubiera hecho! El Leñador volvió a experimentar las "saudades" de sus ya famosas polémicas. Replicó y redarguyó diez veces demostrando una verdadera sabiduría en el dominio de las religiones. Esa segunda conferencia exhibe en toda su belleza, en toda su valentía, el diáfano liberalismo de su espíritu, inaccesible a las supersticiones y a los dogmas. Pareciera el Sarmiento de 1884 o el Juan B. Justo de 1926. Retoma la interpretación histórica y filosófica que sobre el proceso argentino trazaron Korn e Ingenieros y dice en uno de los párrafos más brillantes de su conferencia:

"La tradición del liberalismo en sus grandes estadistas y en sus preclaros gobiernos es un rasgo saliente de la historia argentina. Una luminosa enumeración de nombres basta para demostrarlo: Moreno, Rivadavia, Echeverría, López, Sarmiento, Gutiérrez, Alsina, Roca, del Valle, Pellegrini, Alem, Sáenz Peña, Juan B. Justo, todos fueron liberales en el sentido político y religioso".

Alguien, desde un palco, completó espontáneamente esa nómino insigne:

—¡Y Lisandro de la Torre! — exclamó.

El Leñador prosiguió el párrafo: "Se necesitó caer bajo la bota de Rosas para que volvieran al país los jesuítas y se les entregara la enseñanza. La insignia de Loyola se dió la mano con la Mazorca..."



Y como el Leñador no perdonaba, ni amnistiaba, agregó: "En otra época se ordenó desde la Casa de Gobierno el veto de una Constitución de provincia, porque establecía la neutralidad religiosa del Estado".

Después vino su tercera, su última conferencia, su postrera presentación pública, sobre la "Grandeza y Decadencia del Fascismo".

Abordó por primera vez en el país el paralelismo de los regímenes totalitarios de derecha y de izquierda, para extraer, como síntesis, la analogía de sus tácticas y de sus psicologías.

"Entre las dictaduras de una y otra parte —expresó— existe una diferencia más aparente que real, que en buena parte es una diferencia verbal; y a los fines de indagar por qué caminos marchará en adelante la humanidad, lo que tiene importancia son los hechos y no las palabras. Y cuando los hechos llevan a la conclusión de que las dictaduras fascistas y soviéticas abrigan, respecto de la burguesía y del capitalismo, sentimientos muy parecidos, las diferencias verbales se tornan secundarias".

Frente a ese paralelismo y a esas conclusiones rigurosas, que por primera vez se planteaban en nuestros medios liberales y democráticos, los jóvenes de la extrema izquierda creyeron que el Leñador se había equivocado o había sido injusto. Acudieron a la vieja casa de la calle Esmeralda para polemizar amistosamente con él. El Leñador se refirmó en sus convicciones. Pocos meses después, los acontecimientos europeos y sobre todo el pacto rusogermano le daban la razón. Pero él ya no estaba presente para gozar el orgullo íntimo de su agudeza sociológica. Los jóvenes de la extrema izquierda tuvieron que admitir, en su ausencia, que el Leñador no había sido injusto, ni se había equivocado. Había sido rigurosamente fiel con la mira que él tenía de una democracia auténtica, que no era, precisamente, como él lo proclamara aquella tarde, la democracia plutocrática de Chámbertain.

Desde entonces guardó silencio. Allí inició su definitivo, su gran silencio.

Los periodistas concurrían con frecuencia a su sencillo departamento de la calle Esmeralda, en el que habitaba desde hacía cuarenta años. Les llevaba el propósito de arrancarle alguna declaración sobre los problemas nacionales e internacionales que eran de actualidad.

El Leñador recibía a los visitantes con el más cordial de los gestos. Extendía la conversación, evocaba antiguos episodios políticos o parlamentarios, calificaba a los hombres de ahora o de antes con su implacable agudeza, y reiteraba la misma expresión estereotipada:

—¡No quiero hablar! ¡ No volveré a hablar ya nunca más! Ni sobre asuntos nacionales, ni sobre asuntos internacionales. Mi opinión no interesa a nadie... Mi propósito es inquebrantable... ¡He muerto!

Pero Reissig, que había realizado el milagro de quebrar en tres oportunidades aquella firme intención de hermetismo, aquel voto de silencio, no perdía la esperanza de hacer infringir ese voto una cuarta vez. Pocos días antes del 5 de enero nos confiaba, jubiloso, la posibilidad de que el viejo Leñador, el recio polemista que parecía tan alejado de las especulaciones poéticas, pronunciara una nueva conferencia que versaría nada menos que sobre Paul Verlaine. ¡Qué paradoja! ¡Qué episodio intelectual inesperado! ¡El Leñador disertando sobre Verlaine, haciendo la exégesis de las "Chansons pour Elle", o de "Les Poètes maudits" o de los "Poèmes Saturniens"!

Verlaine había sido otra de sus predilecciones, en aquellos años mozos en que hablara sobre Emilio Zola y la novela contemporánea. ¡La conferencia sobre Verlaine sería una nueva demostración indiscutible de que el Leñador seguía floreciendo y que retornaba...!

¡Que revelación inopinada para la mediocridad ambiente! Hubiera sido la exhibición numismática del anverso y del reverso intelectual de la política argentina.

Frente a los politicastos torpes que se eternizan en el Congreso sin haber conocido la intimidad de un libro, o que se empeñan en gobernar pueblos sin saber burilar una idea, se presentaba este ejemplo humanista. El hombre que hablaba elocuentemente sobre la ganadería, sobre la yerba mate, sobre los cultivos humildes, que indagaba el secreto de las religiones, que buceaba en los campos misteriosos de la biología, que conocía las instituciones norteamericanas, que era un constitucionalista y un sociólogo, que sabía derribar árboles, sembrar trigo y arrear haciendas, y que de repente planteaba una mutación inesperada para hablar sobre Verlaine...

La juventud, mientras tanto, no perdía la esperanza de que tarde o temprano conseguiría arrancarle de su hermetismo, como en

los días de 1931, para hacerle abanderado de alguna gran causa.

Precisamente, en aquellos días las fuerzas democráticas chilenas habían dado una lección de unidad y de fervor a las muchedumbres de América. Parecía inminente la actualización del problema del Frente Popular en la Argentina. Indalecio Prieto nos interrogaba en Santiago sobre quién podía ser el líder de ese gran movimiento. Nosotros, pronunciamos un nombre. Los acontecimientos históricos, el infortunio cívico de nuestro país, habían resultado aleccionadores y desvanecido muchos prejuicios injustos. La coincidencia era unánime sobre quién debía ser el vigoroso abanderado del posible gran movimiento social y político para reconquistar el sufragio y para imprimir al país un ritmo más digno de sus tradiciones. Era necesario una gran figura, una gran pasión, un gran tribuno que conmoviera a nuestras multitudes.

Pero el Leñador ya no pensaba en esas cosas.

### LA DESPEDIDA DEL DOCTOR RANK

Efectivamente, el Leñador ya no pensaba en los menesteres de la tierra. Tenía otras preocupaciones, otros ensueños. Estaba dedicado a trazar serenamente el esquema pagano de su jornada final. Quería cerrar sus días como Alem, despedirse como el doctor Rank —el personaje de Ibsen—, y que su cuerpo fuera sometido al gran rito de los griegos.

Amadeo ha descripto el suicidio de 1896, que tan extraordinarias analogías señala con el episodio de 1939:

“Convocó a sus amigos a la cita final; un detalle, impidió que terminara entre ellos. El disparo se produjo en la esquina de su casa, siendo apenas oído por el conductor, debido al empedrado; el coche se detuvo en la puerta del Club del Progreso, resplandeciente en la noche invernal. Lo mataron la pobreza, la bancarrota de su política, sus nervios enfermos y el amor... el amor inquieto de la tarde, amagado por la noche”.

¿Los mismos influjos psicológicos que gravitaron en Alem se reflejaron cuarenta años después en el joven centinela del Parque, convertido en el viejo centinela de la Patria?

¿Pobreza? ¿Bancarrota de su política? ¿Bancarrota de la política de su patria? Puede ser que sí...

¿Los nervios enfermos? Eso, no. A pesar de tantos choques y borrascas, tenía los nervios maravillosamente templados. Lo probó la serenidad de los últimos días...

El Leñador redactó cincuenta cartas, serenamente. La mano que había manejado el hacha —el hacha de las selvas y el hacha de la política— no vaciló en la tarea. Mientras escribía, fué interrumpido por amigos que llegaban. El Leñador escondía, entonces, pudorosamente, sus papeles como si hubiera estado escribiendo cartas de amor. Al último de los amigos que llegó le fijó una cita para el medio día en el restaurante ya familiar y le sugirió que, mientras tanto, leyera el gran discurso que Róosevelt había pronunciado el día anterior. El Leñador tenía aún que escribir una última carta. No quería ausentarse sin esa atención exquisita y gentil para uno de sus amigos jóvenes. ¿No es, acaso, un episodio para Ibsen, digno de la belleza simbólica que el doctor Rank puso en su despedida con la amiga predilecta?

Hacia meses que la diafanidad estaba en su espíritu. Las últimas sombras borrascosas brotaron al conjuro de la pelea y de la verdad en su polémica con monseñor Franceschi. Después se había serenado, para retornar a su breve interludio. Cuando sus últimas palabras en público, cuando la magistral conferencia sobre la "Grandeza y Decadencia del Fascismo", que pronunció en agosto de 1938, ¿no era, acaso, una inequívoca frase de despedida la del párrafo con que la cerró? "Una vida que se extingue —dijo— no representa ni más ni menos que un astro que se apaga, que un pájaro que muere, que un árbol que se seca". Después volvió a insistir en el mismo "leit motiv" cósmico y torturante de su "Intermedio": "El mismo enigma los envuelve".

Al escuchar palabras tan bellas, algunos experimentaron la emoción angustiosa de lo irreparable y de las despedidas implícitas. Un viento misterioso, sutilmente trágico, flotaba en la frase. Para despedirse no es necesario el anacrónico ritual del apretón de manos o del adiós... Pero otros sólo quisieron ver en el párrafo la belleza de un apólogo panteísta. ¡ La vida del hombre, un astro, un árbol, un pájaro... !

En el diálogo con la Muerte —muchos días, muchas tardes, muchas noches insomnes— el Leñador pensó en la liturgia postrema. La emoción pagana hecha estética, iluminó las últimas horas. Soñó con el fuego devorador que lo desintegrara y con sus cenizas

arrojadas al viento. El gran rito de los griegos, la ceremonia que Trelawny ofrendara al cadáver de su amigo Shelley, en la costa de Viarreggio, ante el horror de Lord Byron. "Me parece —dijo el Leñador en sus cartas de despedida— una excelente forma de volver a la Nada, confundándose con todo lo que muere en el Universo". Los amigos temblaron como Lord Byron, pero respetaron en parte su voluntad. Sólo la desobedecieron en el rito de las cenizas diseminadas.

Después, llegó el medio día definitivo... Un estampido y nada más... Horas más tarde el fuego devorador cumplía su faena. Con un gesto consciente, deliberado, casi burilado, el mismo gesto de Alem, que fuera el ídolo de sus primeras jornadas cívicas, cerró así el ciclo de sus intensos días de lucha, la parábola de su vida magnífica y batalladora. Como un estoico había afrontado durante muchos lustros el peso de una permanente batalla, donde raramente le sonrió la victoria.

En otro escenario —en Europa por ejemplo— habría sido en diez oportunidades el "premier" de un gran gabinete.

Aquí entre nosotros, sólo tuvo reservada la dura misión de las requisitorias implacables y de los comicios sin fortuna.

# Lisandro de la Torre

Por JUAN JOSE DIAZ ARANA

Discurso pronunciado el 17 de febrero de 1939. en el acto de homenaje al Dr. de la Torre, realizado en el Teatro Real de Rosario.

Este acto de homenaje a la memoria de Lisandro de la Torre es ante todo una expresión de dolor. Sea también una ratificación de ideales y un compromiso de solidaridad.

Nuestra pena es inmensa. Hondo, enorme desgarramiento ha sufrido nuestra agrupación. Lloramos al gran líder y amigo irremplazable y, aun respetando su propio designio, nos oprime el sentimiento de verlo partir en la plenitud de su capacidad superior. No cabe siquiera resignarse como ante la terminación de las vidas agotadas. Ahí estaba él para cuando la hora de peligro requiriera el concurso de su acción abnegada o de su consejo luminoso.

Su alejamiento de la política militante no era una despreocupación de las cosas de la patria. En el estudio de las más diversas disciplinas mantenía la frescura de su espíritu y ensanchaba el campo de sus inquietudes habituales. Ocupaba la cátedra con la misma seguridad con que subiera siempre a la tribuna. Su prestigio crecía sin cesar. Lo destacaban sus recias virtudes y su magnífico talento. En estos tiempos dramáticos e inciertos para la humanidad miraba los hechos nuevos de frente y sin prevenciones y reafirmaba su fe en el derecho, en la libertad y en la democracia. La

juventud lo había elevado a la jerarquía de los grandes maestros y el pueblo lo señalaba como el primer ciudadano de la República. Este hombre combatiente y combatido veía llegar a diario hasta su retiro austero, de todas las zonas de opinión las más espontáneas muestras de admiración y simpatía. Era el momento de la justicia.

Su palabra alcanzaba una resonancia insuperable. Era expresión auténtica y vigorosa del sentimiento nacional, en el que se confunden la tradición liberal argentina y el pujante impulso colectivo de renovación social y económica. En las calles se le miraba con respeto y hasta con orgullo. Él era el hombre de las grandes campañas patrióticas contra el fraude, contra la opresión, contra el monopolio, contra el privilegio. Su nombre era ya un símbolo.

El día mismo de su muerte la nación entera le rendía el mayor de los homenajes: el de los corazones conmovidos y desolados. Había como una sensación de vacío. ¡Se había ido el más fuerte!

No había lisonjeado jamás a las multitudes. Su juicio, claro y franco, tantas veces severo, fué siempre ajeno a todo móvil utilitario. No recurría al tono sentimental en sus arengas ni prodigaba las notas de ternura en su lenguaje familiar. No seducía con las vanas promesas ni con el halago o el elogio inmerecidos. Su poder de atracción era otro: consistía en la virilidad y en el desinterés de sus actitudes. El pueblo, que rara vez se equivoca en sus apreciaciones definitivas, había comprendido la grandeza moral de este hombre.

Lisandro de la Torre fué una figura excepcional en nuestra política. Tenía todas las condiciones para llegar a los cargos más encumbrados y honrarlos con su acción dinámica, brillante y fecunda. Pudo serlo todo, si hubiera cedido a las tentaciones del poder, coonestadas con la seguridad de un desempeño histórico. Pero él habría de llegar dignamente, o quedar en su puesto de lucha y de trabajo, más enaltecido a medida que el tiempo y las circunstancias ofrecían el contraste de los métodos y los hombres.

Los últimos años nos dejan por cierto abundante caudal de decepciones. Cuando creíamos que el país se asentaba definitivamente sobre las bases democráticas y constitucionales, cuyo imperio el pueblo reclamó con porfía durante varias décadas, volvimos al desquicio institucional, a la supresión práctica del sufragio, al desconocimiento de las libertades públicas, y vimos con profunda amar-

gura que compartían esta obra regresiva hombres que por sus antecedentes cívicos o su actuación docente tenían obligaciones morales indeclinables frente al pueblo y frente a la juventud. ¿Con qué autoridad alzarán su voz en las contiendas políticas o doctrinarias? Pero en el fondo de la conciencia popular, intuitiva y certera, en la que pronto se desvanecen los prestigios falaces, vibrará por los años el eco inextinguible y animador de aquel hombre que en toda su vida, entre heroica y ascética, tuvo una sola norma de conducta al servicio de una sola aspiración de bien común.

Se le reprochaba su apasionamiento y su vehemencia, porque defendía las grandes causas o atacaba los errores y los vicios con decisión y valentía. En un medio de complacencias y tolerancias, descubría lo que otros ocultaban y decía las cosas por su nombre. Pudo excederse alguna vez en el ataque, envuelto en el calor de la lucha, pero era demasiado inteligente para asumir cualquier actitud pública sin un acabado conocimiento de los asuntos que se proponía debatir.

Polemista formidable, su dialéctica maciza no dejaba punto vulnerable sin atacar. La solemnidad no era condición de su estilo. En su discurso alternaban los argumentos de fondo, expuestos en frases lapidarias, con la ironía cáustica o sutil y hasta con el chiste de buen humor.

Era un orador eximio: en la asamblea popular, en la banca parlamentaria, en la cátedra académica. Favorecido por una voz clara y armoniosa, mantenía el interés y el deleite de su auditorio dondequiera que hablase. Un discurso o una conferencia de Lisandro de la Torre era siempre un acontecimiento. Se sabía que habría de escucharse una exposición vivaz de ideas constructivas o una acusación oportuna y contundente, o una disertación doctrinaria y amena.

En sus discursos no hay argumentos efectistas ni palabras de más. Concebía y transmitía las ideas con una nitidez admirable. Después de oírlo se podía discrepar con sus opiniones, pero nunca desconocer la precisión y la elegancia con que las expresaba. Tenía un buen gusto innato, cultivado en el trato frecuente con los grandes escritores. Era él mismo un escritor y habría destacado sus aptitudes literarias, si otras solicitudes no hubiesen absorbido sus actividades.

Así, se apartó también de su carrera profesional, en la que



hubiera sobresalido por la sagacidad de su juicio y la fuerza de su raciocinio.

No ejerció tampoco la enseñanza, en la que habría alcanzado los mayores éxitos por la seguridad de sus conceptos y el orden y la transparencia de su elocución.

Pero fué eminente maestro y abogado en la tribuna pública. Su obra política y parlamentaria comprende altísimas lecciones e irrefutables alegatos. Sin posturas de profesor ilustró al pueblo acerca de intrincados problemas, y sin más juez que la opinión libre defendió en jornadas memorables los verdaderos intereses del país.

Su capacidad, su inquietud, su patriotismo lo llevaban al terreno de la política. Contienda, como él ha dicho, de intereses y de ideales, había de ver allí defraudadas sus nobles aspiraciones por la audacia y la codicia. Pero la acción es irrenunciable, con todos los desengaños que depara. No se apaga tampoco estérilmente la prédica ilustrada y sincera; por lo menos, ni el error ni el delito se enseñorean sin protesta y sin sanción. Lisandro de la Torre se alejó varias veces de la política militante, pero no desoyó después la voluntad imperiosa de sus correligionarios y el mandato de su propia conciencia. Y excedió en cada nueva aparición la importancia y el brillo de las anteriores.

Hombre de ideas y métodos democráticos desde su juventud, tuvo que ser revolucionario cuando todos los recursos legales eran impotentes para remover gobiernos autoritarios o corrompidos y restablecer el orden constitucional y moral.

Pero no era un revolucionario por sistema ni por temperamento. Demócrata, nunca demagogo; idealista, nunca soñador; realizador esforzado, pero no imprudente, buscaba el perfeccionamiento de nuestras instituciones por los procedimientos eficaces dentro del orden necesario y con arreglo a un programa de gobierno.

En tiempos en que las agrupaciones de la política nacional se debatían en luchas personales, sin finalidades divergentes, propuso y presidió la formación de un partido con programa inspirado en necesidades y aspiraciones concordantes. Se adelantó siempre a su medio y debió sufrir la reacción violenta o solapada de los intereses amenazados, porque todo el mundo sabía que su programa sería una realidad. Diputado y senador nacional, su obra de le-

gislación y de crítica refleja su vigorosa personalidad y su firme orientación democrática.

En horas de crisis para nuestras libertades fué llamado a encabezar, en dignísima compañía, un movimiento electoral de fuerzas populares, cuyo triunfo habría dado al país todos los resortes de una democracia efectiva. El fraude y la violencia cerraron el paso a la gran columna redentora. La miseria humana se ensañó en aquellos días con Lisandro de la Torre, pero todas las calumnias se estrellaron contra su armadura inexpugnable, hecha de verdad y de honradez.

No cabe dentro de los límites de un discurso el análisis de su vida y su obra. Su actuación se extiende en un período de medio siglo y su obra abarca iniciativas, proyectos y estudios sobre los más importantes aspectos de nuestro régimen político y de nuestra economía, sin faltar las incursiones, reveladoras de una amplia cultura general, en el terreno de la literatura, la filosofía y la historia.

El examen y comentario de su pensamiento, traducido en escritos y discursos, dentro y fuera de sus actividades políticas, acerca del federalismo argentino, del régimen municipal, de la instrucción pública, de la economía agraria, del sistema monetario y bancario, de las industrias nacionales y el comercio exterior, de la legislación social y fiscal, requieren la tarea minuciosa y reposada del libro. De ese conjunto de trabajos, producidos para resolver los problemas concretos que se presentaban en el transcurso del tiempo, surge una doctrina definida de democracia progresista y un sabio y completo programa de gobierno. El tribuno no ocultó jamás al estadista.

Se fué sin ver realizados sus ideales. Al contrario, dejando al mundo perturbado por la reacción insolente de la fuerza contra los principios morales y jurídicos que permiten el libre desenvolvimiento de la personalidad y la consecución de un mayor bienestar espiritual y material para todos los hombres. No vió aniquilada la democracia en su propia patria, pero sí herida y falseada. Bien sabía que la total felicidad es un ideal inaccesible y que la vida es lucha de todas las horas. En su espíritu no podía haber desesperanza. La violencia no crea nada duradero. Los pueblos a veces toleran pero no consienten las dictaduras. La vida no tendría sentido si el hombre perdiese sus derechos morales y si la fuerza ma-

terial, al servicio de la voluntad arbitraria de un individuo o de una colectividad, hiciera imposible la armonía humana. Lisandro de la Torre medía la gravedad de los acontecimientos, pero confiaba en el afianzamiento final de formas sociales renovadas sobre bases de igualdad y justicia. Si la vida es lucha, ha de ser para levantar el nivel de la existencia y para conquistar o defender la soberanía del espíritu.

Tierra argentina, tierras de América, ¿habrán de ser arrasadas por el turbión de la violencia y de los odios? ¡Ah, no, señores! En nuestra voluntad está el destino de nuestra civilización. Comprometamos nuestro esfuerzo solidario para concurrir a la salvación, en nuestra patria, de los beneficios de la libertad y la justicia; y así honraremos al hombre que acaba de entrar en la historia.

# Retablo de la literatura francesa contemporánea

Por MARIO MARIANI

Tercera clase del curso dado en el Colegio en agosto y setiembre de 1938.

## III

Aunque la tarea presente muchas dificultades, pienso que se podría ensayar un árbol genealógico de la literatura francesa desde el punto de vista de las escuelas, sólo para fijar mojones en la ruta e indicar posibles puntos de referencia. Así, en lo que a la novela se refiere, del tronco del romanticismo se desprende vigorosa la rama de la reacción antirromántica, cuyos principales representantes, vivo aún el tronco y tal vez sólo por la envidia y el genio de Hugo, son Stendhal, Balzac, Flaubert y los Goncourt; en segundo término, derivados contemporáneos, Murger, Duranty, Champfleury, Monnier. Como puente entre estos precursores del naturalismo y los medianistas del verdadero naturalismo asoma Alfonso Daudet.

Los caracteres de los cuatro precursores principales se reflejarán sobre sus descendientes y sobre las escuelas que siguen. Stendhal influirá sobre Huysmans, Maupassant y Bourget (el psicologismo); Balzac (la novela positiva) influirá principalmente sobre Zola, Enrique Céard, León Hennique y Pablo Alexis. Flaubert y los Goncourt, estilistas y artistas, influirán, por lo menos en lo

que atañe a la forma, sobre casi todos los novelistas contemporáneos: Juan Lombard, Pierre Louys, France, Barrès, Gide. Pero la rama que casi se ha injertado sobre el tronco principal del romanticismo, modificándolo de manera sensible, después del naturalismo y los medianistas, se divide y fracciona en cuatro ramificaciones que ya señalan una descomposición y una confusión. Estas cuatro ramificaciones, que establece Thibaudet sólo para orientarse, también nosotros para orientarnos las aceptamos como mera clasificación de géneros, pues tal vez no haya otro modo de entenderlos. La novela personal, es decir la novela autobiográfica, de impresiones de vida vividas por el autor, es un género que deriva de Rousseau. Su renovador y representante típico es Loti. La novela psicológica o de análisis estudia los estados de alma (no solamente del autor); su representante es Paul Bourget. Se opone a la novela naturalista de Zola con el mismo fundamento que la psicología a la fisiología, que el idealismo al materialismo. Bourget, que deriva de Octavio Feuillet, es un romántico rezagado. En tercer lugar la novela de tesis, escrita casi siempre con el propósito de defender una idea o de resolver un problema filosófico, religioso, etcétera, a cuya cabeza Thibaudet coloca a France y a Barrès: la derecha y la izquierda. Finalmente, la cuarta ramificación aludida por Thibaudet es la novela mito que representarán Gide, Duhamel, Rolland, Romain.

Por cierto que de esta clasificación, un tanto arbitraria, sólo podemos valernos como de andamiada, anaquel o chibalete. Un clásico, un romántico, un realista, un naturalista, pueden escribir novelas autobiográficas, tanto como de análisis, de tesis, o una novela mito.

Igualmente arbitraria nos parece la agrupación que hace Thibaudet de aquella tetrarquía reaccionaria: Barbey d'Aurevilly, Gobineau, Villiers de L'Isle-Adam y León Bloy. Grandes los cuatro, mas no se sabe bien por qué para definirlos y clasificarlos, haya de recurrirse a sus ideas políticas o religiosas. Barbey d'Aurevilly es un romántico con ribetes precursores de realismo; se atiene a la sensibilidad de los simbolistas, es aristócrata y católico, y, como tal, considera al catolicismo, según su expresión, "le vieux balcon de fer forgé d'où on peut mieux cracher sur la foule".

Como escritor es un romántico ya en rebeldía contra su escuela; su talento es endiablado y profundamente original. Gobineau

es sobre todo un etnógrafo; su único trabajo verdaderamente literario, "La Renaissance", es una obra maestra de difícil clasificación; tiene precedentes en algunos diálogos italianos imaginados por Savage Landor y poco conocidos fuera de Inglaterra. Pero creo que Savage Landor y Gobineau podrían indicarse como precursores de la biografía novelada. Villiers de L'Isle-Adam es una extraña mezcla de naturalismo y simbolismo, pero es sobre todo un verdadero genio porque el único libro de cuentos que supera en Francia el arte de Maupassant es "Contes cruels". León Bloy es un psicólogo que presenta matices de simbolismo y de misticismo.

Las ideas de Villiers de L'Isle-Adam, cuyos antepasados habían combatido en las cruzadas y que pertenecía a una de las más viejas e ilustres familias de la nobleza francesa, debían ser naturalmente las ideas del medio ambiente en que había actuado, y lo que admira es que este medio ambiente —o solidaridad de las altas capas sociales— lo haya dejado morir en la bohemia y la miseria. Sus "Cuentos crueles" son los únicos cuentos franceses que pueden compararse con los de Maupassant; "Eva futura", una de las novelas más extrañas y sorprendentes del siglo XIX y "Tribulat Bonhomet" una de las creaciones más representativas y eternas. Además, Villiers de L'Isle-Adam es tal vez, después de Flaubert, el mejor estilista de Francia.

En la poesía, al viejo tronco romántico, que nunca cesará de florecer completamente, se injertan los precursores parnasianos de la tetraarquía poética: Baudelaire, Gautier, Banville y Leconte de Lisle. En segundo plano (según Thibaudet), Luis Bouilhet, Luis Ménard y Gerardo de Nerval. En lo que se refiere a los dos primeros, no comparto con Thibaudet que, como todos los críticos, ha querido hacer quizá algún descubrimiento o reivindicación. En cambio, en cuanto al tercero no se ha equivocado, tal vez porque la indicación le venía del mismo público, que hace ya tiempo ha empezado a leer de nuevo a Gerardo de Nerval. De Nerval es una estampa rara de bohemio romántico, refractario y harapiento de las letras que gana su migaja traduciendo al francés a Heine y a Goethe ("Fausto", como nadie) hasta que se da muerte violenta ahorcándose en su buhardilla. Gerardo de Nerval es la figura más conmovedora entre los románticos que formaron la falange sagrada del triunfo de Hernani, estrechando filas alrededor de Víctor Hugo, pero es al mismo tiempo el escritor de más vibración entre los pri-

meros parnasianos. Su evolución hacia la tendencia parnasiana se debe —caso curioso— a la demencia. Colaborador de Heine y de Gautier, arrastrado por la necesidad a realizar trabajos agotadores, ya nervioso por temperamento, vivió con sus rarezas y paroxismos mientras la locura iba invadiendo su cerebro. Su insania, casi siempre tranquila, le dejaba descansos de completa lucidez durante los cuales podía trabajar. En los intervalos escribió sus obras mejores; "Les illuminés", "Silvia", "Aurelia", "Angélique". Es el prototipo del escritor fracasado, verdadero "raté" del período romántico; innumerables signos lo revelan: el hambre, el ensueño, la hipersensibilidad, su pasión enteramente poética por la afamada cantante Jenny Colon, la locura y, finalmente, el suicidio. Pero poseía un prodigioso sentido del color, como en sus paisajes de la Franche-Comté, y la ingenuidad y evidencia de algunos intimistas modernos. Compenetrado de lo mejor de Heine, se caracterizaba por ese sentimiento profundo, vago e indefinido de la naturaleza, peculiar de los alemanes a quienes conocía como pocos franceses conocen. Gerardo de Nerval, gran escritor y poderosa personalidad, es inconfundible en la gama tan varia de las letras francesas; su resurrección es uno de los pocos actos de justicia de la fama, de la celebridad póstuma.

Mientras muy poco quedará en la historia de la literatura de los dos parnasianos que el público más favoreció, Coppée y Mendes, va creciendo todos los días la fama y el influjo de aquellos que Verlaine reunió en sus ensayos bajo el nombre de poetas malditos: Mallarmé, Desbordes-Valmore, Rimbaud, Tristán Corbière y Lautreamont. De Mallarmé y Rimbaud ya nos hemos ocupado; de Marceline Desbordes-Valmore, que ya había descubierto Sainte-Beuve, sólo hay que decir que puede atestiguar para los descreídos las capacidades vanguardistas y revolucionarias del sexo femenino.

Más importantes por su significación y alcance son Corbière y Lautreamont. Corbière, descendiente de marineros de Bretaña, enfermo de nacimiento, enamorado del mar y de una única mujer, causa de su bohemia, de su miseria y de su muerte, tal vez prematura, se ha pintado tan bien a sí mismo que es más elocuente su palabra: "Mezcla adúltera de todo; mucha fortuna, sin un centavo; energía, sin fuerza; libertad, pero torcida; corazón, ¡oh, mucho!, pero nada de alma. Muchos amigos y ningún camarada; ideas...

ideas... mas no una idea; tanto amor y ni una amiga; pereza y no descanso. Todas las virtudes en mí son defectos”.

Un día, en una pensión de Roscoff, encuentra a un conde inglés en compañía de su amante. Se enamora de ella y la sigue a París; allí vive como puede: come cada dos días y duerme en una bohardilla echado sobre el piso, la cabeza sobre la valija que ha llevado consigo. En los cafetuchos pasea su bohemia, conoce a Verlaine, escribe versos y publica algunos en “La Vie Parisienne”. Encuentra un editor que le publica “Los amores amarillos”, que nadie lee, que nadie comenta. Vigilias y hambre le agotan; un día algunos amigos le encuentran desmayado en su cuartucho, le llevan al Hospital Dubois y ahí se rehace cuanto es necesario para resistir el viaje de retorno a su aldea, donde muere a los treinta años. No es un gran poeta, pero en “Los amores amarillos” —como en las “Iluminaciones” de Rimbaud y en la obra de Lautreamont— se contienen todas las libertades de la nueva poesía, de que aprovecharán dos generaciones. En sus versos, como en la prosa rítmica de Rimbaud y en los cantos en prosa cuajados de blasfemias que escribiera Lautreamont, hay verdadera espontaneidad y novedad.

A esta originalidad salvaje, que rompe con todas las tradiciones y preceptos, Thibaudet la ha llamado una revolución: la revolución de los cinco (Verlaine, Rimbaud, Corbière, Lautreamont y Mallarmé). Pero Mallarmé es un revolucionario en sentido diametralmente opuesto; es refinado, intelectualista rebuscado, y su revolución formal es el marinismo y el gongorismo. Los otros son “peaux rouges” de la literatura, bárbaros, intuitivos. Verlaine, el más grande de todos, el Víctor Hugo de la segunda mitad del siglo décimonono, es tan intuitivo que en su obra extraordinaria —ocho gruesos volúmenes de versos— por lo menos un tercio es hojarasca sin ningún valor. Escribe como un alucinado y no selecciona porque le falta el sentido de la autocrítica. Rimbaud es un “enfant terrible” que vuelca en verso o en prosas rítmicas sus más violentas sinceridades, sus rarezas, sus caprichos, sin pensar jamás si en lo que escribe une a lo primoroso lo vulgar, lo estúpido, lo corrompido. Lo mismo dijérase de Lautreamont, que afecta y muestra de intento sus sentimientos más bajos y críminosos. Es la poesía turbulenta, desordenada, sin depuración y sin cincel.

Recordemos que precisamente entonces debía empezar el in-



flujo de "Los datos inmediatos de la conciencia", de Bergson. "Données", en el sentido bergsoniano, no encuentra tal vez una traducción precisa en castellano. Es una palabra de significación compleja; "donnée immediate" significa primer impulso, primer brote, inmediato, espontáneo. Según Bergson, este primer impulso tiene siempre razón: es el más justo y el más hermoso. Al menos para el individuo porque lo representa. Nuestra intuición, pasando por los grados que le imponía la vieja estética —conservada aún por Croce—, de concepción y expresión, sufre una crítica que la deforma. El primer pensamiento, tosco, así como estalla en la conciencia, impulsado por la subconciencia, es la verdadera manifestación del "yo", de nuestra personalidad. Si empezamos a depurarlo, dejamos viciar esta manifestación genuina por elementos exteriores, y lo que sale es un producto colectivo que ha perdido su originalidad. Desde el punto de vista psicológico, en lo que atañe a la génesis del pensamiento, es posible que Bergson esté en lo cierto. Pero el problema no está precisamente ahí. Debemos preguntarnos si esa pesquisa desesperada, exasperada, de esta espontánea cifra personal, constituye verdaderamente el fin del arte. Yo admito que el escritor más cruelmente sincero resulta también el más original y el que con más acierto nos da el carácter de su cifra personal. ¿Pero es que interesa a nosotros, lectores, el descubrimiento de todos estos entresijos personales? Cada impresión digital es distinta de otra y los servicios de dactiloscopia ayudan a identificar delincuentes. ¿Debemos reducir el arte a tal exposición de improntas? Además, todas las sinceridades del "yo" ¿nos interesan de verdad?. ¿Qué habremos ganado cuando hayamos ordenado en un escaparate todos nuestros malos instintos? No se comprende el provecho de estas sinceridades. Todos sabemos de las bajezas del mundo y de sus albañales, que procuramos evitar. Por algo existe el "self-control" y por ello somos civilizados.

Pero esa salvaje espontaneidad literaria de Rimbaud, Verlaine, Corbière o Lautreamont no podía, a la larga, permanecer en el mismo templo que Mallarmé. Llega la escisión y Mallarmé se encierra en una soledad, en un aislamiento hermético como sus versos.

Surgen revistas que ya han olvidado su filiación parnasiana y hablan sólo de simbolistas. La revolución de los cinco ha preparado el triunfo del simbolismo. Se suceden "La nouvelle rive gau-

che", "Lutèce", "La vogue", "Le décadent", "Le Scapin", "Les écrits pour l'art", "La plume" y, en fin, "Mercure de France", que será la revista y editorial de gran éxito de los simbolistas y que con Rachilde y Duhamel publicará casi todo lo que hay de más representativo en las letras francesas, así como traducciones de escritores rusos, de Nietzsche, de Wilde, Swinburne y Kipling: todo lo más selecto de la literatura europea. Estas revistas acogerán a Verlaine, Moreas, Lorenzo Tailhade, Francisco Vielé-Griffin, Renato Ghil, Enrique de Regnier, Remy de Gourmont y una inmensa pléyade de talentos. Pero el nombre simbolista tarda en imponerse. Remy de Gourmont, el Sainte-Beuve del movimiento, cuando en los tres "Livres de Masques" esboza la historia de la nueva literatura, escribe en la portada: "Parnassiens, symbolistes et décadents". Por lo demás, puede decirse que nadie ha sabido aún explicar el por qué de la definición "symbolistes". El símbolo no siempre se encuentra en sus versos, como no se encuentra siempre la pureza cristalina de la forma. Es una floración de temperamentos y talentos que tienen sólo una cosa de común: el afán de una originalidad rebuscada. Pero muchos de ellos no saben que la escuela nada significa. Moreas buscará su inspiración en la quarteta popular y morirá diciendo: "Classicisme, romantisme, ça c'est de la bêtise"; Gustavo Kahn, que cultivó el verso libre, luchará por la liberación de los metros; Lorenzo Tailhade, se amoldará a la balada clásica. La originalidad, como la novedad, pueden expresarse en todas las formas y bajo todas las banderas. Pero además de la originalidad hay otro lazo común que los reúne, un nuevo criterio que se ha introducido en las letras: "la revolución permanente".

"La revolución permanente", que Thibaudet atribuye a Luis Augusto Blanqui, es una idea de Bakunín, el teórico del comunismo. Decía Bakunín que para evitar el desmayo de la revolución, su estancamiento y la consiguiente reacción, era necesario, por la dinámica de la sociedad, que la revolución fuera permanente, que siempre estuviera en acción la parte más joven y atrevida de los revolucionarios para promover de la revolución del ayer una revolución del mañana. Esta idea de la "revolución permanente" o en serie Thibaudet la ve trasladada a la literatura y al arte. Entre 1880 y 1890 se abre camino el convencimiento de que los jóvenes deben estar en eterno conflicto con los viejos y que no puede haber en arte, entre dos generaciones sucesivas, nada de común ni concilia-

ción alguna. Nacen así los "vanguardismos". En París se hacen exposiciones de los de "moins de quarante ans" y, sucesivamente, de "moins de trente", "moins de vingt". Cuando alguien puede decir: soy uno de los de "menos de veinte años", le parece tener ya derecho a la gloria sólo porque le ha faltado tiempo para estudiar.

A eso conduce la "revolución permanente". Demasiados son los que, apenas saben leer, pretenden ya escribir, y si los lectores no leen sus libros llevan el insulto a los autores que gustan al público. El resultado no es que se lean de preferencia los autores jóvenes, sino que no se leen ni los autores viejos, porque los jóvenes con sus críticas drásticas los desacreditan, ni los autores jóvenes porque, salvo raras excepciones, no saben escribir.

Los vanguardismos y las disoluciones de escuelas, en su afán de imponer modas al arte, han conseguido crear el disgusto por el arte.

La rama más vigorosa del simbolismo se subdivide en muchas otras que se separan y distinguen. La primera la integran los versilibristas con Gustavo Kahn, Enrique de Regnier y Vielé-Griffin. Otra los eróticos, cuyo representante más genial es Pierre Louys. También los nórdicos —belgas o flamencos— que aunque participando de la gran familia simbolista tienen todos un lazo común —llamémoslo territorial— de profundidad y misticismo: Jorge Ródenbach, Máeterlinck, Verhaeren, Mockel. Pero esta misma rama de los belgas produce dos grupos distintos: los místicos y los intimistas. Los místicos consideran como jefe a Joris Karl Huysmans en su segunda época (autor de "La catedral"); los intimistas a Máeterlinck y Ródenbach.

Al grupo nórdico pertenece por tendencia Julio La Forge, poeta francouruguayo (nacido en Montevideo) y prematuramente fallecido a los veintiséis años. "Las quejas" (poesías) y "Moralidades legendarias" (cuentos) dejaban prever la formación y el desarrollo de un gran poeta y escritor original y agudo sin rebuscamientos. Sus poesías "Las quejas" comparten la dignidad de "Les phares" de Baudelaire o de las creaciones de Rimbaud y de Tailhade.

Un grupo también independiente, que se caracteriza por su amor a la antigüedad y que puede considerarse una derivación de "La leyenda de los siglos" de Víctor Hugo, decantada por Leconte de Lisle, es el integrado por León Dierx, Sully Prudhomme

y José María de Heredia, tres estrellas de primera magnitud en la poesía.

Stuart Merrill, Herol y Guillard forman un grupo aparte.

Difícil resulta clasificar a Saint-Paul Roux, Montesquiou, Efraim Mikaël, la condesa de Noailles, Fernand Gregh y otros. Especial recuerdo merece Alberto Samain, que puede considerarse místico e intimista y ha sido, con razón, el último gran valor simbolista de la juventud francesa de anteguerra.

Se podría también, si quisiéramos tener en cuenta como Thibaudet las ideas religiosas o partidarias, pensar en un grupo de católicos o conversos; porque en Francia, desde Verlaine, la conversión se ha puesto de moda. Parece un peldaño en la carrera; han pasado por ella Verlaine, Rimbaud, Huysmans, Francisco Jammes. El único que murió sin conversión fué Dierx, quien al que le requería: ¿qué nos queda sin esta consolación, mientras esperamos la muerte?, respondía: "Il reste la grandeur d'attendre sans prier".

En 1902 toca la campana a muerte para el simbolismo y sus diversos subgrupos. Suena en el "Fígaro" con un artículo de Fernand Gregh. "Lo que a menudo hacía falta a los simbolistas y parnasianos, escribe Gregh, es la humanidad. Después de la escuela de la belleza por y para la belleza, y de la belleza para el ensueño, parece llegado el tiempo de la belleza en provecho de la vida. No entendemos desterrar el símbolo; exigimos que sea claro; estamos cansados de incoherencias".

Santas palabras. Desgraciadamente no serán muy escuchadas. En todo caso ya se había encontrado la palabra de orden, y una palabra crea a veces una escuela. Si lo que hace falta es la humanidad, el santo y seña será "humanismo", que más tarde Julio Romains derivará en su escuela unanimista. Además, "humanismo" tiene una tradición gloriosa: el Renacimiento.

Por varias inmersiones de humanización habían pasado ya los simbolistas sobrevivientes. Enrique de Regnier en "Tal como se piensa", Vielé-Griffin en "El amor sagrado", Verhaeren en "Las fuerzas tumultuosas", Moreas en las últimas "Estancias" y otros como Stuart Merrill, Fontainas, Jammes y Ana de Noailles respiran un aire distinto, sienten más la naturaleza, el alma popular, el sentimiento, la vida, la "jouissance inmediate" y también la claridad de expresión.

La evasión del simbolismo es la muerte de un siglo y la auro-  
ra de otro.

Faltaría un juicio crítico, al menos sobre las figuras sobresa-  
lientes del simbolismo. Pero este juicio crítico reflejaría sólo per-  
sonales preferencias, que ya más o menos han apuntado en algunos  
calificativos de aprecio. Preferible es que cada cual lea y escoja.

# El milagro turco

Por J. G. BLANCO VILLALTA

Tercera clase del curso dictado en el  
Colegio en mayo y junio de 1939.

## III

### LAS REFORMAS

Las circunstancias, el peligro de que la invasión griega y el odio de Occidente pusiesen fin a la vida libre de Turquía, decidió a la Asamblea de los nacionalistas de Ankara a otorgar por ley a Mustafá Kemal el poder dictatorial, que aprovecharía para llevar a la práctica las reformas sociales que había meditado largamente. El mismo ha reconocido que aunque esa ley —verdadera ley marcial— no hubiese estado en vigor, no se habría detenido en realizarlas; pero le facilitó la tarea y evitó, en parte, que los defensores del antiguo estado de cosas excitasen a la población en contra de la adopción de trajes y costumbres que suponían contrarios a las bases de la religión.

Se hizo correr la opinión de que Mustafá Kemal conservaba la dictadura para usarla como instrumento de despotismo; pero, aparte de restablecer el orden y asegurar la estabilidad de la República, si aprovechó de ella fué para destruir las falsas creencias del pueblo y obligarlo a entrar francamente en el camino de la

civilización. En el monumental discurso pronunciado ante la Gran Asamblea y en el que expuso toda su obra de gobierno, dijo, refiriéndose a su fuerza: "La he empleado en elevar a la Nación al grado que merece aspirar en el mundo civilizado, para consolidar cada vez más las bases de la República . . . y por eso mismo para destruir para siempre el espíritu de despotismo".

La oposición, que existía en las clases más elevadas, los antiguos beneficiados de la monarquía teocrática, comprendieron que toda esperanza de atraerse al pueblo sería vana; por lo tanto, el único medio de cambiar la situación en su propio favor era el de eliminar a Mustafá Kemal. Se preparó con todo cuidado el atentado. En su visita a la ciudad de Esmirna el señor presidente sería recibido con bombas; pero un detalle accidental evitó la tragedia, cuyas consecuencias habrían sido, sin duda alguna, funestas para Turquía. Al tener conocimiento de que había escapado de la muerte, no pareció emocionarse; sólo dijo: "Mi humilde cuerpo será, por cierto, polvo un día, pero la República será eterna".

Las clásicas horcas de tres palos se levantaron en la plaza de Ankara, en las que pagaron su delito los principales conjurados. Se ha dicho que el tribunal careció de clemencia, pues algunos de los ahorcados lo fueron más por ser adversarios políticos de Kemal que por su relación directa con el atentado en sí. Esto último no ha podido ser probado, y es notorio que varios acusados, a quienes hubiese sido posible confundir, fueron absueltos.

Kemal no se dejó llevar por la clemencia, ya que el asunto pasaba los límites de un atentado contra su persona; se trataba de una de las tantas maniobras de la fuerza reaccionaria, que atacaba ahora la República en su más sólido pilar. Lo que esas fuerzas defendían había ocasionado la ruina de un imperio y el atraso en que el pueblo turco se encontraba, comparado con la civilización del siglo; no era, pues, posible permitir el regreso de tales sistemas; por el contrario, los intereses superiores de la nación exigían la máxima severidad contra toda tentativa de sus defensores para imponerlo.

Tenemos un antecedente en la vida de Pedro I de Rusia, llamado el Grande, y su actitud hacia su propio hijo. Entre Pedro el Grande y Kemal pueden tenderse paralelos en sus grandes facultades de organizadores, en su obra reformadora, en el deseo de sacar a sus pueblos del atraso, en sus luchas contra el fanatismo y el

Clero, en sus aspiraciones de arte y ciencia, y en su incommovible energía.

Pedro el Grande, el más ilustre de los zares, reinó a fines del siglo XVII y principios del siguiente en la poco civilizada Rusia de la época. Transformó las costumbres moscovitas en europeas; las mujeres, que por la influencia bizantina eran aún mantenidas en reclusión y privadas de derechos, pudieron vivir en adelante con una relativa mayor libertad; el Clero, que como el musulmán era el principal responsable del atraso del pueblo, fué severamente combatido; en la instrucción y ayuda social realizó obra importante. Como es natural el reformador tuvo muchos enemigos. Los intereses creados no pueden tocarse sin cargar con la animosidad de los antiguos beneficiados. Se vió en la necesidad de sofocar algunos movimientos reaccionarios, entre ellos uno, en que su hijo Alejo, ganado por la reacción, pretendió, en ausencia del zar, desmoronar la obra de éste. Pedro lo hizo condenar a muerte por un tribunal de dignatarios, junto con los otros culpables.

Lord Salisbury predijo cierta vez que reformar la Turquía equivalía a matarla. Kemal ha demostrado la poca perspicacia del político inglés, pues gracias a sus valientes reformas transformó el decrepito Imperio Otomano, atrasado en muchos lustros en la marcha de los pueblos civilizados, en una floreciente República, llena de las mejores esperanzas.

Considero de interés el hacer conocer más en detalle las principales reformas kemalistas; así, quienes se interesan por "el milagro turco" tendrán más a su alcance la clave de ese misterio.

En agosto de 1925 inició Kemal una de sus tantas peregrinaciones por Anatolia. Partió de Ankara —la nueva capital— a una hora tan temprana que sólo sus acompañantes advirtieron la forma original con que el excelentísimo señor presidente contaba viajar: en lugar del clásico bonete de astracán de los nacionalistas llevaba un panamá. Al llegar a la ciudad de Kastámonu, la muchedumbre que había acudido para aclamarle quedó muda de estupor al ver al libertador saludar con un sombrero y recibir a las delegaciones con la cabeza descubierta. El estupor de los habitantes de Kastámonu estaba ampliamente justificado, pues hasta ese día el sombrero, tal como se usaba en Europa, era el signo distintivo de los "guiaur" (infiel). Los turcos usaban fez, y durante la



guerra de la independencia los nacionalistas se distinguían por el uso del kalpak.

El fez, emblema del espíritu religioso, fué en sus comienzos el símbolo odiado del espíritu progresista. El sultán Mahmut, que se había propuesto occidentalizar al pueblo turco, pero que carecía de la fuerza moral del que conseguiría lograrlo más tarde, Kemal, inició en 1829 una seria campaña en pro de la adopción del fez. Deseaba que el pueblo usase un sombrero uniforme que substituyese a los múltiples turbantes en uso, que sobre la cabeza de los turcos marcaban, con sus formas y colores, las clases sociales y las diferencias de religión que los separaban. Creyó que sería aceptado por el pueblo sin mayores protestas por las comodidades que ofrecía. Pero el Clero dejó oír su grito de horror: los fieles no debían permitir semejante profanación.

Con el tiempo el fez se generalizó, aunque el Clero, que no quiso admitirlo, continuó usando el turbante. Cuando Kemal comenzó, a su vez, a predicar la adopción del sombrero usado en los países civilizados, las protestas de los retrógrados fueron similares a las que oyó el sultán Mahmut, con la diferencia de que el antes antiislámico fez era considerado ahora como el estandarte de la religión. Cuando, en verdad, el Corán no prescribe la forma en que los fieles deben cubrirse la cabeza.

Kemal sostuvo diálogos con los habitantes de Kastámonu y pronunció discursos en pro de la adopción del sombrero. Pedía a los más cercanos componentes del auditorio su fez, rodeado en muchas ocasiones de telas simples o bordadas, enumeraba los inconvenientes de esa clase de tocado y, sobre todo, exponía la necesidad de que los turcos estuviesen, desde todos los puntos de vista, a la altura de los pueblos civilizados. Los turcos habían sufrido por no haber sabido ver y comprender al mundo; era preciso, ahora, cambiar totalmente la antigua mentalidad.

La noticia de las actividades de Kemal en pro del sombrero, corrió por el hilo telegráfico; en las mezquitas, en los conventos de derviches, en las órdenes religiosas pasó un soplo trágico. La última de las advertencias hechas al pueblo por los clericales fué: "llegarán a hacernos usar sombrero", y ésto se veía realizado.

Continuó Kemal su jira y predicó nuevamente sus teorías, según las cuales la prosperidad y la felicidad consistían en llevar una vida digna de seres humanos; el pueblo turco debía mostrar por su

manera de vestir, por su vida familiar, por sus ideas y mentalidad, en su aspecto exterior, que era un pueblo de aspiraciones que deseaba vivir como los pueblos civilizados. Dió un nuevo paso en sus reformas vestimentarias: consideró públicamente que las pintorescas y primitivas indumentarias usadas deberían ser abandonadas. "Camaradas —dijo—, la forma internacional y civilizada de vestir, conviene a nuestra nación. La adoptaremos".

Cuando el presidente reformador regresó a Ankara veíanse ya multitud de cabezas cubiertas con sombrero. Desde entonces los intelectuales y la mayoría de la población de las ciudades adoptaron el sombrero, aunque ninguna ley les obligase a hacerlo. Sin embargo, llegaban noticias a Ankara de que en las provincias orientales y, en general, en los centros menos civilizados del país, la población se negaba rotundamente a ponerse el signo de los infieles sobre la cabeza. Era notable que en algo de poca importancia, como era esa medida al lado de la abolición del sultanato y de la obra de laicismo del Estado, parte de la población se indignase. Ocurría que el Clero, amenazado de recibir un golpe mortal, excitaba al pueblo contra la adopción del sombrero.

La Gran Asamblea aprobó por ley el uso obligatorio del sombrero, lo que tuvo como consecuencia, al intentar ser aplicada aquélla, el estallido de una revuelta. Kemal la ahogó en sangre: o se imponía en ese delicado asunto del sombrero, o sus futuras reformas no podrían ser llevadas a la práctica.

El viejo derecho musulmán, basado en la palabra de Mahoma, era el más serio obstáculo con que el progreso social se encontraría en Turquía. Poco había variado aquél desde el siglo VIII en que, al adoptar el islamismo y las costumbres árabes, el pueblo turco comenzó a regirse por las leyes coránicas, tanto en la constitución del Estado como en su legislación social. Las bases del derecho islámico son los dogmas y preceptos morales que encierra el Corán, la palabra del Profeta, fuente de sabiduría y de exclusiva legislación. Aparte del libro sagrado, cuyo texto atribuyó Mahoma a un dictado de Dios, se ha tenido presente el "Hadis", que contiene noticias sobre el régimen de conducta de Mahoma y completa e interpreta el sentido de las prescripciones del Corán. Cuando la imperfección de este libro se evidenciaba al llevarse a la práctica sus prescripciones, se reunían, en tiempo de los primeros califas, grupos de sabios y teólogos que daban solución a esas difi-

cultades haciéndose intérpretes de la escondida voluntad del Profeta.

Por su esencia religiosa, el derecho islámico, que entendía tanto de transacciones comerciales como de asuntos de sucesión o de penalidades, impidió que evolucionara a la misma velocidad que el progreso de la civilización. Llegó un momento en que, por no existir otra ley que la religiosa, las relaciones con los países europeos se vieron enormemente dificultadas; el Imperio quedó, puede decirse, aislado, y la inexistencia de estatutos legales para los no musulmanes motivó el sostenimiento y desarrollo de las capitulaciones, los famosos tratados protectores.

El sultán Selim tuvo la idea de modernizar el derecho, lo que le valió la enemistad del Clero, que acabó con él. Repetiría sus tentativas infructuosas el sultán Mahmut. La reforma no pudo hacerse, intereses creados se oponían. Hubiese sido preciso cambiar totalmente la constitución del Estado teocrático, separar las materias civiles de las religiosas, a lo que ningún sultán se hubiese podido animar; los ejemplos abundaban en la historia otomana, del peligro que la idea de progreso significaba en tierra bajo el dominio del islam; por lo tanto, no se pasó de semimedidas.

En el derecho familiar no pudo hacerse ninguna reforma, y los turcos siguieron obedeciendo leyes que habían servido a la colectividad árabe, muchos siglos atrás.

Kemal Ataturk, el alma de la transformación turca, anunció su deseo de realizar la revolución jurídica. Utilizó un axioma que aparece en el derecho sagrado: "Las leyes cambian, cuando las cosas cambian con el tiempo". En esto consistía, según él, el principio fundamental de la política jurídica por seguirse.

Decidió el laicismo del Estado, los primeros pasos de la reforma jurídica fueron la abolición de los tribunales religiosos y del ministerio de culto. En su discurso de marzo de 1924, Kemal se refirió en estos términos a la reforma del derecho, en cuya materia la fidelidad a los mitos religiosos era, según él, un sistema que impedía el despertar de los pueblos: "Lo más importante —dijo— es libertar nuestra concepción de la justicia, nuestras organizaciones y leyes jurídicas, de los lazos que nos han tenido hasta hoy, consciente o inconscientemente, bajo su influencia, y que son incompatibles con las necesidades del siglo".

derecho, en Ankara, recordó Kemal que la fuerza negativa, causa de la decadencia del Imperio, era el derecho que lo había regido;

Un año más tarde, en ocasión de la apertura de la escuela de éste y los jurisconsultos teocráticos podían contarse entre los más encarnizados enemigos del progreso. Así, el Imperio, fuerte al punto de conquistar Bizancio y dominar grandes regiones europeas, no pudo vencer a los juristas, quienes se opusieron durante tres siglos a permitir la introducción de la imprenta, perfeccionada por Gutenberg en 1436. "El momento ha llegado —agregó— de emprender la creación de nuevos principios de derecho, formar nuevos juristas que responderán a las necesidades y al espíritu de la gran obra realizada. La nación considera como una condición de existencia, la regla según la cual todas las leyes deben inspirarse en las necesidades terrestres".

Desde setiembre de 1924 reuniéronse los más destacados jurisconsultos de Turquía y comenzaron a preparar los códigos que regirían al nuevo Estado. Dos tendencias se manifestaron: una aconsejaba crear leyes de acuerdo con la vida social moderna; la otra consistía en adoptar las leyes europeas codificadas que más conviniere al país. Kemal defendió este último procedimiento, porque en estudios y discusiones se hubiese perdido un tiempo difícil de prever.

Como modelo para el código civil turco escogióse el código civil suizo, el más moderno y conforme a los últimos adelantos de la ciencia del derecho. Con excepción de la parte relativa al comercio, fué totalmente adoptado. Con la adopción de ese cuerpo legal, quedaron de hecho abolidas las disposiciones del viejo derecho religioso, así como las costumbres consideradas, erróneamente, bases de la religión. Desapareció la poligamia, la repudiación y todo lo que colocaba a la mujer en inferioridad social.

Las ideas del congreso de La Haya, de 1907, sirvieron de base al código de comercio que adoptaría Turquía; para las leyes de ejecución y quiebra sirvieron las de Suiza, y el derecho marítimo fué copiado del alemán. Esta tarea de adaptación no se realizó, naturalmente, en el año 1926, como fué el caso del código civil, sino que terminó después de cuatro años de labor. La organización judicial atrajo toda la atención que merecía. Leyes y disposiciones especiales pusieron un orden severo en el oficio de abogado y en la judicatura, sumamente descuidados hasta entonces, pues hubo, en

tiempos de la monarquía, miembros del foro que no habían recibido instrucción escolar.

Con la promulgación del código civil, las minorías no musulmanas, a las que aún en tiempos de la república se reconocía la autonomía jurídica en lo relativo al estatuto familiar y personal, decidieron renunciar a esa prerrogativa, ya que la vetusta legislación religiosa musulmana había desaparecido y las nuevas leyes civilizadas ofrecían el máximo de garantías.

La substitución del Corán por los códigos modernos europeos, se llevó a cabo en forma radical. Han sido éstos efectivamente adoptados, y sus cláusulas rigen la vida de la nueva Turquía. Desde luego, este hecho, sin precedentes en la historia del derecho, fué posible gracias a la voluntad incommovible de Kemal Atatürk, a su gran ascendiente sobre el pueblo y al régimen revolucionario y dictatorial que le fué necesario implantar.

Sería la mujer turca la mayor beneficiada con la adopción del código civil suizo; en éste se coloca a la mujer en el mismo nivel social que al hombre, y contrasta con la situación que el islamismo le reserva. La mujer pasó, pues, en Turquía, de un ser considerado inferior como era, reclusa en el harén, privada de la luz del sol, a ser un elemento activo en la evolución de la República y en la vida nacional.

Efectivamente, no existe hoy ninguna diferencia entre las prisioneras de ayer y las mujeres de los países socialmente más adelantados del mundo. La emancipación femenina es uno de los más brillantes triunfos humanitarios de Kemal.

Pero la historia milenaria de los turcos, en Asia Central y en el período de sus migraciones, nos muestra a la mujer en un lugar lleno de respeto, a la misma altura que el marido, y que hubo reinas y guerreras. En las inscripciones turcas de la región del Orjón (Mongolia) que datan del siglo VII, léense frases como ésta: "La reina que conoce el Estado". Existen numerosas pruebas del rango y la igualdad de que gozaron siempre las mujeres turcas; en los viejos edictos de los hakán (reyes) aparecía generalmente la fórmula: "El rey y la dama ordenan..."; y los embajadores eran recibidos por la pareja real.

A pesar de haberse convertido los turcos a la fe de Mahoma en el siglo VIII, la poligamia y la reclusión de la mujer tardaron mucho en penetrar en las costumbres del pueblo, que no se mos-

traba dispuesto a privar a la mujer de sus costumbres y libertad.

El renombrado viajero y geógrafo árabe Ibn Batuta, que recorrió la Anatolia en el siglo XIV, ha dejado interesantes descripciones de la vida y costumbres de las poblaciones turcas de la época; le llamó la atención que las mujeres, a pesar de la religión, no se cubriesen el rostro, y se admiró ante el respeto con que los hombres las trataban. "Si en una de esas ciudades —dice— descendíamos a un convento o casa particular, en seguida los vecinos, hombres y mujeres, venían a indagar sobre nuestras necesidades, a saber quiénes éramos. Las mujeres de este país no se cubren el rostro, y en el momento de la separación nos decían adiós como si fuéramos parientes". Otros viajeros del Este hacen idénticas afirmaciones y uno de ellos agrega que, contrariamente a las costumbres musulmanas, los novios, en los pueblos turcos, se conocían antes de casarse.

Sólo después de realizarse la hegemonía de Anatolia por la monarquía otomana, y más aún, después de la toma de Estambul (siglo XV), empieza el calvario de la mujer, que fué transformada en una esclava, a semejanza de la mujer árabe, para quien las leyes coránicas habían sido dictadas. En su época éstas eran explicables hasta cierto punto, pues influídos por los bizantinos y los persas, que trataban a la mujer despectivamente, tomaban los árabes todas las mujeres que querían. La nueva religión de Mahoma limitó el número de esposas que un hombre podía tener y declaró obligatorios ciertos derechos para la mujer.

El Corán y los filósofos musulmanes del Medioevo, de sí enemigos de la mujer, fueron interpretados en forma tal, que la situación de aquella llegó, durante el Imperio, a límites inconcebibles. No recibía sino la más elemental educación, y ésto en su niñez: más tarde, una vez tomado el velo, le era permitido leer obras sagradas, en especial los "mevlut", poemas en honor del nacimiento del Profeta. Otras lecturas eran consideradas escandalosas; desde luego, leían las que sabían, y eran pocas.

Fuertes paredes y sólidas rejas, vigilantes eunucos y prohibición de salir a la calle sin escolta o compañía, protegían la honestidad de esos seres a quienes se negaba el honor de creer que podían defenderse personalmente de las acechanzas del amor adúltero. La calle era vista por ellas a través de los "cafés" (enrejados de madera colocados delante de las ventanas del harén) o del grueso "peché"

(tela espesa que les cubría el rostro). Cuando esas esclavas salían a la calle, debían cubrirse de la cabeza a los pies con el "charshaf", compuesto éste de dos piezas: la falda y una tela que envolvía la cabeza, se abrochaba en el cuello y cubría todo el cuerpo, de la cintura arriba. Loti designó a las personas así ataviadas: "los fantasmas negros".

El casamiento, excepcional suceso en la vida de cada mujer, estaba desprovisto de toda poesía. En primer lugar, la novia y el novio no se conocían más que por referencias, hasta después de realizado el enlace. Existía un procedimiento especial para hacer posible el casamiento entre personas que se ignoraban: cuando un hombre deseaba una esposa lo hacía saber a sus familiares femeninos, quienes se ponían a la caza de una novia que llenase los requisitos establecidos; se hacían recibir en los harenes del nivel social y económico del aspirante, en que hubiese niñas casaderas de doce años en adelante. Estas se presentaban a la minuciosa observación de las visitantes. De acuerdo éstas con los padres de la joven y satisfechas las inquietudes del pretendiente con las descripciones oídas, se establecía el dote que éste debería entregar al casarse y la suma que, en caso de repudio, pagaría a su mujer.

Celebrada la ceremonia nupcial ante un imán, a quien la novia daba su consentimiento de viva voz, desde la habitación vecina, la mujer pasaba a ser propiedad del marido en forma parecida a la de un animal doméstico. Un hombre podía tener hasta cuatro esposas legítimas y la suerte de éstas dependía exclusivamente del capricho del amo, que tenía autorización divina para repudiarlas en cualquier momento por una simple declaración, previo pago del "precio de la virginidad" establecido. Sin embargo, la mujer no podía separarse por su voluntad del marido, puesto que el Profeta ha dicho a éste hablándole de sus mujeres: "Tu voluntad será su ley, ellas se conformarán. Dios es sabio y ve todo". El hombre podía ofrecerse tantas concubinas, "odalik", como gustase: los mercaderes de esclavas tenían siempre provisión de ellas.

La previsora ley musulmana regulaba todos los detalles de la vida marital, los deberes del señor hacia sus mujeres, y viceversa; por ejemplo: aquél no puede obligar a alguna de éstas a recibir en su habitación a un hijo de otro lecho, ni impedir que vea, al menos una vez por semana, a sus padres, ni llevarla sin su consentimiento de una ciudad a otra; pero estas generosidades no podían

convertir en paraíso la enclaustración de la mujer. Esta no podía caminar por la calle junto a su esposo sino algunos pasos detrás, ni viajar en el mismo vehículo.

A principios del siglo pasado la situación de la mujer se agravó. El jefe de la iglesia hizo adoptar medidas draconianas contra las modistas que vendieran vestidos en desacuerdo con las prescripciones que establecían las dimensiones y forma de los que debían usarse. Las mujeres que salieran a la calle en días feriados, eran severamente castigadas, como las que circulaban después de la puesta del sol.

Selim, Mahmut y Abdulmechit, los sultanes reformadores, no hicieron nada en favor de la mujer, que recién con el triunfo de la revolución de los Jóvenes Turcos (1909) obtuvo algunas mejoras, no tanto por obra de éstos como por la penetración de la mentalidad y costumbres occidentales, que desde entonces, en cierto modo, fué posible.

Abriéronse escuelas femeninas, que se colmaron de alumnas ansiosas de saber. El "peché" evolucionó, se utilizaron telas más transparentes: se adoptó el "feraché", que dejaba los ojos al descubierto. En las costumbres se notó igualmente una regular mejoría, que se acentuó en los años de la gran guerra. La poligamia tendió a desaparecer a causa del nuevo y alto nivel de vida.

Pero todo esto ocurría en las grandes ciudades; a las pequeñas y a los pueblos no llegaba la repercusión de estos cambios. En principio, en los campesinos no había hecho presa la influencia de la vida de reclusión de las ciudades, desde el momento en que para las labores agrícolas no era posible abstenerse del concurso femenino; además, las tradiciones turcas pudieron mantenerse allí, aunque en corto grado.

Durante la guerra de la independencia, las mujeres turcas, al comprender el peligro que corría la patria, volvieron a ser, como en los tiempos preislámicos, las colaboradoras de los hombres. Muchas se enrolaron en el ejército, donde prestaron, en la retaguardia, notables servicios. El transporte de municiones, que se hacía sobre caminos de cientos de kilómetros, estuvo a cargo casi exclusivamente de las bravas campesinas, quienes sin abandonar el cuidado de sus hijos seguían en las clásicas carretas, tiradas por búfalos, las interminables carreteras que conducían al frente.

En las ciudades, hasta en la propia Estambul, hubo reuniones



patrióticas públicas de mujeres, las que aparecían, muchas de ellas, con el "peché" levantado, dejando ver el rostro.

Entre sus proyectos de reforma colocaba Kemal, en lugar destacado, la emancipación de la mujer, que probó ante sus ojos su vitalidad y patriotismo. Sin embargo, durante el transcurso de la guerra de la independencia no abordó públicamente el tema, ya que una pretensión semejante hubiese favorecido la campaña reaccionaria, puesto en guardia a ignorantes y fanáticos y creado una mala atmósfera, dura de vencer cuando llegara el momento de la reforma.

En febrero de 1923, meses después del triunfo sobre los griegos, habló Kemal sobre la necesidad de que ambos sexos participasen del progreso moderno, ya que una sociedad se compone de los dos, indispensables ambos. Si uno de ellos permanece atrasado, la sociedad, el país, se debilita irremediabilmente: "El deber principal de la mujer consiste en la maternidad —dijo entre otras cosas—; recordemos que es la madre quien nos da la primera educación, reconozcamos en su exacto valor la importancia de esto. Nuestra nación está resuelta a ser una nación fuerte; es, pues, una de las necesidades de hoy asegurar el progreso de la mujer. Nuestras mujeres serán educadas en todas las ciencias y pasarán por todos los grados de instrucción por los que pasan los hombres. Las mujeres irán hacia el porvenir junto con los hombres, y unas y otros colaborarán entre sí".

"La ignorancia en nuestro país es general y no afecta solamente a nuestras mujeres, sino también a nuestros hombres. Les diré, para terminar, que incumbía a nuestras madres el hacer de nosotros seres perfectos. Han realizado su misión en la forma que pudieron, pero en adelante tenemos necesidad de hombres portadores de otra mentalidad, hombres de una perfección distinta. A esos son las madres del futuro quienes los educarán".

Este discurso marca la iniciación de la activa campaña de Kemal en favor de la mujer. No desperdició ya ocasión de tratar de eliminar del espíritu popular sus ideas negativas sobre la mujer, pronunciando ante el pueblo frases como éstas: "Debo declarar en forma categórica, al hablar de la civilización, que la vida de familia es la base del progreso y la fuente de la fuerza. Una vida de familia defectuosa engendra la debilidad social, económica y política. Es necesario que los elementos masculino y femenino, que consti-

tuyen la familia, gocen de sus derechos naturales y estén en condiciones de cumplir con sus deberes familiares".

En su memorable viaje de agosto de 1925, aprovechado por él para realizar la revolución indumentaria y la disolución de las congregaciones monásticas, encaró también el problema femenino. Este no podía, por lo complejo, ser resuelto por medio de disposiciones especiales como, por ejemplo, las que harían más tarde obligatorio el uso del sombrero. Sería el código civil moderno el que de una sola vez emanciparía a la mujer de la tiranía islámica y le permitiría colaborar con los hombres en la construcción de la Turquía del futuro.

Kemal hizo observar al pueblo la necesidad de terminar de una vez por todas con las vergonzosas, ridículas y crueles costumbres impuestas a la mujer, que ningún razonamiento serio podía sostener. Recordó haber notado en sus viajes por el país, que las mujeres se cubrían el rostro con telas muy tupidas, lo que suponía ser penoso para aquéllas, especialmente en verano. En otros lugares de Anatolia advirtió que las mujeres, al ver acercárseles un hombre, se daban vuelta o se sentaban en el suelo. Se preguntó a qué podía responder esa actitud.

Trató a las mujeres de "camaradas", y es interesante repetir algunas de sus frases: "Camaradas hombres, nuestro egoísmo proviene, en cierto modo, del hecho de ser muy virtuosos y muy vigilantes. Pero nuestras camaradas mujeres poseen las mismas facultades de entendimiento y de reflexión que nosotros. Cuando se les ha enseñado el carácter sagrado de la moral, cuando se les ha iniciado en nuestra moral nacional y se ha dotado a su espíritu de luz y pureza, ya no es necesario ser tan egoístas. Que muestren sus rostros al mundo y puedan mirarlo atentamente con sus ojos: no hay en eso nada que pueda asustar".

Debía encararse por parte del pueblo una reacción a que la mujer abandonase sus costumbres, la institución del harén, el velo. Es por eso que Kemal habló con toda franqueza: "Camaradas, les repito: no teman este cambio, medio indispensable para alcanzar un resultado grande. Agregaré que estoy dispuesto, con tal de alcanzar ese importante resultado, a consentir el sacrificio de algunas vidas. Esto no tiene importancia. Les haré observar que la obstinación y el fanatismo con que mantenemos el actual estado de co-

sas, no podrá salvarnos a todos de los peligros que nos amenazan y de ser simples carneros destinados al sacrificio”.

La mujer turca se mostró menos reacia que el hombre a aceptar la vida moderna. No esperaron a que la ley las autorizara a sacudir el secular yugo: entraron contentas en las nuevas normas de vida. Millares de ellas se emplearon en diversos establecimientos y fábricas; acudieron a las escuelas y a todos los ambientes, ya que nadie se hubiese atrevido a contrariar la voluntad de emancipación de la mujer turca, voluntad interpretada y sostenida por el presidente reformador con todas sus fuerzas. El pueblo sabía que Mustafá Kemal no amenazaba en vano.

Adoptado el código civil en 1926, la mujer se sintió legalmente protegida dentro de su hogar y fuera de él. Ese acontecimiento marcó la franca y definitiva colaboración del precioso factor que es, en realidad, la mujer en la vida de los pueblos civilizados. Los más importantes cambios realizados automáticamente por el nuevo código civil en la situación de la mujer, fueron: abolición de la poligamia y establecimiento de la igualdad entre los dos sexos; el casamiento escapó de la jurisdicción religiosa; los derechos y obligaciones de los esposos quedaron especificados, el derecho de divorcio fué acordado también a la mujer y en exactas condiciones que al hombre.

Ese fué el fin de la Turquía de novela, en que escritores extranjeros de gran imaginación, traficantes de exotismos, encontraban tema para sus obras. Así, por ejemplo, la leyenda de “Aziyade”, “Las desencantadas” y otros libros sobre “turquerías”, hicieron correr por el mundo la irreal fisonomía y espíritu de aquel país.

En los cuatro años que siguieron a la adopción del código civil, la mujer dió múltiples pruebas de su capacidad; trabajó útilmente en las instituciones sanitarias de asistencia social, en el comercio, y especialmente actuó como educadora. Kemal, sumamente satisfecho del sexo femenino, del que se había hecho responsable ante la nación, consideró que la mujer estaba ya en condiciones de participar en la vida política y le acordó el derecho de voto y elegibilidad en las elecciones municipales.

Cinco nuevos años de observación dieron la seguridad a Kemal y al país de que la mujer podía ser admitida en la suprema tribuna del pueblo: la Gran Asamblea. En 1935, diecisiete mujeres

ocuparon bancas en el Parlamento, no como representantes de su sexo, sino de las diferentes circunscripciones electorales que las habían votado.

Para las mentalidades atrasadas, los inconcebibles cambios en las costumbres femeninas las horrizaron e inquietaron, pues temían por la moral pública, ya que al desaparecer las barreras materiales resguardadoras de la honestidad de la mujer, pensaban que ésta se dejaría llevar a los peores excesos. La mezquindad de esas concepciones quedó evidenciada con la excelente conducta de la mujer turca que trabaja, estudia, se divierte y tiene la misma libertad que las inglesas o las norteamericanas, y de las "desencantadas" queda apenas en Turquía un vago recuerdo.



# Las correlaciones diencéfalohipofisarias y los centros del trofismo genital

Por JUAN CUATRECASAS

Segunda clase del curso dado en el Colegio en noviembre de 1938.

## LOS SINDROMES DIENCEFALOHIPOFISARIOS

Hay desde hace varios años interminables discusiones acerca de la interpretación patogénica de algunos síndromes, que unos atribuyen a la hipófisis y otros a las lesiones del diencéfalo. Y aun dentro de la misma patogenia hipofisaria, a veces son incriminados trastornos del lóbulo anterior y del lóbulo posterior, como si fuese difícil en la realidad separar las repercusiones clínicas de las alteraciones de dos órganos glandulares, funcionalmente tan distintos. Ello ha conducido al conocimiento de una serie de fenómenos fisiopatológicos que establecen íntimas relaciones del diencéfalo con la hipófisis. Al principio era más bien el lóbulo posterior el que se imbricaba en su fisiopatología con el diencéfalo. Pero actualmente vemos también una estrecha correlación funcional con el lóbulo anterior y una confusión de síndromes. Esto no

depende solamente de la real correlación diencéfalo-prehipofisaria, sino de las funciones establecidas alrededor de la patogenia del síndrome adiposogenital, lo cual se aclara algo con los modernos trabajos neurológicos que permiten distinguir un síndrome adiposo prehipofisario y un síndrome diencefálico. Pero aun la separación de esta forma de obesidad diencefálica y genital establece una trabazón prehipofisaria de los síndromes tróficos del diencéfalo, en relación con el metabolismo de las grasas.

Sainton y Simonet admiten que todavía hay discusión sobre la obesidad hipofisaria, considerando como hipótesis interpretativa la que sugiere una intervención mayor o exclusiva de uno cualquiera de los dos factores patógenos. Y a este propósito, la llamada teoría mixta, basada en los datos de Lesche (frecuencia de las lesiones simultáneas del túbulo y de hipófisis), demuestra solamente la estrecha relación anatómica y funcional existente entre ambos sistemas; y es el conocimiento moderno de las diversas relaciones anatomofisiológicas lo que ha creado el conocimiento del llamado sistema hipófisodiencéfálico. Este sistema interviene de una manera compleja, y a veces difícil de localizar, en la génesis de otros síndromes, aparte del adiposogenital: los síndromes de perturbaciones del metabolismo del agua (diabetes insípida), el síndrome caquético de Simonds, las glucosurias neurógenas y los trastornos del sueño. La trabazón de este sistema túberohipofisario se establece mediante dos categorías de hechos fisiopatológicos: el carácter especial de la secreción hipofisaria y la histología de la inervación de la glándula.

Los histólogos han destacado desde hace algunos años la importancia de la secreción, denominada endócrina, de la hipófisis. Se admite que las células secretoras pueden funcionar de modo bipolar: tan pronto el producto segregado se acumula en uno de los polos de la célula es excretado hacia el medio interno (secreción merócrina); pudiendo sufrir la célula una involución que la afecta totalmente convirtiéndose en una gota de sustancia compleja, que se califica de colorada secreción coloide. Esta secreción coloide sería, según Collin, el recipiente de los principios humorales elaborados por la célula glandular. Y estos principios pueden seguir la vía hemótropa, habitual de todos los órganos "incretorios", o bien la vía neurótropa, característica de la función hipofisaria. Una parte importante de la sustancia coloide es vertida en el espesor de la neurohipófisis y en el líquido cefalorraquídeo hacia el tercer ven-

trículo. Es el fenómeno de la neurocrinia hipofisaria, descrita en 1924, por primera vez, por Collin. En 1924 también Vergara y Espino (1) estudia los embriones humanos, descubriendo el paso de la sustancia coloidea del lóbulo intermediario hacia la neurohipófisis, y también el contacto de las masas coloideas con las fibras nerviosas amielínicas. Collin describe cuatro mecanismos muy interesantes de la neurocrinia hipofisaria, que son los siguientes:

1º) Hidrencéfalocrinia, o sea el paso de los coloides hipofisarios a la cavidad infundibular; fenómeno que ya había sido señalado en 1908 por Herrin.

2º) Neurocrinia intersticial: propagación de los coloides hialinos por los trayectos del área nerviosa, a través del infundíbulo para ganar el suelo del tercer ventrículo.

3º) Hemoneurocrinia: Hay interesantes mecanismos que dan personalidad fisiológica al sistema. La secreción hipofisaria es vertida hacia un sistema hemócrino especial, que constituye una especie de circulación portal hipofisaria, descubierto en 1930 por Popa y Fielding (2). Partiendo de los tres lóbulos, los ramos aferentes de este sistema convergen hacia el tallo hipofisario, formando las venas hipofisarias que van a descubrirse en un rosario hacia el suelo del tercer ventrículo. Popa y Fielding dicen haber visto y sorprendido partículas de coloide alineadas en los vasos de este sistema en las vainas perivasculares, y alrededor de los propios núcleos del hipotálamo. Drowet, Watrin y Florentaine han confirmado posteriormente estos hallazgos.

4º) Leptomeningocrinia: conceptuada como el derramamiento directo de la secreción hipofisaria hacia el líquido de los espacios de la meninge blanda hacia la región hipotalámica.

Estos diversos tipos plantean diversos problemas, tales como las relaciones morfológicas entre el coloide neurocrínico y las fibras nerviosas del haz diencéfalohipofisario, según los trabajos más recientes de Roussy, Mosinger, Collin, Fontaine, Grognot, en el campo histológico; el del área de distribución de los vasos del sistema portahipofisario, que está ligado al área de influencia directa de la neurocrinia.

---

(1) Vergara y Espino. Contribución al estudio de las relaciones entre la hipófisis y los centros diencefálicos (Tesis). Méjico, 1924.

(2) Popa y Fielding. The vascular link between the pituitary and the hypothalamum. (Agosto, 1930).



Por otra parte, el neurotropismo de las secreciones debe jugar un papel en el mecanismo de los fenómenos neurohipofisarios. Las hormonas parecen actuar directamente sobre las células que rigen la inervación de la hipófisis, y por lo tanto actúan al mismo tiempo regulando el funcionamiento de la propia glándula. Existe el tipo de reflejo hormoneuroglandular, y la importancia de este reflejo no puede escaparnos al considerar la facilidad con que han de producirse lesiones secundarias en una y en otra de las situaciones del sistema, y, por lo tanto, explicarnos la simultaneidad o la coexistencia de alteraciones anátomopatológicas halladas en los procesos primitivamente o bien hipofisarios, o bien diencefálicos. Recientemente se conocen y estudian las acciones específicas neurocrínicas de algunas hormonas, especialmente de las del lóbulo intermedio y del lóbulo posterior. Pero faltan todavía investigaciones a este respecto, en cuanto a las hormonas prehipofisarias.

Las experiencias de Pighini (1) han demostrado que en el tejido nervioso del túbulo cinereum del hombre y en el líquido del tercer ventrículo, existen sustancias de origen prehipofisario, demostrables por su acción gonadotropa. Otros intentos experimentales de Collin y Watrin tienden a obtener conclusiones parecidas; pero no hay todavía en este sentido hechos suficientemente demostrativos.

Al propio tiempo que la neurocrinia hipofisaria, las correlaciones diencefalohipofisarias se establecen mediante la hemocrinia general, o sea la acción que las hormonas vertidas a la circulación general ejercen sobre el diencefalo, a través del plasma sanguíneo, y, por lo tanto, por la acción humoral del medio interno.

El conjunto citado de hechos que establecen los mecanismos de las hormonas hipofisarias sobre el diencefalo, no son por sí solos explicativos de la significación fisiopatológica de la sinergia del sistema.

Un primer punto de interés es el si las hormonas prehipofisarias actúan sobre todos los núcleos del hipotálamo o solamente sobre algunos. Se ha podido descubrir el coloide intersticial a nivel de algunos núcleos, como el supraóptico. Fenómeno cuya gran importancia no puede escaparnos, en relación con el hecho, sobre el

---

(1) G. Pighini. Sulla presenza delle ormono antehypofisarie nel "tuber cinereum" e nel "liquor ventricolare" dell'uomo. Rivista sperimentale di freniatria (III, vol. 56, 1932).

cual insistiremos en otra ocasión, del importante papel que el núcleo supraóptico juega en el mecanismo del sistema; debido, probablemente, a que representa un centro perteneciente al mismo desarrollo de los sistemas filogenéticos en relación con los reflejos optoneuro-pituitarios, y con la subordinación de las estructuraciones de estos reflejos diencefálicos al aparato óptico; lo que merece el calificativo de animales ópticos, aplicado a los mamíferos, de acuerdo con el actual desenvolvimiento del diencefalo. Según Collin, la sustancia del lóbulo posterior actuaría como éxitosecretoria de la glándula hipofisaria, estimulando el núcleo supraóptico; pero su contacto podría tener una acción inhibidora.

Así, la acción de las secreciones pituitarias sobre el núcleo supraóptico (y el haz que de él parte hacia la hipófisis), actuaría como reguladora o quizás inhibidora de la actividad éxitosecretoria de las células nerviosas, como antagonistas de la adrenalina, que parece estimular normalmente las células del núcleo supraóptico.

Por otra parte está la acción de las hormonas. Resulta difícil establecer sistematizaciones selectivas, del mismo modo que, como veremos, es difícil conocer la diferenciación de los diversos centros.

### LA INERVACION DE LA HIPOFISIS

En estos últimos años, gracias a los trabajos de Larruelle, Camus y Roussy, Greving, H. Cúshing, G. Popa y otros investigadores, se ha llegado a conocer con cierta precisión las vías que establecen la conexión nerviosa del hipotálamo con la glándula hipofisaria, y sobre todo se ha podido valorar la importancia fisiopatológica de estas conexiones, que habían sido olvidadas por los histólogos y patólogos, a pesar de que Ramón y Cajal, en 1894, había descrito ya que el tractus hipotálamopituitario, formado por un rico plexo de axones que terminan en el lóbulo nervioso y en el intermediario, que estaba en relación con el núcleo periquiasmático o tangencial.

Este tractus que había visto Cajal, constituye la más caracterizada de las formaciones nerviosas de la hipófisis.

En 1925 es descrito con el nombre de fasciculus hipophyseus por Pitres, Nicolesco, Raileanu, y por Greving, en 1926, bajo el nombre de tractus supraópticohipophyseus.

Un completo estudio de conjunto se puede hallar en la monografía de Remy Collin (1). La inervación de la glándula hipofisaria está vinculada a cuatro núcleos hipotalámicos, entre los muchos centros ganglionares del diencéfalo. Estos núcleos, cuya conexión histológica con la hipófisis nos es actualmente conocida, son: núcleo supraóptico, paraventricular, núcleos láterobasales del túbér y núcleos de la sustancia gris central.

Los núcleos láterobasales del túbér forman tres grupos celulares dispuestos en la línea por delante del cuerpo mamilar. El posterior y más grande se llama núcleo premamilar. Roussy y Mosingher han descrito las fibras que parten de estos centros para dirigirse hacia la parte posterior del tallo pituitario, formando el haz túberobasalhipofisario, de Larruelle. A este haz se agregan también diversas fibras que proceden de los núcleos pequeños de la sustancia gris central.

El sistema procedente del núcleo paraventricular, forma un haz de axones que, pasando por el tallo hipofisario, ganan también el lóbulo posterior. Es el haz paraventriculohipofisario (Larruelle), formado por dos grupos de fibras: unas, externas, en forma de arco; y otras, internas, que descienden verticalmente. Son, además, cruzadas, a diferencia de las túberobasalhipofisarias, que no se entrecruzan en la línea media.

El núcleo paraventricular consta de dos tipos de células; de ahí que hay parte parvocelular y parte magnocelular. Está situado entre el epitelio endimario y el pilar anterior del triángulo, y se extiende en altura desde la parte dorsal del quiasma hasta el surco de Monro. Comprende tres zonas de concentración celular, formando tres subgrupos, de los cuales el inferior constituye el núcleo supraquiasmático de Spiegel.

El más importante de los núcleos tuberianos, en lo que respecta al sistema neurohipofisario, es el núcleo supraóptico. Es el citado núcleo tangencial, que repetidamente llamó la atención de los histólogos, con distintas denominaciones. El propio Cajal lo designaba también núcleo periquiasmático; Meynert y Malone, ganglio óptico basilar; Lauey y Dressel, ganglio parahipofiseus; Fois, núcleo de la bandeleta y núcleo supraóptico; Gurdjian, núcleo pedamentilateralis; Ley, ganglio parahipofisario. Todas estas de-

(1) Remy Collin. L'innervation de la glande pituitaire (Paris, 1937).

nominationes significaban ya su conexión anatómica ostensible con el sistema óptico o con la hipófisis. Pero la que ha prevalecido es la de núcleo supraóptico, aceptada por Lenhossek, Greving, Roussy y Larruelle.

La anatomía comparada demuestra el desarrollo de esta formación en el hombre. En los batracios está unido al núcleo paraventricular, formando un solo núcleo magnocelular preóptico (Röthig). En el perro, Roussy y Mosinger han descrito el núcleo supraóptico difuso, que comprende los elementos de la sustancia gris central, interpuestos entre las fibras de las comisuras supraópticas. En el hombre es una formación más compleja que ocupará el hipotálamo anterior, y en la que Roussy y Mosinger distinguen cinco partes: segmento prequiasmático, súperoexterno, dorsal, pósterointerno y retroquiasmático. Las fibras procedentes del núcleo supraóptico forman un haz de inervación hipofisaria. Además, hay fibras eferentes hacia la retina, el núcleo paraventricular, núcleo amigdalino y centros subyacentes (sistema tangencial periventricular de Larruelle).

Es interesante subrayar la existencia de las fibras supraóptico-corretinianas. Greving ha descrito, además, un haz o tractus supraópticotalámico que sale del borde dorsal del quiasma, atraviesa el núcleo tangencial, donde se esparce, y después se dirige al tálamo terminado en los núcleos anterior y medio. Se trataría de una vía optotalámica directa; pero la conexión de la misma con el ganglio supraóptico es bien patente, con lo cual Greving admite que las células de este ganglio reciben el influjo de las fibras optotalámicas. R. Collin (1), en 1935, describe también un haz optohipotálamico constituido por colaterales amielínicas de las fibras ópticas del quiasma, que van a terminar en la periferia de las células del núcleo tangencial.

Este conjunto de haces establece conexiones importantes del sistema óptico con la hipófisis y todo el diencéfalo, y hacen del núcleo supraóptico el centro de tales conexiones. Resumiendo, tenemos por un lado el haz supraóptico-corretiniano o retinotangencial, supraópticotalámico y optohipotálamico. Esta sistematización coloca al ganglio supraóptico en el importante papel de una formación diferenciada en el hombre, en relación con el desarrollo de los

(1) R. Collin. Sur l'existence probable d'une face réflexe courte optohypothalamopituitaire. (Soc. Biol., 1935; t. CXVIII, pág. 9560).

reflejos optopituitarios y optodiencéfálicos, revelando la importancia histofisiológica del aparato óptico.

El examen de este sistema, en su aspecto anatómico, es de primordial interés para el clínico. Por ello hemos resumido los datos más esenciales que conviene recordar, porque el conocimiento anatómico esclarece y objetiva los intrincados e hipotéticos problemas planteados alrededor de las funciones del hipotálamo.

El estudio comparativo de las disposiciones de los núcleos del hipotálamo ha demostrado, por otra parte, una progresiva simplificación al llegar al hombre. Disminución numérica que equivale a sistematización histológica nuclear y a la diferenciación funcional celular más sistematizada. En esta evolución filogenética del hipotálamo se ha invocado también la disminución de la importancia del rinencéfalo y una posible corticalización de los centros vegetativos, no demostrada anatómicamente. Creemos oportuno recordar las siguientes palabras de Larruelle: "A pesar de lo que piensan ciertos biólogos, que relegan a segundo plano la acción neuronal en los fenómenos vegetativos, estimamos que las construcciones fisiológicas y clínicas no pueden emanciparse de la disciplina anatómica: no se llevará jamás bastante lejos el estudio minucioso de una región del cerebro de tan alto destino, que se nos aparece como el centro de la vida misma del individuo y el baluarte morfológico de su comportamiento instintivo." (1).

El siguiente esquema de Collin muestra los tipos de arco reflejo neuroendócrinos, hoy conocidos:

- 1) Reflejo neurohormonal: vías aferentes - centro vegetativo-glándula e.
- 2) Reflejo hormoneural: glándula - medio interno - centro vegetativo, vías eferentes-glándula end.

Los reflejos hormoneurales y los neuroendócrinos pueden ser más extensos y tener por centro reflejo inicial un centro de relación. Tales son los casos de los reflejos optopigmentarios y optopituitosexuales.

Los reflejos optopigmentarios han sido especialmente considerados por Koller y Rodewald, en 1933, y Gierberg en 1934, en el batracio. El arco estaría formado por: órgano receptor de la luz-hipófisis-medio interno-melanóforo. Mas el reflejo es de una

(1) Larruelle. Rapport du XIV Réunion Neurol. Int. (París, junio de 1934).

complejidad notable. Por una parte, el papel que juega la hipófisis es importante y sujeto a la fotosensibilidad glandular, que condiciona las reacciones pigmentarias cutáneas; y por otra, el mecanismo está influido por la acción de la adrenalina de las neurohormonas y del sistema vegetativo.

La influencia de la luz sobre la hipófisis también fué demostrada en 1933 por Koller y Rodewald mediante experiencias contundentes. Son de tal trascendencia los resultados básicos de estas experiencias, que recordaremos brevemente las conclusiones a que han llegado Koller y Rodewald: 1º, los extractos de hipófisis de ranas colocadas en la oscuridad no producen acción pigmentaria ninguna; 2º, esta propiedad es reactivada por la exposición a la luz del animal; 3º, la acción fotopituitaria se realiza por vía ocular, se suprime por la enucleación y por la obturación. Estos hechos tienen una gran importancia para revelar el papel que ciertas vías y ciertos núcleos vegetativos diencefálicos juegan en el mecanismo de estos neorreflejos diferenciados neuroendócrinos.

El desencadenamiento del reflejo optopigmentario comprende, pues, varios eslabones. El primero éxteroceptivo, sensorial, desde la retina por el nervio óptico hasta el hipotálamo (núcleo supra óptico). El segundo eslabón es neural, hipotálamohipofisario. El tercer tiempo comprende la excitación endócrina del lóbulo intermediario con la liberación de la intermedina, paso al medio interno y acción sobre los órganos melanofóricos. La interrupción del arco reflejo tiene lugar a nivel de la liberación hormonal en el tercer eslabón de la cadena, cuando el animal ha perdido la fotosensibilidad hipofisaria bajo la acción de la oscuridad.

Las excitaciones procedentes de imágenes corticales visuales ¿podrían también ser capaces de desencadenar los reflejos optopigmentarios? He ahí un problema de gran interés psiquiátrico y psicológico que puede dar la clave de la explicación de algunos fenómenos patológicos.

Las vías y mecanismos son iguales para la producción de los reflejos optosexuales, pero éstos son de mayor importancia por lo que a los mamíferos se refiere, y en especial en la clínica humana.

En 1928, Rowan (1) observó que en ciertos pájaros (étourneaux) la excitación lumínica determinaba una espermatogénesis

(1) Rowan. Reproductiva rythum in birds. (Nature, 1928, II p. 11).

completa en el testículo en estado de reposo. Bossonnette, en 1931, confirmaba tales fenómenos (1). Pero su mejor conocimiento es más reciente. M. Hill y Parkes (1933) han obtenido el estro durante la fase de reposo sexual de los animales invernantes por la acción de la luz artificial. Benoit (2) en 1935 consigue determinar la aparición de la pubertad mediante la acción de la luz artificial sobre el canard inmaturo, con una maduración testicular completa. Y demuestra también, experimentalmente, el papel de la hipófisis en estos reflejos. Collin demuestra que son los rayos rojos los especialmente más activos sobre el desarrollo testicular.

Estos hechos han abierto un nuevo campo al estudio de las superiores diferenciaciones del sistema neuroendócrino. Ya no se trata de recíprocas influencias sencillas, sino de reflejos concatenados con repercusividad específica y cuyo desarrollo en la filogenia establece direcciones funcionales de influencia no ajena a la formación de tipos orgánicos diversos. La resonancia del sistema óptico en los mamíferos y especialmente en el hombre, traduce la influencia que el aparato visual y sus conexiones tiene en la formación del "animal óptico". El desarrollo del sistema olfatorio, óptico o pigmentario, en paralelismo con la complejidad de los respectivos reflejos neuroendócrinos, corresponde a diversas direcciones del tipo filogenético del sistema neurovegetativo.

### LOS CENTROS DEL TROFISMO SEXUAL

El estudio de los reflejos optosexuales y del complejo mecanismo en virtud del cual la hipófisis y el diencéfalo intervienen en la función sexual, plantean dos hechos de tipo fisiopatológico distintos. Uno constituye la esfera de repercusividad neuroglandular general y emotiva en un sentido funcional; y el otro la influencia trófica que sobre los órganos del aparato genital ejerce la función directriz diencefálica.

Según la concepción de Zondek, el desarrollo y el trofismo de las gónadas, y en general del aparato genital, estaría fundamentalmente condicionado por la función de la hipófisis. Por hechos clínicos experimentales se ha demostrado que, aparte de la influencia

(1) T. H. Bossonnette. Studies on the sexual cycle in birds. (J. of Exp. Zool., 1931, pág. 281, t. 58).

(2) J. Benoit. Stimulation du développement testiculaire (C. R. Soc. Biolog., 1935, pág. 664, CXVIII).

glandular hipofisaria, existe una acción trófica directa de los centros nerviosos sobre el desarrollo y la validez de las gónadas y, en general, del aparato genital. Y este hecho se puede estudiar más ostensiblemente en el sexo masculino, así como ha sido en el aparato femenino donde se ha podido estudiar con mayor facilidad la influencia del lóbulo anterior sobre el ciclo ovárico.

La inervación hipofisaria y la neuroacción hipófisotuberiana hace difícil asignar el papel que corresponde a cada uno de estos elementos en el gobierno del trofismo genital. La acción de los centros diencefálicos sobre el aparato genital ¿se realiza directamente por vía nerviosa, o bien por intermedio de la glándula hipofisaria? Es decir que la lesión hipotalámica podría producir solamente una alteración de la hipófisis y esta alteración determinaría, por mecanismo humoral, la repercusión sexoglandular. Pero, por otra parte, cabe considerar que evitamos la lesión de ciertos centros del tercer ventrículo, donde recibirían los centros tróficos especificaciones del sexo que determinaría una atrofia directa de las glándulas y de los órganos genitales. Al igual que la fibra muscular periférica se atrofia en la parálisis flácida, consecutiva a la lesión de las células radicales del asta anterior, así también la glándula testicular es capaz de atrofiarse por la lesión de los centros tróficos diencefálicos, en ausencia de toda intervención humoral. Esto es lo que la clínica nos puede enseñar contribuyendo al esclarecimiento de tan importante aspecto fisiopatológico.

Por otra parte, la clínica psiquiátrica nos enseña también cómo las variaciones de la esfera psicoinstintiva del sexo está influida por alteraciones de los centros vegetativos, sin relación en muchos casos con la intensidad de la secreción.

En algunas ocasiones se puede observar un paralelismo entre los trastornos del trofismo genital y los de la esfera psicoinstintiva. Ello confirma el primitivo proceso evolutivo filogenético del desarrollo neurógeno de la función, siguiendo las líneas progresivas de la diferenciación de los instintos (Turró, Monakow). Volvemos, pues, a revalorar el papel fisiofilogénico del sistema nervioso y la función básica neurotrófica que gobierna el mecanismo y el desarrollo de las sistematizaciones funcionales, que sirven a los antecedentes fundamentales.

Nosotros, en colaboración con Ocaña y Vita, hemos aportado una contribución clínica a este asunto, de cuyo trabajo vamos a



transcribir lo esencial con objeto de dejar planteados los diversos puntos de abordaje. En primer lugar, el simple examen diferencial de los tipos de síndrome adiposo genital es interesante a este respecto. Pero son de mayor interés los hechos clínicos observados en la encefalitis epidémica así como también en la macrogénitosomia precoz.

### SINDROME ADIPOSO GENITAL

El problema de las relaciones entre la glándula genital y los centros túberohipotálamicos, se inició con la discusión acerca de la patogenia del síndrome adiposogenital. La patología y la experimentación han comprobado ampliamente la doble patogenia del síndrome de Frohlich. Hay también observaciones de este síndrome de origen encefalítico. Hoy se sabe que las lesiones tuberianas pueden producir un síndrome de Frohlich, pero en un gran número de casos hay una lesión simultánea de la hipófisis y del túb. Roussey y Mosinger señalan un 45 % de casos de lesión simultánea. Se tiende a admitir que la lesión directamente responsable del síndrome es la diencefálica. Los tumores de hipófisis actuarían por su repercusión tuberiana al determinar el síndrome de Frohlich. Lhermitte afirma que la simple ablación de la hipófisis determina solamente una atrofia genital ligera, y en algunos casos no provoca el cuadro adiposo. Pero la trabazón fisiopatológica del sistema diencefalohipofisario explica la simultaneidad de alteraciones y la complejidad del mecanismo patogénico, dada la estrecha correlación funcional. Sea como fuere, hoy no se duda de que el síndrome de Frohlich se produce por simples lesiones tuberianas.

Algunos clínicos tienden a distinguir dos formas distintas del síndrome adiposogenital: una, diencefálica, y otra, hipofisaria. Tal es el criterio de Biedl, de Berbliger, de Raab, e inclusive de Lhermitte, quien admite también la "adiposidad diencefálica", cuyos caracteres son algo distintos del síndrome adiposogenital clásico y puro. Bien es verdad que este síndrome se observa pocas veces tan puro y característico como fué primeramente descrito, y hemos de admitir que los matices clínicos que lo diversifican han de corresponder a la extensión y localización primitiva de las lesiones.

La obesidad diencefálica fué demostrada experimentalmente por Narburg en 1908, y muy posteriormente descrita por H. Cú-

shing. Hay un desarrollo abundante del tejido adiposo, no sólo en las regiones del tipo feminoide sino en la cara, en el dorso, en los brazos. La "facies" es característica recordando la del mixedema. Pero la adiposidad del tipo descrito por Cushing va unida a diversos trastornos de origen hipotalámico en forma variable, mientras que la de origen hipofisario exhibe mayor constancia en su tipo y asociación hipogenital. Lhermitte establece en la siguiente forma la diferencia clínica: la obesidad hipotalámica va asociada a trastornos vegetativos diencefálicos como narcolepsia, poliuria, trastornos sexuales, apatía, mientras que la obesidad hipofisaria puede presentarse aislada. El estado de la silla turca es también importante para la diferenciación: normal en los síndromes de origen diencefálico, mientras que aparece alterada en las afecciones glandulares de la hipófisis.

Nosotros insistimos sobre dos grupos de caracteres, poco subrayados por los clínicos citados: la asociación de las perturbaciones psicosexuales de orden instintivo en las lesiones túberodiencefálicas; las lesiones de hipófisis puras pueden producir ciertos síndromes mentales, pero son de naturaleza distinta de las francas alteraciones de la esfera instintiva sexual, que deben ser localizadas en la región hipotalámica, según la mayor parte de los datos de los más recientes conocimientos neuroendocrinológicos.

Bástenos ahora decir que las alteraciones prehipofisarias producen variaciones importantes de intensidad del sentido del sexo, pero son puramente cuantitativas y en proporción con el mayor o menor grado de desarrollo de los órganos y de los caracteres sexuales.

El punto más importante en esta discriminación clínica se refiere al aspecto del trofismo sexual, que es el problema que nos ocupa en el presente trabajo. El desarrollo y el trofismo genital es gobernado por el lóbulo anterior. Los trabajos de Houssy, de Zondek, hoy conocidos por todos, han demostrado ampliamente tal dependencia. Mas esta dependencia no es exclusiva. Es más, la clínica nos demuestra que quizás no sea primaria en cuanto al trofismo, sino reguladora de su desarrollo. Así el síndrome de Frohlich produce retraso de desarrollo genital, de intensidad variable según la etapa de su iniciación. Por esto se puede afirmar que en la obesidad hipofisaria hay una relativa hipotrofia genital.

Lo que domina en el síndrome genital es el cuadro característico-

lógico secundario, de mecanismo hormonal; de ahí la forma y tendencia afeminada (Frohlich).

En el síndrome de origen túberodiencefálico son los núcleos vegetativos los alterados. Su papel trófico es el fundamental, y de ahí que la más importante repercusión es la atrofia y la degeneración glandular del testículo. Esto es lo que se comprueba en la observación anátomopatológica estudiada en el capítulo precedente, y lo muestran las observaciones que hemos expuesto en el citado trabajo.

En muchos casos vemos que hay una regresión trófica genital, no paralela, sino anterior y preponderante sobre la disminución de los caracteres secundarios sexuales. En cambio, en las lesiones hipofisarias sobrevenidas después de la pubertad, hay una detención del desarrollo, pero no una regresión atrófica de la gónada. Patogénicamente cabe distinguir bien la influencia hormonal, estimulada por la función y crecimiento, y la influencia neurovegetativa, esencialmente trófica.

A la inversa, las lesiones excitadoras producen hipertrofia y aumento de función. Hace pocos años he observado un caso de hemiparkinsonismo encefalítico en una joven de 16 años, en la cual era muy manifiesta la asimetría del desarrollo mamario. En el lado de la hipertonia extrapiramidal la glándula mamaria había alcanzado un desarrollo considerablemente superior al del lado opuesto. Este hecho es también otra prueba del real factor neurotrófico mesocefálico sobre las glándulas pertenecientes al grupo sexual. Y esta influencia es directa sobre la vitalidad de la célula glandular.

En uno de los casos publicados en el citado trabajo, se observa que el trofismo genital y el instinto sexual están profundamente alterados simultáneamente con el síndrome diencefálico difuso, de origen traumático. Y los caracteres atróficos regresivos de la esfera genital se unen a la deformación y a la psicosis del instinto, manifestada por el cuadro mental, bien distinto de la simple hipofunción o disminución del apetito sexual.

#### LOS TRASTORNOS GENITALES DE LA ENCEFALITIS EPIDEMICA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

Así como la encefalitis epidémica, con su electividad anátomopatológica mesocefálica, ha contribuido decisivamente al conocimien-

to de oscuros problemas, tales como el de los centros del sueño, el de los síndromes pupilares y la patología extrapiramidal casi entera, así también la encefalitis ha venido a aportar su contribución al esclarecimiento del asunto que nos ocupa.

Las lesiones de la encefalitis epidémica pueden producir diversos síndromes sexuales, orgánicos y funcionales.

Citaremos sólo de pasada las frecuentes alteraciones de función sexual, que pueden ser alteraciones de intensidad del instinto o de desviación. De Nigris, en una estadística de 270 casos, halla un 72% de alteraciones de la función sexual, señalando como más frecuentes los trastornos por exceso.

Mazzei ha descrito los trastornos del instinto sexual en las formas tórpidas de encefalitis. Según De Nigris, tales trastornos deben ser interpretados como la consecuencia de lesiones frontales, admitiendo la existencia de un centro superior de la sexualidad que residiría a nivel del lóbulo frontal. Sin embargo, si tenemos en cuenta la constancia de las localizaciones mesocefálicas y extrapiramidales de las lesiones encefalíticas, es difícil localizar hipotéticamente en el lóbulo frontal el centro del instinto del sexo. Más bien las observaciones clínicas permiten asociar la sintomatología sexológica a otros síndromes hipotalámicos.

Pichard y Trelles describen un caso de síndrome posencefalítico con hipersomnolia, diabetes insípida y trastornos (aumento) del metabolismo de base, unidos a hipoactividad genital. Por otra parte, los síndromes infundibulares, en la encefalitis, son conocidos y descritos desde muchos años (Mouzón).

Schiff y Trelles citan la observación de un caso de perversión homosexual en la encefalitis. Roboul-Lachaux y Serin describen también perversiones del sexo, consecutivas a las lesiones de la encefalitis. Se trata siempre de lesiones evolutivas, tórpidas, de las que antiguamente se llamaban posencefalíticas y eran consideradas como secuelas, pero que hoy sabemos que son infecciones crónicas, cuyo virus conserva su vitalidad y cuyas lesiones conservan el carácter de procesos inflamatorios. H. Claude, Sivadon y Ajuriagerra citan una observación de perversión posencefalítica con autocrotismo de la pantorrilla y fetichismo.

Pero todas estas observaciones se refieren tan sólo a alteraciones funcionales. Tienen interés indudable, mas debemos considerar principalmente las repercusiones tróficas de la esfera genital.

La encefalitis infantil puede producir la prematuración sexual. Se han descrito casos de macrogénitosomia precoz producida por la encefalitis (Appert, Stern, Wismmer), que vienen a confirmar las conclusiones de Knud Faber y Lhermitte sobre la génesis del síndrome de macrogénitosomia.

La encefalitis produce también fenómenos de tipo adiposogenital y de diabetes insípida, es decir, diversos trastornos debidos a localización de determinados centros diencefálicos. De la misma manera determina en ciertos casos la alteración del trofismo sexual, que puede ser en sentido de aumento, como en el caso del síndrome de Pellizi, o de disminución. Ello depende de la influencia irritativa o inhibidora que las lesiones ejercen sobre los centros vegetativos.

La encefalitis infantil puede producir una inhibición completa del desarrollo, y también somático. Un caso estudiado detenidamente en el Instituto de Psiquiatría resulta de gran interés a este respecto, porque al lado del retraso de desarrollo mental y somático, existía un estado atrófico de los órganos sexuales (testículo) y una detención completa de los caracteres sexuales secundarios. El estudio histológico demostró la normalidad de la hipófisis y la degeneración de la glándula testicular.

### LA MACROGENITOSOMIA PRECOZ

Las relaciones de los tumores de la epífisis con el síndrome de macrogénitosomia precoz son actualmente reconocidas como simplemente de coexistencia. Son ya suficientemente demostrativas las observaciones clínicas y anatómicas en las que se demuestran lesiones tumorales de la epífisis sin hipergenitalismo, así como síndromes genitales de tipo Pellizi sin alteración de la epífisis y con lesiones neurológicas diencefálicas.

Globus y Sielbert han descrito siete casos de pinealoma, en los cuales no existía ningún signo de hipergenitalismo, exceptuando uno de ellos en el que había un ligero esbozo del síndrome. Un interesante caso publicado por Henger y Lhermitte, de macrogénitosomia, demuestra el examen necrópsico que la epífisis estaba absolutamente normal, tanto en desarrollo como en estructura histológica, y en cambio la lesión determinante del síndrome residía en el espacio optopeduncular. Se trataba de un epidimoglioma des-

arrollado a expensas de los tubérculos mamilares e infiltrando a toda la región infundibulotuberiana.

Knud Krabbe llamó la atención sobre el hecho de que muchos casos de macrogénitosomia, producidos por tumores de epífisis o de los tubérculos mamilares, presentaban también polidipsia, poliuria e hipersomnias, síntomas diencefálicos de aparición paralela o asociada a los genitales. Estos tumores se acompañan de hidrocefalia de origen mecánico, con constante hipertensión ventricular y compresión o aplastamiento del suelo del tercer ventrículo. A la intensidad de la hipertensión ventricular podría atribuirse la presencia o la intensidad del síndrome de macrogénitosomia en los casos de tumores epifisarios. Tanto los trabajos de Knud Krabbe como los de Henger y Lhermitte, establecen una nueva fase de conocimientos en el estudio del antiguo síndrome de Pellizi, que deja desde luego de referirse a un trastorno de la epífisis.

Podemos preguntarnos si residiría en los tubérculos mamilares el papel trófico sobre el desarrollo sexual y genital, pero más bien parecen estos centros relacionados con el aparato olfatorio-gustativo, mientras que los centros túberodiasisarios tendrían más probablemente a cargo esta regulación trófica. Sin embargo, las experiencias de Houssay y Hug, en perros, provocando lesiones diencefálicas no permitieron demostrar ningún trastorno del crecimiento y del desarrollo. Houssay y Giusti, obtienen reflejos sexuales en el sapo por cauterización del hipotálamo.

Los casos clínicos publicados en estos últimos años tienen valor demostrativo decisivo, aunque la experimentación no haya logrado todavía aportar datos definitivos.

Los casos de macrogénitosomia precoz producidos por la encefalitis epidémica confirman el papel de las lesiones encefálicas sobre el trofismo genital. (Stern, Appert, Wimmr., John).

Entre algunos tipos de síndromes descritos como consecuencia de lesiones encefálicas, se hallan la hiperfunción genital erectil, la hipertrofia genital total y la prematuración sexual con síndrome de Pellizi.

La influencia de estos centros vegetativos manifestada en estados patológicos se observa, como vemos, en forma distinta de las alteraciones de la función antehipofisaria. Henger ha llegado a preguntarse si el síndrome de Pellizi sería de origen hipofisario. Aparte de que las observaciones anatómopatológicas no permiten pensar

en esta hipótesis, los factores tróficos de origen diencefálico o central vegetativo se manifiestan por síndromes generalmente desarmónicos y bastante distintos de los síndromes de hiper o de hipogenitalismo hipofisario. Generalmente hay una disociación entre el desarrollo de los caracteres sexuales secundarios y los morfológicos primarios y genitales.

Así es el trofismo genital el que fundamentalmente se modifica.

Se han descrito casos de hipergenitalismo parcial, que tienen interés a este respecto. He ahí una observación reciente de André-Thomas, de un niño de 7 años con gran hiperplasia de pene y erección fácil anómala, acompañando a un síndrome neurológico correspondiente a lesiones múltiples.

En este caso, admite A. Thomas que deben ser incriminadas las lesiones infundíbulotuberianas.

Otro caso de A. Thomas y Schaeffer presentaba hiperplasia testicular y peneal simultánea por lesión diencefálica comprobada.

Badouin, Lhermitte y Lereboullet han aportado otra observación de pinealoma, sin ningún signo de macrogénitosomia. La destrucción de la epífisis no produce tampoco caquexia, la cual depende de las lesiones compresivas o destructivas de los centros infundíbulotuberianos. J. Calvet realizó en 1933 experiencias de injertos de epífisis en el ratón, llegando a la conclusión de que existe una acción frenadora de la epífisis sobre el crecimiento y desarrollo de las glándulas sexuales masculinas. No hay nuevas experiencias confirmativas de los resultados de Calvet, pero la clínica ha permitido actualmente descartar el papel primordial asignado a la epífisis en el desarrollo, y, en cambio, las observaciones citadas tienden a sustituir definitivamente la teoría epifisaria del síndrome de Pellizi por la interpretación anatómoclinica de un origen túbero-diencefálico.

Hemos publicado también un caso de macrogénitosomia precoz, en el que la asociación clínica de una frenostenia con trastornos metabólicos de reconocido origen diencefálico permite atribuir a esta localización de las lesiones en los centros vegetativos el trastorno trófico sexual y las alteraciones del instinto. (1).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.documentales.ar](http://www.documentales.ar)

(1) Cuatrecasas, T. Ocaña y N. Vita. Contribución clínica al papel del diencefalo sobre el trofismo sexual. Boletín del Instituto de Psiquiatría. (1938, II).

de los casos estudiados y las consideraciones a que dichas observaciones se prestan, porque creemos interesante haber transcrito el aspecto fundamental de esta cuestión clínica, que permite abordar con un criterio moderno y ecléctico el papel que los centros tuberianos desempeñan en las funciones sexuales. Estos hechos tienen un gran interés en la clínica sexológica al establecer nuevos puntos de vista para ciertos síndromes de perturbaciones funcionales del sexo, así como pueden también limitar el campo del diagnóstico de los llamados impotentes psíquicos bajo los cuales pueden contarse síndromes bacilares, especialmente el de la sífilis diencefálica. Y, por otra parte, insisto en la observación frecuente de los trastornos instintivos y tróficos, en relación con el estado de los centros vegetativos.





## LA LABOR DEL COLEGIO EN 1939

El 22 de diciembre último terminaron los cursos del Colegio correspondientes al año 1939. La etapa realizada, que completa la década de su existencia, ha superado la actividad cumplida en los años precedentes, como lo prueban las breves anotaciones estadísticas que se consignan a seguida.

El número de cursos dictados asciende a 54, contra 48 del año anterior. Dichos cursos contaron con 934 alumnos inscriptos por curso completo. Hubo, además, 9 conferencias de diverso tema, que contaron con una asistencia de 456 personas, no comprendidos los concurrentes "Amigos del Colegio", quienes, libre su acceso a las aulas, escapan de todo registro estadístico.

Una innovación singularizó la última labor del Colegio: los **CURSOS COLECTIVOS**. La colaboración de varios profesores especialistas, aunada en un tema común, contribuye a dar a la investigación individual y fragmentaria, la visión de conjunto y la valoración de la síntesis.

La iniciación de las actividades tuvo lugar el 12 de mayo con una conferencia del profesor Roberto F. Giusti sobre "Antonio Machado".

Dictaron cursos sobre temas literarios: Arturo Berenguer Carisomo, "Apuntaciones estéticas acerca del teatro argentino"; Carmelo M. Bonet, "La creación de personajes en la novela argentina contemporánea"; Patrick O. Dudgeon, "La política y la literatura"; Mario Mariani, "Teatro italiano de anteguerra" y Roberto Salmón, "André Gide et la morale", éste último en idioma francés. Además, el profesor Angel J. Battistessa dictó un curso conmemorativo del tercer centenario raciniano: "Jean Racine (1639-1939)".

El profesor Francisco Romero dirigió un curso de seminario sobre: "La modalidad del juicio y cuestiones adyacentes". Asimismo, sobre temas conexos a la filosofía dictaron cursos: Carlos Astrada, "Presencia y significado de Nietzsche"; Vicente Fatone, "La lógica en la India"; Luis Juan Guerrero, "Interpretación histórica de la vida humana"; Leopoldo Hurtado, "El mensaje de Henry David Thoreau"; H. A. Lindemann, "Crítica filosófica de las bases de la psicología moderna e introducción a sus teorías y métodos de investigación"; María de Maeztu, "Kant"; Simón M. Neuchlosz, "Introducción a la teoría del conocimiento" y Rodolfo Mondolfo que dictó, en idioma italiano, dos cursos: "Tomaso Campanella" y "La teoría del conocimiento en la historia de la filosofía".

En conmemoración del 150º aniversario de la Revolución Francesa, el Colegio preparó un curso colectivo en que se trató, en 33 clases, sus antecedentes, contenido y proyecciones. Principió el 13

de junio y se cumplió hacia fines de agosto. Colaboraron, con sujeción a los temas que se indican, los siguientes profesores, mencionados en el orden de fecha de sus respectivas clases: Luis Reissig, "Prefacio"; Luis J. Guerrero, "La conciencia histórica en el siglo XVIII"; Simón M. Neuschlosz, "Bases científicas y filosóficas de la Revolución Francesa y el pensamiento historiográfico"; Luis Roque Gondra, "a través de los historiadores"; José A. Oría, "La Revolución Francesa vista a través de sus contemporáneos"; José L. Romero, "La Revolución Francesa y el pensamiento historiográfico"; Luis Roque Gondra, "La Revolución Francesa y la hacienda pública"; Julio V. González, "El contenido político de la Revolución Francesa"; Emilio Gouiran, "La persona humana y la libertad"; Jorge Thenon, "Maximiliano Robespierre"; Jorge Romero Brest, "La Revolución Francesa y las artes plásticas a fines del siglo XVIII"; Ariel Maudet, "El estilo revolucionario en la literatura de la época (La oratoria y el periodismo; el teatro, la novela, la poesía)"; Julio E. Payró, "Individualismo e internacionalización del arte como consecuencias de la Revolución Francesa"; Enrique V. Galli, "La legislación civil de la Revolución Francesa. Enunciado y valoración"; Erwin Leucarter, "El individualismo en la vida y obra de Beethoven"; Patrick O. Dudgeon, "Los efectos de la Revolución Francesa en la política y la literatura inglesas"; Alberto Palcos, "La Revolución Francesa y la perspectiva social y económica americana"; Emilio Ravignani, "La influencia de las corrientes de la Revolución Francesa en las tentativas de organización política argentina"; Juan C. Vedoya, "Su influencia en la estructura económica del Río de la Plata"; Julio Caillet Bois, "La literatura de la revolución en América"; José Barboza Mello, "La Revolución Francesa y el Brasil" y Juan E. Cassani, "La política educacional de la Revolución Francesa".

Otro ensayo de curso colectivo sobre "La recepción de la cultura griega en Roma" comenzó el 1º de setiembre. Sobre "El hecho histórico social de la recepción griega" desarrolló el profesor José Luis Romero cuatro clases que versaron sobre estos temas: "La formación de la cultura helenístico-romana", "Los caracteres de la cultura helenística", "Las circunstancias histórico-sociales de la recepción de la cultura griega en Roma" y "Las zonas de influencia de la cultura griega en Roma". El profesor Segundo A. Tri trató sobre la recepción del helenismo con relación a las ideas filosóficas, religiosas y morales, dictando un curso de cuatro clases, las dos primeras sobre "La crisis de las ideas filosóficas, morales y religiosas" y "Las primeras influencias griegas", las dos últimas sobre "El período helenístico-romano". Sobre la influencia helénica en la literatura se ocupó el profesor Gregorio Halperín en las cuatro clases de su curso: "La literatura latina antes de la recepción", "El primer aluvión griego en la literatura latina", "De los Escipiones a los Gracos" y "Frutos del influjo griego y vitalidad del espíritu romano". En lo que a las

artes se refiere, el profesor Jorge Romero Brest colaboró en este curso colectivo dictando cuatro clases: la primera sobre "El arte romano anterior a la recepción griega", las dos siguientes sobre "La recepción del arte griego: problemas generales y especiales", y sobre "El arte romano" la última.

También dictaron cursos de historia los profesores J. G. Blanco Villalta ("El milagro turco"), José P. Tamborini ("Semblanzas de algunas personalidades del 80") y Rodolfo Puigros ("La herencia que el país recibió de Rosas").

El profesor José Imbelloni dió un curso sobre "Protohistoria", que desarrolló en dos clases en el mes de noviembre.

Sobre temas de Derecho dictó un curso el profesor Pablo Calatayud, "La legislación argentina sobre divorcio frente al Derecho Internacional", y otro el profesor Arturo Frondizi sobre "Régimen jurídico de expulsión de extranjeros". También los profesores Graciano Reca y Renato Treves, representando la sección Información Crítica de Actualidad, pronunciaron el 18 de julio y el 10 de noviembre, respectivamente, las conferencias que versaron sobre estos temas: "El requisito constitucional de domicilio en la elección del gobernador de San Juan" y "Crisis de la democracia y transformación de la ciencia del derecho".

Sobre "Vivienda obrera" dictó un curso el profesor Wladimiro Acosta.

Temas de ciencias económicas fueron tratados por los siguientes profesores: Eusebio Ayala dió un curso sobre "Funciones de la moneda", Adolfo Dorfman sobre "Las nuevas industrias agrarias en la Argentina", José González Galé, "El sexo desde el punto de vista estadístico", "Juan Sabato dictó otro sobre "Centralización de la producción de energía eléctrica"; dos cursos dictó el profesor Mario Segré, uno sobre "La división del trabajo", que comenzó el 16 de junio, y otro sobre "Estadísticas", dado en el mes de julio; sobre "El seguro en general dictó el suyo el profesor Camilo Viterbo y sobre "La economía de guerra alemana" principió el 5 de diciembre su curso el profesor Félix Weil, que desarrolló en cuatro clases.

Sobre "Coloides y estructura del suelo" dió el profesor Antonio Arena un curso de ocho clases que comenzó el 8 de setiembre.

El profesor Ignacio Pirotsky dió un curso sobre "Factores de crecimiento", y sobre "Bioquímica del humo del tabaco" el profesor Ventura Morera. Un tema de endocrinología desarrolló el profesor Enrique B. del Castillo en las conferencias que sobre "La virilización suprarrenal" pronunció en agosto y setiembre; el profesor Erico Fels dictó un curso sobre "Las hormonas sexuales" y en otro se ocupó el profesor Alfredo Pavlovsky sobre "Las diátesis hemorrágicas". Sobre "Psicobiología sexual" dió un curso el profesor Juan Cuatrecasas y un estudio de medicina legal dió tema a otro dado por el profesor José Belbey sobre "Delitos sexuales".

Sobre "Armonía", tema de musicología, dió un curso el profesor **Honorio Siccardi**.

Las ciencias físicas estuvieron representadas por los cursos de los siguientes profesores: **Martín S. Cappelletti**, "La radiación solar y terrestre"; **José B. Collo**, "El segundo problema balístico y la ley de resistencia del aire"; **Manuel Ucha Udabe**, "Teoría y medidas físicas del "confort" térmico". Asimismo, el profesor **Ernesto Galloni** pronunció el 5 de diciembre una conferencia sobre "E. O. Lawrence".

Sobre temas de química dictaron cursos los profesores **Armando Novelli** y **Celestino L. Ruiz** sobre "La guerra química" y "Betunes asfálticos", respectivamente.

El profesor **Federico A. Daus** comenzó el 5 de junio un curso sobre "Geografía regional de la República Argentina".

De matemáticas se ocuparon los profesores **Carlos Biggeri** y **Francisco La Menza** en los cursos que dictaron sobre "Funciones automorfias y direcciones de Borel de las funciones meromorfas" y "Morfología de las figuras convexas", respectivamente.

El profesor **José Yepes**, en un curso que dictó en el mes de mayo, trató sobre "Modernas orientaciones para el estudio de nuestros vertebrados".

Un tema de sociología estudió el profesor **Angel Ossorio y Gálardo** en un curso sobre "Feminidad y feminismo", y sobre "La evolución del principio democrático en la educación" el profesor **Ernesto Nelson** pronunció una conferencia el 9 de octubre.

El profesor **Gregorio Halperín** prosiguió el curso de seminario de enseñanza del latín, para enseñantes y juristas, segundo del que inició el año anterior, y que comprenderá un tercer curso que dictará en el presente año.

Sobre psicología dictaron cursos los profesores **Gregorio Bermann** sobre "La psicología clínica en la medicina contemporánea", **León Dujovne** sobre "La obra de Lévy-Brühl sobre la psicología de los pueblos primitivos" y la profesora **Telma Reca** que se ocupó de "La vida afectiva del niño". En memoria de Sigmund Freud dió un curso el profesor **Bela Szekely**: "Sobre el psicoanálisis", y los profesores **Jorge Thenon** y **Angel J. Battistessa** dictaron igualmente un curso sobre "Freud", "Su influencia en la psiquiatría contemporánea", el primero, y "Las teorías de Freud en la literatura y en la crítica contemporáneas", el segundo, clausurando así los cursos del Colegio.

Como queda reseñada, tal ha sido la labor cumplida por el Colegio en el año 1939, que marca una década de su existencia, dedicada, desde su propósito inicial, a la difusión de la cultura superior.

## LOS LIBROS

La EDITORIAL LOSADA ha publicado las siguientes obras que destacamos en su sección correspondiente:

A la Biblioteca del Pensamiento Vivo pertenecen: "El pensamiento Vivo de Marx", presentado por León Trotsky, que expone una síntesis cuidadosa de las doctrinas económicas fundamentales de Marx con sujeción al texto original del mismo; "El Pensamiento Vivo de Mazzini", por Ignazio Silone, y "El Pensamiento Vivo de Pascal", por François Mauriac, en una versión de Francisco Ayala.

En la Biblioteca Filosófica apareció "La Filosofía Italiana Actual", de Riccardo Miceli. (Estudia las escuelas filosóficas italianas y los filósofos que las representan). Tradujo Segundo A. Tri.

Biblioteca Pedagógica: "El Plan de los Grupos de Estudio", por Edward Randall Maguire, y "Los Centros de Interés en la Escuela", de Clotilde Guillén de Rezzano.

Cristal del Tiempo: "Realidad del Alma", de C. G. Jung, que comprende entre otros los siguientes estudios: problemas actuales de psicología, la personalidad, el alma y la muerte; ensayos críticos de Paracelso, Freud, Picasso, y un estudio sobre "Ulises", el libro de James Joyce. También corresponde a esta colección: "La política y la moral", de Luigi Sturzo, traducida y anotada por Angel Ossorio.

Corresponden a la Biblioteca del Maestro: "Introducción a la Psicología", de Augusto Messer, en una traducción del alemán realizada por Julia Rodríguez Danilewski; y "Fundamentos de un Sistema de Pedagogía", de Wilhelm Dilthey (una exposición de los fundamentos del sistema de pedagogía del autor), que tradujo Lorenzo Luzuriaga.

De la Biblioteca Azul y Blanco hemos recibido: "Temas Existenciales", de Homero M. Guglielmini, y "Estudios en Tres Literaturas", por Rafael Alberto Arrieta.

Ha aparecido el volumen VI de las "Vidas Paralelas" (Demóstenes y Cicerón, entre otros) de Plutarco, correspondiente a la Biblioteca Las Cien Obras Maestras.

Biografías Históricas y Novelescas: "Vida Privada de Napoleón", por Octave Aubry (traducida del francés por Irene Polo).

Una nueva obra del escritor donostiarra, Pía Baroja, "El Mundo es Así", pertenece a la Biblioteca Contemporánea; de Ramón del Valle Inclán se ha publicado "Romance de Lobos", que completa la trilogía de las "Comedias Bárbaras", con "Cara de Plata" y "Aguila de Blasón", anteriormente editadas. Perteneciente a esta misma colección se ha publicado "Los Pueblos" (ensayos sobre la vida provincial) de Azorín, y recientemente ha aparecido "Plenitud de España" (estudios de historia de la cultura), de Pedro Henríquez Ureña.

"La Lucha contra la Muerte", de S. Metalnikof, se ha publicado en la sección Ciencia y Vida.

A la colección Panoramas, dirigida por Guillermo de Torre, corresponde la publicación de "Guía de la Filosofía", de C. E. M. Joad, en una traducción del inglés de María Rosa Lida.

## OTROS LIBROS RECIBIDOS:

"Aires d'a Miña Terra", poesías del poeta de Galicia, Curros Enríquez, que prologa Alberto Insúa (Biblioteca Gallega. Emecé Editores, imprenta López. Buenos Aires, marzo de 1940).

"Historia de la Cultura Gallega", por Ramón Otero Pedrayo (Biblioteca Gallega. Emecé Editores, imprenta López, Buenos Aires).

"Cuentos de la Tierra", de Emilia Pardo Bazán. (Colección Hórrero. Emecé Editores. Buenos Aires, 1940).

"Rojo Farol Amante", un volumen de poesías de Rafael Dieste. (Colección Dorna. Emecé Editores. Buenos Aires, 1940).

## L A S R E V I S T A S

Hemos recibido las siguientes publicaciones:

INFORMACIONES SOCIALES. Publicación de la Caja Nacional de Seguro Social del Perú (Año III, Nos. 10 y 12, 1939; Año IV, Nos. 1 y 2, 1940).

Boletín de la UNION PANAMERICANA (Vol. LXXIII, Nos. 8, 10, 11 y 12, Año 1939; Vol. LXXIV, No. 3, Año 1940).

THINK (Vol. V, No. 5. New York, octubre 1939).

VERTICE (Nos. 21, 22 y 23. Buenos Aires, 1939).

REVISTA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS QUIMICAS (Tomo XIV. La Plata, 1939).

REVISTA DEL CENTRO ESTUDIANTES DE FARMACIA Y BIOQUIMICA (Año XXVIII, No. 6; Año XXIX, Nos. 2 y 3. Buenos Aires, 1939).

CHEMIA (Centro de Estudiantes del Doctorado en Química). Tomo XI, Nos. 76-77. Buenos Aires, diciembre 1939).

INSTITUTO CULTURAL-MEXICANO (Buenos Aires, diciembre 1939).

TRIBUNA CULTURAL (No. 12. Montevideo, mayo 1939).

REVISTA DEL SINDICATO DE ESCRITORES Y ARTISTAS DEL ECUADOR (No. 5. Quito, octubre 1939).

COMISION CHILENA DE COOPERACION INTELECTUAL (Año III, No. 15. Santiago de Chile, 1939).

REVISTA DE DERECHO Y ADMINISTRACION MUNICIPAL (No. 121. Buenos Aires, marzo 1940).

## COLABORADORES DE ESTE NUMERO

De JOSE P. BARREIRO nos hemos ocupado en los números 7-8 del año VII y de MARIO MARIANI, J. G. BLANCO VILLALTA y JUAN CUATRECASAS en nuestra entrega anterior (números 10 y 11 del año VIII).

# INDICE DEL VOLUMEN XVI

OCTUBRE 1939-Marzo 1940

	Pág.
AGOSTI Héctor P. — Lisandro de la Torre y la política social	891
ALEMAN Eduardo. — De la Torre; modalidades insospechadas	877
ALONSO Amado. — Enajenamiento y ensimismamiento en la creación poética .. .. .	703
ALVEAR Marcelo T. de. — Lisandro de la Torre (discurso en su homenaje) .. .. .	905
ANTELO Mario. — Lisandro de la Torre (discurso en su ho- menaje) .. .. .	945
BAGU Saúl N. — Lisandro de la Torre y Aníbal Ponce .. ..	897
BAGU Sergio. — Lisandro de la Torre, esperanza juvenil ..	883
BARREIRO José P. — Lisandro de la Torre .. .. .	1265
BARROS Enrique. — Lisandro de la Torre (discurso en su ho- menaje) .. .. .	957
BLANCO VILLALTA J. G. — El milagro turco:	
I. .. .. .	1103
II. .. .. .	1116
III. .. .. .	1331
CASAL CASTEL Alberto. — Lisandro de la Torre .. .. .	1027
CORDOVA ITURBURU C. — La acción democrática y anti- imperialista del doctor Lisandro de la Torre .. .. .	973
COSSIO del POMAR F. — El Méjico que yo conozco .. .. .	1131
CUATRECASAS Juan. — Síndromes del lóbulo anterior ..	1179
Las correlaciones diencéfalohipofisarias y los centros del trofismo genital .. .. .	1347
DIAZ Pedro. — Lisandro de la Torre (discurso en su homenaje)	907
DIAZ ARANA Juan José. — Lisandro de la Torre (discurso en su homenaje) .. .. .	1315
DORFMAN Adolfo. — Las nuevas industrias agrarias en la Argentina .. .. .	1197



DUDGEON Patrick O. — Lo universal en la poesía popular europea: J. M. Synge y Federico García Lorca .. .. .	765
GANDUGLIA Santiago. — Lisandro de la Torre .. .. .	1031
GARCIA MORENTE Manuel. — El ideal universitario .. .. .	1041
GERCHUNOFF Alberto. — Lisandro de la Torre (discurso en su homenaje) .. .. .	913
GIUSTI Roberto F. — Antonio Machado .. .. .	737
INFANTE Alejandrino. — Lisandro de la Torre (discurso en su homenaje) .. .. .	917
LAZO Plácido C. — Lisandro de la Torre (discurso en su homenaje) .. .. .	1000
MARIANI Mario. — Retablo de la literatura francesa contemporánea: I .. .. .	1081
II .. .. .	1092
III .. .. .	1321
MOLINAS Luciano F. — Lisandro de la Torre (discurso en su homenaje) .. .. .	931
MOLTEDO Rodolfo. — Lisandro de la Torre (discurso en su homenaje) .. .. .	968
NOBLE Julio A. — Lisandro de la Torre (discurso en su homenaje) .. .. .	940
ORTIZ Ricardo M. — El régimen legal y administrativo vigente en materia de servicios portuarios. Sus necesarias modificaciones .. .. .	817
PALACIO Benjamín. — Lisandro de la Torre (discurso en su homenaje) .. .. .	993
PALACIOS Alfredo L. — Lisandro de la Torre (discurso en su homenaje) .. .. .	1003
PONCE Anibal. — Examen de la España actual .. .. .	625
Los deberes de la inteligencia .. .. .	685
REISSIG Luis. — Ponce, maestro de jóvenes .. .. .	697
Amistades y contradicciones (homenaje a Lisandro de la Torre) .. .. .	895
Lisandro de la Torre (discurso en su homenaje) .. .. .	927
REPETTO Nicolás. — Lisandro de la Torre (discurso en su homenaje) .. .. .	983
ROBIROSA Jorge A. — Lisandro de la Torre (discurso en su homenaje) .. .. .	951
ROBIROSA Lucio A. — Lisandro de la Torre .. .. .	1023
SAEZ Francisco A. — Lisandro de la Torre: su vocación científica .. .. .	873
SAGUIER Fernando. — Lisandro de la Torre (discurso en su homenaje) .. .. .	1005
SAMMARTINO Ernesto. — Lisandro de la Torre (discurso en su homenaje) .. .. .	996

SEGRE Mario. — La división del trabajo: I. . . . .	793
II . . . . .	805
III . . . . .	1149
SHAW Alejandro E. — Consecuencias sociales de los cambios económicos . . . . .	1063
SOLARI Juan A. — Lisandro de la Torre (discurso en su ho- menaje) . . . . .	964
TAMBORINI José P. — Lisandro de la Torre (discurso en su homenaje) . . . . .	990
TORRE Lisandro de la. — Discurso del 24 de agosto de 1890 ..	859
Solo, frente a todos . . . . .	865
Cansancio y hastío de la vida pública . . . . .	869